

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

INCORPORADA A LA UNAM

ESCUELA DE HISTORIA



Tesis que presenta Martha García y Garibay
para optar por el título de Licenciado en Historia

México, D.F.

Noviembre de 1971



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Andrea
Ud sabe lo que significa este trabajo
para mí años de esfuerzo - que espero Ud
se traduzcan en éxito -, en los cuales Ud
me ha ayudado con sus valiosas enseñan-
zas y con sus orientaciones Recíbalos afec-
tuosamente

Marta

25 / nov / 71

sus compañeros de clase; algunos de ellos perciben elevados salarios. Los siguen los artesanos y trabajadores semi-calificados, es decir, los que tienen experiencia en determinadas labores que realizan en industrias. Posición similar a éstos tienen algunos miembros de la milicia, pues suele suceder que '... el ejército en los países en donde el servicio militar no es obligatorio y aún en éstos, se halla integrado por mayoría de clase baja'⁽⁵⁵⁾ Les suceden o viven en condiciones semejantes los jornaleros del campo (o bien dueños de pequeñas parcelas), los trabajadores sin especialidad alguna que se alquilan para cualquier clase de labores, y, finalmente, se encuentran en el sector más inferior de esta clase los miserables que viven en asilos y hospitales o de la caridad pública.

Caracteriza a casi todos ellos el realizar labores manuales que requieren, principalmente el empleo de fuerza material o de la acción física personal. No necesitan en cambio de un alto grado de inteligencia para realizar estos trabajos, por los que reciben un determinado salario o paga

Sus niveles de vida son muy inferiores a los de la clase media en cuanto se refiere a la educación, la vivienda, el vestido, la alimentación y las diversiones. Debido a esta forma de existencia, los miembros de la clase baja están más expuestos que los de otras clases a las enfermedades y a la muerte, especialmente en lo que el sector infantil se refiere.

El ambiente en el que viven es la causa de que sus maneras de conducirse y de hablar sean burdas. Por falta de oportunidades, la instrucción que poseen es rudimentaria o nula. Muestran un desarrollo intelectual pobre, no sólo por su ignorancia sino por su miseria. El sentido de moralidad que tienen está condicionado por su forma de vida. Atribuyen mayor valor a los objetos materiales, por ello, no comprenden el verdadero significado de su religión (la cual interpretan a su modo y consideran que cumplen con ella mediante el uso de algunas prácticas exteriores). Así, todas estas características se manifiestan como resultado de sus mismas condiciones sociales.

Esta clase cree que su situación puede cambiar, pero 'no obstante la fuerza de su número que le permitiría realizar, en un momento dado, una total subversión social, respeta el orden existente es el más firme sostén de la división en clases y de la estructura jurídica que mantiene las desigualdades y las injusticias sociales'⁽⁵⁶⁾ Ya hemos dicho que para organizarse y actuar en revoluciones, necesita generalmente de algunos miembros de las otras clases, sobre todo de la clase media

Los individuos de la clase baja se relacionan más estrechamente entre sí que con los de las otras dos clases; cuando lo hacen con estos, es generalmente por motivos de trabajo y en condiciones desiguales. Fuera del trabajo, es más común su permanencia en la calle o en lugares céntricos que en sus hogares. 'Es posible que experimenten allí más plenamente que en sus casas el sentimiento de la libertad y de la vida social reconquistada, porque su habitación es estrecha y cerrada como el taller, porque su sociabilidad tan dura y tan largamente rechazada se libera, 'y porque, mas allá de la familia, gustan sumergirse en el grupo moviente de los hombres de su clase, y aun de todas las clases'⁽⁵⁷⁾.

La vida social y los intereses de trabajo comunes, son los elementos que proporcionan unidad a todos ellos. La estructura de la sociedad condiciona su forma de vida y cultura, impidiéndoles el cambio de posición social y acostumbrándolos a la que ya tienen. Esto no

(55) Mendieta, *Op. cit.*, p. 115, 114

(56) *Ibidem*, p. 113

(57) Gurvitch, *Op. cit.*, p. 152, 153

implica en todos los casos conformismo, sino más bien resignación.

La actividad de esta clase repercute necesariamente en la sociedad en general. “La llamada clase baja ejerce una influencia social enorme, de carácter pasivo, si la consideramos como clase y hacemos, por un momento, abstracción de los grupos de combate genuinamente proletarios que se forman dentro de ella.”⁽⁵⁸⁾. Sin embargo, participa en conjunto cuando las condiciones sociales propician una situación de violencia, convirtiéndose así en una gran fuerza política. En otros aspectos, su conducta no influye tan directamente en los miembros de las otras clases, como sucede a la inversa.

La participación que las clases sociales tienen en la sociedad en general, consideramos que es un hecho evidente de gran trascendencia. No podemos ignorarlo al tratar el tema que nos ocupa.

(58) Mendieta, *Op. cit.*, p. 137, 138

CAPITULO II

REVISION HISTORICA DE LAS CLASES SOCIALES EN MEXICO.

1 Principios Generales.

México es una entidad histórica específica, es decir, diferente al resto de las existentes en el mundo. Presenta por lo tanto sus propias características, que se manifiestan a través del tiempo

En nuestra sociedad siempre han existido las clases sociales, y estas se han transformado en cada época, lo cual no significa que el cambio sea radical ni que se efectúe sin tomar en cuenta su pasado inmediato, ya que 'cada edad se encadena a la anterior y no es nada sino en relación con ella' (59)

La división en períodos históricos es relativa a quien la formula y examina. Por ello el número de estas divisiones varía de acuerdo con los intereses de cada individuo. Al tratar la revisión histórica de las clases sociales en México, seguiremos la división tradicional de las etapas o períodos de nuestra historia: Prehispánica, Colonial y Siglo XIX (subdividida a su vez en etapas independiente y porfirista). La razón de esto es que la sociedad mexicana vivió de diferente manera en cada una de estas épocas, marcadas por hechos significativos y trascendentales como son la dominación española y la independencia de esa dominación.

1.- La Sociedad Prehispánica: clasificación y características principales.

La sociedad que vamos a tratar a continuación es únicamente la azteca o mexicana, por haber sido la que predominaba a la llegada de los españoles, y por tanto la que tuvo relación más directa con la sociedad colonial creada por aquéllos. Pero también por haber sido la civilización azteca la que dio a conocer a los europeos la forma de vida del México antiguo, ya que era la más representativa del país en el momento de la Conquista.

Se calcula que la prehistoria y la historia indígenas en la región central, especialmente en el Valle de México abarca diez mil años aproximadamente (60). Durante ellos se sucedieron varias corrientes migratorias, cada una con distintas culturas en diversos grados de adelanto. Fueron las principales la olmeca, la teotihuacana, la maya y las de los pueblos nahoas.

Todas estas inmigraciones "dieron origen a la población prehispánica de México constituyendo las distintas culturas que encontraron los españoles al pisar las playas mexicanas. A su llegada, muchas de las antiguas civilizaciones habían desaparecido, conservándose tan sólo un vago recuerdo; otras estaban en segura decadencia, y unas cuantas se encontraban en pleno vigor" (61)

De estas civilizaciones, era la más importante la del pueblo azteca, ya que había logrado

(59) Luis Villoro, *La Revolución de Independencia. Ensayo de Interpretación Histórica, 1753-1953*, México, U.N.A.M., 1955, p. 193, 194

(60) Cfr. Miguel León-Portilla, *Los Antiguos Mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Dibujos de Alberto Beltrán, México, F.C.E. 1961, p. 13. *Vision de los Venidos. Relaciones Indígenas de la Conquista*, Introd., selección y notas de Miguel León-Portilla, Versión de Textos nahuas de Ángel Ma. Garibay K., 3a ed., México, U.N.A.M., 1964 (Biblioteca del estudiante universitario, No. 81), p. 171.

(61) Carlos Basauri, *La Población Indígena de México*, 3 vs., México, S.E.P., 1940, t. I, p. 17, 18

dominar a casi todos los demás sectores indígenas. Su existencia abarcaba más de dos siglos al momento de la Conquista, de los cuales el último representaba su máximo esplendor. Había logrado constituir una fuerte estructura política, económica y social. Poseía una elevada cultura formada con la suya propia y con la asimilada de otros pueblos, existentes o ya desaparecidos.

Existen diversos estudios acerca del número de habitantes que vivían en México antes o en el momento de la llegada de los españoles⁽⁶²⁾. Los cálculos que se presentan difieren bastante entre sí. Por eso es que cualquier dato en este sentido debe de considerarse sólo como posible o aproximado. En lo particular, creemos que la población indígena no pasaba de seis o siete millones, tomando en consideración el número de ellos que quedó después de la Conquista y que se calcula generalmente en no más de tres millones y medio⁽⁶³⁾.

La población se concentraba principalmente en las regiones más próximas a México—Tenochtitlan, núcleo del poderío azteca, en donde residían los miembros más importantes de la sociedad. Esta se encontraba dividida en grupos o clases sociales. Los integrantes de cada clase se hallaban unificados por su situación económica, política, cultural y racial. El factor económico predominó sobre los demás, e incluso los condicionó, exceptuando al último, ya que prácticamente todos los miembros de la sociedad prehispánica presentaban el mismo origen étnico.

Formaban la clase alta o superior los nobles, de entre quienes se escogía al rey, los sacerdotes y algunos guerreros. Todos ellos eran terratenientes y su propiedad estaba titulada en forma individual. La clase media estaba constituida por los comerciantes (que además de su ocupación ejercían la de diplomáticos), los artífices, que fabricaban vajillas, joyas y obras de plumería; los empleados: jueces, agentes hacendarios, etc. “que obtenían recursos suficientes, como retribución de sus servicios, para vivir con decoro, y los pequeños industriales que por sus ingresos, podían llevar una vida independiente”⁽⁶⁴⁾. También eran integrantes de esta clase las gentes del pueblo que descendían de los primeros pobladores, razón por la que poseían en los “calpulli” o barrios en donde vivían, extensiones de tierra suficientes para satisfacer sus

(62) Nos dice Emilio Alanís Patiño —en el capítulo “La Población Indígena de México”, correspondiente al T. I de las *Obras Completas* de Miguel Othón de Mendizábal, p. 49, 50 — que entre los diferentes autores que tratan de la población indígena, los siguientes proporcionan un cálculo aproximado de su número antes de la Conquista, el cual presentamos a continuación:

Autor	Año	Población	Obra
Angel Rosenblat	1492	4 500 000	<i>La Población Indígena de América</i> , p. 92.
Dino Camavitto	1519	9 085 099	<i>La Decadenza delle Popolazioni Messicane</i> , p. 242.
Miguel Othón de Mendizábal	1519	9 170 400	“La Demografía Mexicana: Epoca Colonial: 1519—1810”, en el <i>Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística</i> , feb. de 1939, p. 341
Domingo Amunátegui Solar	1519	10 a 12 millones	<i>Las Encomiendas de Indígenas en Chile</i> , p. 29, citado por A. Rosenblat, <i>Op. cit.</i> , p. 16
Francisco Javier Clavijero	1519	30 000 000	<i>Storia Antica del Messico</i> , t. IV, p. 271—287

(63) *Vid. infra*, p. 42, nota (82)

(64) Mendieta, *Op. cit.*, p. 65, 66

necesidades personales y familiares; tales posesiones eran comunales. “En la última capa social, se encontraban los mexicanos libres sin patrimonio. . . , que vivían de su trabajo alquilándose como jornaleros, o para otros menesteres. . .”⁽⁶⁵⁾; la mayor parte de los soldados, algunos artesanos y los esclavos formaban el resto de esta clase social.

En cuanto a las características generales de estos grupos, eran aquellas que se manifiestan en las clases sociales de México, si bien es necesario aclarar que las referentes al modo de acceso a ellas y a la movilidad, eran distintas, ya que el ingreso o el cambio de clase no se obtenía fácilmente en la sociedad prehispánica, por ser ésta semicerrada. Además, es necesario tomar en cuenta las características propias de esta sociedad, diferente en varios aspectos a las que nos hemos referido en el primer capítulo.

De los núcleos no dominados por los aztecas, era el más importante el imperio tarasco, situado hacia el occidente del México. Había también algunas tribus nómadas al norte que vivían en condiciones distintas al resto de la población. Y aún algunos señoríos “aliados” de los aztecas (Tlaxcala y Cempoala, por ejemplo) conservaban sus propias costumbres y tradiciones.

De tal manera que la región propiamente central de México, especialmente Tenochtitlan, se encontraba fuertemente unificada por la organización política, económica y social del imperio, mientras que en las regiones circundantes privaba la heterogeneidad entre los grupos indígenas.

La Conquista.

Fue precisamente “la existencia de fuertes estructuras políticas . . . (la que) facilitó la Conquista y dio en sus respectivas zonas un carácter peculiar a la Colonia. La derrota. . . de México Tenochtitlan. . . aseguró, en la mayoría de los casos, la sujeción pacífica de los pueblos incorporados al ‘imperio’. . . La heterogeneidad fue, en cambio, un obstáculo. . . para la Conquista. . . La llamada ‘guerra chichimeca’ fue más larga y azarosa, y quizá también mucho más costosa para los españoles, que la guerra de Tenochtitlan, y nunca acabó con el control eficaz de los indígenas”.

Así pues, “la configuración sociopolítica y económica del México prehispánico predeterminó, en cierta medida, el carácter diverso de la Conquista y la estructura de la sociedad colonial”⁽⁶⁶⁾.

3.— La Sociedad Colonial: clasificación y características principales.

Establecidos definitivamente los españoles en México, impusieron un dominio político sobre la población indígena que duró aproximadamente trescientos años. Durante ellos la sociedad se transformó casi de una manera radical, ya que cambiaron las bases sobre las que anteriormente se encontraba cimentada. La división clasista persistió, pero su composición fue totalmente distinta.

El conquistador, convertido en colonizador, trató de imponer su sistema de vida sobre el conquistado. Se sintió no tan sólo distinto de este último, sino superior a él en todos aspectos. Este fue el motivo por el cual la diferencia de raza estableció determinada posición en la jerarquía

(65) *Ibidem*, p. 66

(66) Angel Palerm Vich, “Factores históricos de la clase media en México. Comentario al estudio de Nathan L. Whetten”, en: Miguel Othón de Mendizábal, it al. *Las Clases Sociales en México*, p. 68

social. Conforme pasaron los años esta estructura se fue modificando, debido principalmente al mestizaje. El factor étnico dejó de ser decisivo para fijar la posición social del individuo, a fines de la Colonia.

La sociedad colonial fue aún más cerrada que la prehispánica. Sólo en casos excepcionales los individuos pudieron cambiar de clase.

La población total osciló bastante durante estos tres siglos de dominio español. Pero a principios del siglo XIX ascendía a seis millones de habitantes aproximadamente⁽⁶⁷⁾. La mayor parte de ellos pertenecía a la clase baja y sólo un reducido número formaba la clase superior; el resto integraba la clase media.

Tratando de dar una cuantificación aproximada de los miembros correspondientes a cada clase social, nos hemos basado en diversos datos que nos proporcionan algunos autores⁽⁶⁸⁾. Con ellos, hemos elaborado nuestros cálculos personales, muy relativos, ya que no están hechos de acuerdo con técnicas especializadas, ni nuestro tema se refiere a un estudio social completo.

Considerando que en el año de 1570 la población era de 3 543 152 habitantes, distribuidos de la siguiente manera según su origen racial: 3 500 000 indígenas, 6 644 españoles, 11 067 criollos, 4 872 mestizos y 20 569 negros, nosotros hemos hecho un cálculo basado en nuestra propia clasificación –que toma en cuenta los factores que integran a las clases sociales, señalados en el capítulo I, así como la composición de la sociedad colonial, que trataremos posteriormente–, cuyos resultados son los siguientes: la clase alta estaría compuesta por 8 000 individuos (6000 españoles y 2 000 criollos); la clase media por 12 711 (644 españoles, 9 067 criollos y 3 000 mestizos) y la clase baja por 3 522 441 miembros (1 872 mestizos, 20 569 negros y 3 500 000 indígenas).

Siguiendo el mismo criterio, la población en el año de 1810 ascendía a 6 132 354 habitantes, de los cuales 3 676 280 eran indígenas, 15 000 españoles, 1 092 367 criollos, 1 338 706 mestizos y 10 000 negros. La clase alta estaría formada por 305 367 miembros (13 000 españoles y 292 367 criollos); la clase media por 1 602 000 (2 000 españoles, 800 000 criollos y 800 000 mestizos) y la clase baja por 4 224 986 (538 706 mestizos, 10 000 negros y 3 676 280 indígenas).

Presentamos a continuación un cuadro con las cifras mencionadas, que aclara nuestra clasificación social:

- (67) Entre los diversos autores que nos dan el total de miembros de la sociedad colonial hacia 1810, tenemos a Alejandro de Humboldt, quien calcula que había 6 500 000 habitantes en la Nueva España en el año de 1808. *Vid Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, Estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, México, Ed. Porrúa, 1966 (Col. "Sepan Cuantos", No. 39), p. 43. Para ese mismo año, Lucas Alamán calcula 6 000 000. *Vid*, Mendizábal, *Obras Completas*, t. I, p. 88, 89. *Apud*, Lucas Alamán, *Historia de México*. En cambio, Fernando Navarro y Noriega considera que en 1810 el número de habitantes era de 6 132 354. Mendizábal, *Op. cit.*, p. 88, 89. *Apud*, Navarro y Noriega, *Momorias sobre la población del Reino de Nueva España*. También José Iturriaga menciona estos datos de Navarro y Noriega en *La Estructura Social y Cultural de México*, México, F.C.E., 1951, p. 90.
- (68) Como son Angel Rosenblat, Alejandro de Humboldt, Lucas Alamán y Fernando Navarro y Noriega, citados por Mendizábal, *Obras Completas*, t. I, p. 88, 89, en el estudio hecho por Emilio Alanís Patiño: "La Población Indígena de México". También hemos tomado en consideración los datos que proporciona José Iturriaga, *Op. cit.*, p. 90, quien se basa a su vez en la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán, *La Población Negra en México*. Después de comparar los datos obtenidos, hemos utilizado casi en su totalidad los de Navarro y Noriega, por la aproximación que tienen con los de los demás autores.

<i>Año</i>	<i>Población</i>	<i>Sector Racial</i>	<i>Clases Sociales</i>
1570	3 500 000	indígenas	Clase Alta: 8 000 miembros (6 000 españoles y 2 000 criollos)
	6 644	españoles	Clase Media: 12 711 miembros (644 españoles, 9 067 criollos y 3 000 mestizos)
	11 067	criollos	Clase Baja: 3 522 441 miembros (1 872 mestizos, 20 569 negros y 3 500 000 indígenas)
	4 872	mestizos	
	20 569	negros	
Total:	3 543 152		
1810	3 676 280	indígenas	Clase Alta: 305 367 miembros (13 000 españoles, 292 367 criollos)
	15 000	españoles	Clase Media: 1 602 000 miembros (2 000 españoles, 800 000 criollos y 800 000 mestizos).
	1 092 367	criollos	Clase Baja: 4 224 986 miembros (538 706 mestizos, 10 000 negros y 3 676,280 indígenas).
	1 338 706	mestizos	
	10 000	negros	
Total:	6 132 354		

Como puede notarse fácilmente, la clase media tuvo un incremento notable durante la época colonial, aún tomando en cuenta la imprecisión de nuestros propios cálculos.

Clase Alta.

Desde el punto de vista racial, los españoles casi en su totalidad y un grupo amplio de criollos formaban esta clase, la cual estaba integrada por diferentes sectores.

En el primero de ellos se encontraban los principales conquistadores de los primeros años de la Colonia, a quienes la Corona de España premiaba por sus servicios concediéndoles títulos nobiliarios y medios para enriquecerse. En igual posición se hallaron los demás peninsulares que fueron llegando posteriormente, muchos de los cuales pertenecían a una clase social inferior en su lugar de origen, pero al pasar a la Nueva España se convertían en miembros de la clase alta de esta sociedad. Constituían una “pseudoaristocracia, sin raíces en el pasado, sin tradición. . .”⁽⁶⁹⁾. Los hijos de estos colonizadores y sus descendientes fueron llamados criollos; algunos de ellos ocuparon el último nivel de esta clase social.

De hecho, el poder político se concentró en esta clase. La Corona española sólo confiaba a sus súbditos de sangre europea y a sus descendientes más directos el manejo de estos asuntos. El

(69) Maty Finkelman Morgenstein, *El Pensamiento de Justo Sierra y el sentido de sus aportaciones historiográficas*, Tesis, México, Ed. del A, 1966, F.F.L.: U.N.A.M., p. 261, 262

dominio político condujo al económico y rápidamente estos funcionarios se enriquecieron.

Una alta jerarquía se formó también en el ejército y en el clero. La Iglesia como institución comenzó a acumular riquezas gracias a las concesiones que le otorgó España (tales como la exención de impuestos y la donación de grandes terrenos). Muchos de sus miembros fueron favorecidos también por la Corona y por los fieles católicos, quienes además de pagar diezmos y dar limosnas, hacían frecuentes regalos y dotaciones a las altas dignidades eclesiásticas.

Una de las formas más comunes y fáciles de obtener enriquecimiento personal, fue la posesión de tierras y minas que puso en poder de los miembros de la clase alta el gobierno español. Las concesiones se hicieron en forma directa por medio de dotaciones, o indirecta mediante las encomiendas. De cualquier manera, "el sistema de colonización puso en manos de los españoles grandes dominios territoriales que fueron la base de una aristocracia agraria y minera"⁽⁷⁰⁾. Como sólo el individuo que tenía medios económicos podía costear el trabajo en las minas, resultó que el español o el criollo acapararon esta fuente de producción y aumentaron con ello su riqueza. El comercio fue otra forma de obtener supremacía económica sobre las otras clases sociales.

Así es como la clase alta, principalmente en sus niveles superiores, se robustecía y afianzaba en su posición. De hecho, era la dueña de las fuentes económicas del México colonial.

Parte de los criollos guardaba una situación similar a la de los españoles, si bien con algunas diferencias, por lo que se encontraban en el sector más bajo de su clase. Es necesario aclarar que había dos grupos de criollos: uno de los cuales pertenecía a la clase alta⁽⁷¹⁾ y el otro a la clase media. Los primeros se diferenciaban de los miembros de su misma clase en cuanto a la posesión del poder político, ya que en su mayoría ocupaban cargos de importancia secundaria, aun cuando legalmente se suponía que podían obtener cualquier puesto. Esto perjudicaba sus intereses y por ello buscaba la forma de equipararse por completo a los españoles. Su situación económica, sus ocupaciones y otros intereses eran los elementos que los unían al resto de su clase; pero su especial circunstancia política y de nacimiento los hacía en ocasiones participar de las ideas del resto del grupo criollo.

En cuanto a la forma de vida de esta clase social, corresponde a la caracterización que hemos hecho de ella en el primer capítulo. La ostentación, las reuniones y las diversiones propias de estos individuos, quedan demostradas con el juicio que nos da Justo Sierra acerca de un sector de ellos: "el criollo (se dedicaba) a lucir sus caballos y sus vajillas de plata, a jugar incesantemente en todas las fiestas públicas y privadas"⁽⁷²⁾. Pero también había entre los miembros de esta clase, los que se dedicaban al trabajo constante para mantenerse en su posición.

Les interesaba conservar el orden de cosas existentes en la sociedad, ya que de él se derivaba su posición dentro de la misma. "El interés de España por mantener a sus colonias firmemente sujetas, fue también el interés de los peninsulares que en ellas residían. . ."⁽⁷³⁾ "El peninsular fue necesariamente un conservador, apegado al régimen colonial, en el que se vinculaban su influencia, su enriquecimiento, sus fueros, sus privilegios. . ."⁽⁷⁴⁾

(70) Mendieta, *Op. cit.*, p. 66, 67

(71) Llamado "euro-criollo" por Luis Villoro, *Op. cit.*, p. 15, 16

(72) Justo Sierra, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, Introd., de Alfonso Reyes, México—Buenos Aires, F.C.E., 1950, p. 85

(73) Virginia Guedea, *Criollos y Peninsulares en 1808. Dos puntos de vista sobre el español*, Tesis México, Ed. del A., 1964, E.H.: U.I.A., p. 30

(74) Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana. Orígenes y Resultados*, México, Ed. Porrúa, 1957 p. 59

“Consciente de (su) situación de privilegio y al mismo tiempo de su inferioridad numérica formaban un grupo cerrado.”⁽⁷⁵⁾ Mostraban un sentimiento de orgullo de clase, proveniente de su origen racial y de su poder y riqueza, el cual manifestaban como altanería ante los miembros de las otras clases provocando en ellos un resentimiento que con el tiempo se convirtió en odio y que culminó en la violencia.

Clase Media

Por lo que se refiere al aspecto racial, esta clase estuvo compuesta por algunos españoles, casi todos los criollos y un gran número de mestizos. Al igual que la clase anterior, la media estaba integrada por diferentes grupos.

En el primero de ellos se encontraban los españoles que no habían alcanzado el éxito de sus demás compañeros de raza y la mayor parte de los criollos. Les seguían los mestizos, entre los que existían algunas diferencias.

Los peninsulares de la clase media ocupaban puestos políticos y eclesiásticos de mediana categoría; el trabajo manual era considerado deshonroso por la sociedad de la Colonia, por lo cual procuraban dejarlo en manos de los mestizos o de los indígenas. Sin embargo, como no todos los españoles pudieron encontrar acomodo en este sector de la clase media, formaron pequeños grupos cerrados en los que realizaban oficios que sólo ellos conocían. De este modo lograron alejarse de los demás individuos que efectuaban labores manuales de inferior calidad e importancia, según su propia consideración.

Con anterioridad hemos señalado que los hijos de españoles nacidos en América y posteriormente emparentados entre sí, no pertenecían sino en mínima parte a la clase alta. Efectivamente, “la idea, muy generalizada, de que los criollos en conjunto eran una clase privilegiada, es completamente falsa, pues si un estrato étnicamente privilegiado carece de la base económica correspondiente, no representa otra cosa que una categoría de necesidades y aspiraciones, sin medios de satisfacerlas, lo cual constituye una inferioridad moral y material y nunca un privilegio.”⁽⁷⁶⁾

Carentes de propiedad y capital considerables, sin posibilidades de obtener ocupaciones que le permitieran vivir desahogadamente, los criollos de la clase media estudiaban “la carrera de las leyes o la eclesiástica que le permitía liberarse del trabajo manual. . . Ocupaban las magistraturas y curatos de segundo orden y la casi totalidad de los puestos administrativos de las pequeñas ciudades. . .”⁽⁷⁷⁾ Mejor preparados que la mayoría de los funcionarios de la clase alta, consideraban que los cargos que ocupaban no correspondían a su cultura ni a sus aspiraciones. Así, esta parte de “la clase media, más que ninguna otra, tenía la conciencia de no poder realizar en la sociedad la función a la que su vocación la orientaba.”⁽⁷⁸⁾ Relegados principalmente en las ciudades de provincia, formaron una élite intelectual unida por la insatisfacción común. A este grupo se unió un reducido número de mestizos que también habían estudiado en colegios, seminarios y en la Universidad, y que se encontraban en situación similar a la del sector criollo.

Además de dedicarse a estas actividades, algunos criollos y mestizos de la clase media se ocuparon como empleados de los españoles ricos, o bien ingresaron en el ejército.

(75) Guedea, *Op. cit.*, p. 30

(76) Mendizábal, *Las Clases Sociales en México*, p.

(77) Villoro, *Op. cit.*, p. 24

(78) *Ibidem*, p. 25

En realidad, la mayor parte de los mestizos realizaron trabajos manuales. Por su cultura y situación económica no pueden considerarse miembros de la clase baja.

Algunos mestizos lograron formar rancharías con la posesión comunal de tierras de los pueblos. Tanto ellos como otros miembros de la clase media buscaban su asiento económico en la propiedad agrícola individual, lo que no podían obtener debido al acaparamiento de tierras por parte de la clase alta.

“Pero no fue solamente la injusta distribución de la tierra la que originó el profundo antagonismo en contra de los españoles peninsulares y de los criollos ricos sus aliados; contribuyó poderosamente a él la circunstancia de que la producción agropecuaria de la Nueva España y las industrias de ella derivadas, siempre se vieron restringidas en su desarrollo por los intereses agrícolas, industriales y comerciales de la metrópoli, en particular en perjuicio de las clases medias de la sociedad que, reducidas sus posibilidades de acción económica, se vieron privadas en la oportunidad de obtener una base independiente que armonizara sus necesidades con sus recursos para satisfacerlas. . .”⁽⁷⁹⁾

Esta actitud discriminatoria por parte de España y de la clase superior novohispana, impidió durante la etapa colonial un desarrollo fuerte y preponderante de la clase media. Pero a fines del siglo XVIII su situación empezó a cambiar gracias a la nueva política española inaugurada por los Borbones, especialmente por Carlos III. “Cuando el Imperio decidió, no sólo eliminar las trabas al desarrollo económico, sino además impulsarlo, observamos inmediatamente un florecimiento de la clase media, (que creció) en número, en potencia económica, en prestigio social y en autoridad política”⁽⁸⁰⁾. Como todo ello ocurría en los últimos años de la Colonia, la proyección de la naciente fuerza de esta clase tendió a lugar en el siglo XIX, pasada la crisis de Independencia.

Notamos pues, que una de las características principales de la clase media colonial era su falta de asiento económico. Excepcionalmente algunos de sus miembros lograron acumular pequeños capitales. Pero en general, esta clase era pobre. La cultura de muchos de sus integrantes no estaba de acuerdo con su situación económica. Política y ocupacionalmente se veía restringida en sus actividades. En el aspecto racial, había más bien unidad de sectores que de clase.

Caracterizaba también a esta clase social su tendencia a guardar las apariencias, así como a imitar la forma de vida de la clase alta o de algún sector de la suya propia. Esto fue muy común entre los mestizos, que trataban de parecerse a los criollos, y entre estos últimos, que pretendían igualar a los “euro-criollos” o a los peninsulares.

No obstante, debido a su manera de vivir y a sus costumbres, poseían un alto sentido religioso que transmitieron a las generaciones posteriores, dando lugar así a una tradición que dió la tónica moral a su sociedad.

La participación de la clase media en la vida de la Colonia fue importante por las actividades que realizó y por sus características propias. Aunque era una clase débil en parte por su situación económica y por su falta de unidad, a fines de la época colonial registró cierta mejoría dentro de su misma posición. Numéricamente fue notable su crecimiento. Mientras que hacia los primeros años del dominio español no alcanzaba a formar ni el 1 o/o de la población total, en los últimos años del gobierno virreinal su número representaba entre el 15 y el 20 o/o de la población. La

(79) Mendizábal, *Las Clases Sociales en México*, p. 13, 1ª

(80) Palerm Vich, *Op. cit.*, p. 75, 76

unidad de clase y no ya por sectores raciales, se logró en gran medida durante la Revolución de Independencia.

Clase Baja.

Estaba formada por el resto de los mestizos de sangre blanca e india, por los negros, las castas, producto de la mezcla de todos los elementos étnicos, y por la población indígena vencida.

El sector mestizo “formaba. . . la plebe o populacho de las ciudades y de las villas; eran los domésticos, artesanos, menestrales, jornaleros y ganapanes, y en mínima escala, la clase campesina de las grandes propiedades rurales. . .”⁽⁸¹⁾. Tanto ellos como los miembros de las demás castas y los negros se ocuparon también del trabajo en las minas y en las industrias. Formaron parte del ejército, y aún algunos de ellos obtuvieron cargos eclesiásticos de ínfima categoría. Los indígenas fueron ocupados casi en su totalidad en las labores del campo. Hubo algunos artesanos, sirvientes y soldados; mayor número fueron los que se dedicaron a la minería.

Por su superioridad numérica, la población indígena era la más importante de la clase baja⁽⁸²⁾. Como antes de la Conquista habían formado su propia sociedad, al principio de la Colonia guardaron en parte la división en clases que entre ellos prevalecía⁽⁸³⁾. Con el tiempo sólo diferentes grupos fueron quedando, con más similitudes que distinciones. Su situación común de raza vencida y conquistada fue decisiva para que quedaran colocados en la clase inferior de la sociedad colonial. No es posible en consecuencia separarlos de ella, porque de hecho constituyeron una de sus partes. El que tuvieran sus propias características no justifica considerarlos como una unidad fuera de la sociedad de la Colonia.

Se encontraban agrupados en pueblos o comunidades, distribuidos en las encomiendas o apartados en las montañas. Algunos conservaban tierras en posesión comunal; los demás contaban con el jornal de su trabajo o bien laboraban gratuitamente en situación de servidumbre y muchas veces de esclavitud. Les estaba vedado el derecho de propiedad individual y no podían vender libremente su fuerza de trabajo. Las leyes los mantenían en perpetuo estado de minoridad, protegidos por ellas, al menos teóricamente, ya que en la realidad se encontraban oprimidos por los españoles y por otros sectores de la sociedad. La intervención de la Iglesia ayudó en muchas ocasiones a esta raza vencida. “Al proclamar que el indio tenía un alma que debía salvarse, impidió muchos abusos y destrucciones que de otra manera hubiesen ocurrido entre ellos”⁽⁸⁴⁾.

Dentro de la clase baja, el elemento mestizo proveniente de españoles e indígenas se sentía superior a estos últimos, así como a los negros y demás castas. Gracias a su origen racial, se les tenían mayores consideraciones que al resto de sus compañeros de clase, por lo que ocasionalmente podían ascender de nivel social y colocarse al lado de los mestizos de clase media. Sin embargo, la mayoría continuaba perteneciendo a la clase inferior.

(81) Vera Estañol, *Op. cit.*, p. 58

(82) Tomando en cuenta los datos anteriormente mencionados con respecto a la población de la Colonia, los indios formaban con sus tres o tres y medio millones de habitantes, casi la totalidad de la población al principio del dominio español, y más de la mitad hacia finales del mismo.

(83) “Los bienes de los señores indígenas fueron parcialmente respetados, así como sus posiciones de autoridad política. . . La clase superior indígena fue, después, progresivamente eliminada y absorbida”. Palerm Vich, *Op. cit.*, p. 67, 68. “. . . A fines del siglo XVI, puede decirse que existía una clase media entre los indios. Los oficiales de esta clase ocupaban a quienes se hallaban en una clase inferior entre los mismos indios. . .”. Alberto Ma. Carreño, “Las Clases Sociales en México”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, México, U.N.A.M., Vol. XII, No. 3, Sept.—Dic. de 1950, p. 336, 337

(84) Whetten, *Op. cit.*, p. 47

En cuanto a los negros y las otras castas, se les despreciaba igual o más que a los indígenas. A fines del siglo XVIII la población negra ascendía a diez mil habitantes aproximadamente. Al mezclarse con los blancos, indios y mestizos, dieron lugar a una población especial que se fue confundiendo con los demás mestizos, de tal manera que adquirió sus características y pudo además obtener su liberación. Pero el ser miembro de una casta equivalía a que tanto las autoridades civiles como las eclesiásticas les impusieran "derechos y obligaciones específicas de orden político, administrativo, jurídico, fiscal y aun religioso"⁽⁸⁵⁾ Este sector tan humillado y oprimido era no obstante "la parte más útil y trabajadora de la sociedad, según unánime consenso"⁽⁸⁶⁾

Afortunadamente para esta población, a fines de la Colonia empezó a disminuir la importancia del factor racial propiamente dicho y comenzaron a considerarse, de modo principal, los factores económicos y culturales respecto al prestigio de los varios grupos"⁽⁸⁷⁾

En general, caracterizaba a los miembros de clase baja su pobre o miserable condición económica. Realizaban trabajos manuales mal remunerados, o bien, nunca se les pagaba por ellos.

Carecían de instrucción; sólo algunos de sus miembros, casi siempre mestizos, aprendían a leer y escribir. En cambio muchos indígenas no sabían siquiera hablar en castellano; seguían expresándose en sus lenguas y dialectos nativos.

Su comportamiento y maneras sociales eran burdas. No solamente trataban de relacionarse con personas de su misma clase, sino de igual origen étnico. La embriaguez y otros vicios les eran fomentados por las clases superiores, con el fin de seguirlos explotando.

Aislados del resto de la población social y étnicamente, aborrecían a las otras clases sociales, especialmente a la alta y a su sector blanco que poseían la riqueza y el poder. De esa situación tan distinta surgió una "oposición de intereses, un odio recíproco que tan fácilmente nace entre los que lo poseen todo y los que nada tienen, entre los dueños y los esclavos". . ."⁽⁸⁸⁾

Todos estos trabajadores de la Colonia —el proletariado urbano y rural—, indios, negros o castas, no se encontraban unidos pero participaban de la misma situación oprimida"⁽⁸⁹⁾ Fue precisamente la clase media la que los hizo darse cuenta de esa situación y participar en la Revolución de Independencia. Pero durante la Colonia, la clase social que tratamos fue una clase pasiva que respetaba el orden existente y que ayudaba a mantener la estabilidad del dominio español.

La independencia

A principios del siglo XIX, la Nueva España superaba a cualquier colonia portuguesa o española de América Latina en cuanto a su organización política, población, desarrollo económico y cultura general. La ciudad de México era una de las más bellas y ricas del mundo. Así lo atestiguaba el barón Alejandro von Humboldt al visitar el país en 1803.

(85) Mendizabal *Las Clases Sociales en México*, p. 5

(86) Villozo, *Op. cit.*, p. 27, 28

(87) Whetten, *Op. cit.*, p. 43, 44

(88) Villozo, *Op. cit.*, p. 27

(89) *Idem.*

Sin embargo, el florecimiento material y espiritual que señalaba el visitante no estaba de acuerdo con la estructura de la sociedad que se mantenía rígida y estática. Faltaba la integración étnica y privaba una enorme desigualdad entre las diversas clases sociales. El antagonismo existente entre ellas había aumentado a lo largo de tres siglos de dominación.

Las circunstancias por las que atravesaron España y sus colonias a principios del siglo XIX, hicieron posible la participación de los miembros de la sociedad colonial en hechos que determinaron la revolución de 1810. Cada clase reaccionó de manera distinta y manifestó así sus diversos intereses.

Los acontecimientos sucedidos en España en 1808, no deberían alterar las instituciones gubernamentales de la Nueva España, lo que, de realizarse, podría traer consigo transformaciones en la estructura de la sociedad, lo cual no era conveniente. Esta era la idea general que predominaba en los integrantes de la clase alta.

Los criollos pertenecientes a la clase media reaccionaron en forma distinta. Para ellos lo sucedido en España no representaba tampoco un cambio esencial en el orden establecido. Pero los hacía pensar en posibles cambios futuros y en la necesidad de preverlos, lo cual implicaba tener la facultad de decidir la conveniencia de modificar el orden legal en caso necesario. Se daban cuenta de que su actividad podía originar estas transformaciones radicales y decisivas en su país.

El sector mestizo ilustrado participaba de las mismas ideas de los criollos; pero junto con sus demás compañeros mestizos de la clase media, era más radical en sus aspiraciones. Sentía aún menos relación con España que los criollos, ya que sus intereses estaban ligados a la Colonia, a su suelo americano, y no a una entidad geográfica e histórica que ni siquiera conocía. Es por eso que aceptaba con agrado la posibilidad de Independencia.

Desde antes de que estallara la guerra, pero especialmente durante la insurgencia, la clase media captó mejor la carencia de libertad para obtener cambios en su situación política y económica, así como el desprecio que hacia ella sentían los miembros de la clase elevada. También percibió la ofensa que hacía Europa a toda América y a sus habitantes, especialmente al sector indígena, por medio del trato que le daba y de escritos denigrantes que deformaban la realidad americana. Todo esto dió lugar a la exaltación de un sentimiento patriótico y nacional por parte de la clase media, que posteriormente transmitió a la clase baja.

Luchó al principio por establecer un nuevo tipo de gobierno. Después, porque este gobierno manejado por ella y su país, fueran independientes de España. La ideología y los programas de los insurgentes, la participación en las acciones de guerra y la influencia sobre el resto de la población, fueron las maneras como los criollos y los mestizos contribuyeron a la emancipación. De este modo, la guerra de Independencia fue, a la vez, una expresión y una manera de tomar conciencia de la clase media.⁽⁹⁰⁾

En cuanto a la clase baja, se dió cuenta de su situación oprimida gracias al sector intelectual de la clase media. "La obstrucción total de su futuro por las clases superiores. . .", le impedía comprender esa situación y trascenderla.⁽⁹¹⁾ Luchó entonces por obtener su libertad. Con el pretexto de defender la religión —pretexto en parte y en parte fanatismo— y de expulsar a los extranjeros, combatió ferozmente a la clase que la oprimía. Participando en las acciones de

(90) Palerm Vich, *Op.* p. 81

(91) Valioso *Op.* p. 28

guerra, contribuyó al triunfo de la causa revolucionaria.

Las clases sociales de la Nueva España intervinieron de diferente manera en la lucha por la Independencia de México. Ello tenía que ser así porque cada una estaba condicionada por las circunstancias en que vivía y por las características que le eran propias.

Obtenida la emancipación, la sociedad mexicana empezó a presentar nuevos rasgos y transformaciones que se fueron manifestando durante todo el siglo XIX.

4.— La Sociedad en el Siglo XIX: clasificación y características principales.

En 1821 se inauguraba una nueva época en la historia de México, que se constituía en nación independiente. Este acontecimiento de carácter político implicaba al mismo tiempo una transformación en el orden social.

La mayoría de los mexicanos de esta segunda década del siglo XIX se sentían optimistas ante su futuro. Creían que su forma de vida podía cambiar de inmediato gracias a la libertad recién obtenida. No se daban cuenta de que, desgraciadamente, había muchos elementos que impedían las transformaciones rápidas que deseaban realizar.

Entre las varias circunstancias desfavorables que existían para que se formara una nación fuerte, base de la prosperidad se encontraban su geografía: un extenso territorio de más de 216 000 leguas cuadradas cuya composición variada impedía el contacto entre sus habitantes. En seguida la población —no más de siete y medio millones—, que además de ser insuficiente para tan vasto territorio, se encontraba mal distribuída.

La organización política y la situación económica eran otros de los elementos que no permitían el progreso y la unidad nacional. En aquellos momentos se necesitaba un gobierno fuerte que proporcionara la tranquilidad indispensable para estructurar con firmeza la sociedad nueva; pero los diversos intereses que se movían en torno a la política eran incapaces de dar una dirección única a los destinos del país. La inestabilidad y las guerras civiles fueron en consecuencia características constantes de gran parte del siglo XIX. La anarquía de este período perjudicó a la economía del país, agravando la situación en que se encontraba como resultado de la Revolución de Independencia. La crisis económica se prolongó durante la mayor parte del siglo XIX, contribuyendo así a la falta de prosperidad de México en esa época.

Estas eran las circunstancias en las que las clases de la sociedad iban a manifestarse. A diferencia de las anteriores, las clases sociales de esta época permitieron el cambio de posición de sus integrantes, así como la aceptación de nuevos miembros o la exclusión de otros. Esto se debió a que la transformación histórica dió lugar a un nuevo tipo de estructura social. En ella, los factores dominantes para fijar la posición de los individuos, fueron el político y el económico. Las clases sociales con sus diversos intereses tomaron parte en la dirección de los nuevos acontecimientos.

Clase Alta.

La formaron en un principio los españoles partidarios de Iturbide y del Imperio. Pero al ser expulsados, ocuparon su lugar en el nuevo gobierno, los criollos que antes de la Independencia se

encontraban en un nivel inferior dentro de la misma clase alta. Su ascenso se debió a que el control político y económico del país quedó en sus manos. Algunos ascendieron de inmediato, al triunfar la revolución, mientras que los otros fueron ocupando paulatinamente el lugar que dejaron los españoles. Casi todos los demás criollos y algunos mestizos lograron integrarse en esta clase y aumentar el número de sus miembros. Un grupo numeroso de extranjeros vinieron a México a enriquecerse; pronto formaron también parte de los sectores privilegiados del país.

La mayoría de los españoles radicados en México salieron del territorio expulsados o por su propia voluntad, después de la Independencia. Lleváronse consigo sus capitales acumulados con anterioridad, los cuales se habían debilitado con motivo de la revolución. La falta de inversiones perjudicó a la economía del país. Pasados algunos años, volvieron algunos españoles que aumentando el número de extranjeros aquí radicados, se convirtieron en integrantes de la clase alta. Este sector obtuvo su posición económica gracias a las inversiones o adquisiciones que hizo. Desde luego no fue ya el acaparador de las fuentes de producción, pero sí participó en buena parte de la riqueza del país.

Los criollos ricos o “euro—criollos” pudieron afianzarse definitivamente en su clase gracias al poder político que obtuvieron. Aunque algunos emigraron del país, muchos de los que se quedaron pudieron gozar de los puestos que tanto habían anhelado y que con el tiempo tuvieron que compartir con los demás criollos. Como les interesaba seguir disfrutando de sus bienes económicos y de su posición recién adquirida, pronto se convirtieron en políticos conservadores, moderados, o en partidarios de éstos. En el ejército y en el clero siguieron ocupando cargos privilegiados.

Gran parte del elemento criollo perteneciente a la clase media antes de la Independencia, y algunos miembros mestizos de la misma clase, fueron ascendiendo paulatinamente en la jerarquía social hasta colocarse en la clase superior. La transición completa de este sector de la población se efectuó hasta 1867. Durante los años anteriores algunos de estos individuos lograron acomodarse en la clase alta gracias al poder económico o político que adquirieron.

En cuanto al sector extranjero, estuvo compuesto por españoles, franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos, principalmente. Predominaron unos u otros según la época en que se establecieron. Rotas las relaciones con España, se dieron cuenta de “que no habiendo en el nuevo país producción local ni minera... éste ofrecía condiciones de campo virgen para toda explotación”(92). De manera individual o interesando a sus países de origen, hicieron fuertes inversiones que aumentaron durante la época porfirista. Poco a poco se fueron adueñando de la tierra, del comercio y de la industria. Su importancia como miembros de la clase alta fue decisiva en los últimos años del siglo XIX.

En general, las características de esta clase eran las mismas que presentan las clases superiores, con algunas particularidades que diferenciaban a sus miembros entre sí.(93)

(92) Andrés Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas Nacionales*, México, Impr. de A. Carranza e hijos, 1900, p. 42, 43

(93) Por ejemplo, entre los españoles y los demás extranjeros existían las siguientes diferencias, según Molina Enríquez: Los primeros “presentaban por rasgos comunes, su catolicismo clásico, sus costumbres de mando, y el apego á sus tradiciones aristocráticas”. En cambio los franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos en general, “no procediendo de España no heredaban el catolicismo clásico de los españoles, y . . . no tenían ni el sentimiento de autoridad ni el espíritu aristocrático de ellos”. Además, el extranjero no proveniente de España, “era laborioso, sobrio, económico, previsor, instruído, sociable y prudente”. *Op. cit.*, p. 38 y ss.

Clase Media

Estuvo integrada durante casi medio siglo por los mismos criollos y mestizos que pertenecieron a esta clase antes de la Independencia y por sus descendientes. Como hemos dicho, algunos fueron cambiando de posición social hasta formar parte de la clase alta, pero la mayoría siguió perteneciendo a la clase media. En los mestizos de la clase baja y aún en algunos indígenas, se logró también un mejoramiento en la escala social. Mientras que algunos integrantes de la clase superior descendieron a la posición intermedia al quitárseles sus bienes; éstos fueron individuos del clero o ligados a los intereses de la Iglesia.

El sector que efectuó su transición hacia la clase superior, fue el que participó en la política después de 1823, adquiriendo así la fuerza que necesitaba. Durante algunos años sus miembros ocuparon puestos importantes en el ejército y en el gobierno, instituciones que les proporcionaron cierta riqueza. Los intelectuales de los años treinta que buscaban la transformación económica y social del país, así como sus sucesores, formaron una sección importante del partido liberal. La masonería y fracciones del ejército fueron las armas que les ayudaron a luchar en contra de las clases privilegiadas que acaparaban la riqueza, principalmente los miembros del clero y de la milicia conservadora. Nos dice Leopoldo Zea que al defender Mora y los hombres que como él (pensaban) los intereses de la sociedad, (estaban) haciendo la defensa de menoscabados intereses de su clase; los intereses de una clase no privilegiada, los de la clase media o burguesía.⁽⁹⁴⁾

En realidad, había los que luchaban por sus intereses clasistas y los que lo hacían por el mejoramiento de la sociedad, y aun los que querían ambas cosas a la vez. De cualquier modo, estos reformistas obtuvieron el triunfo definitivo sobre los sectores privilegiados hacia 1867, cuando habían pasado ya las crisis de la guerra civil de 1858-1860⁽⁹⁵⁾, la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Se convirtieron entonces en miembros de la clase que combatían, al adquirir el poder y parte de los bienes y propiedades del clero.

Algunos de los miembros de la clase media que no cambiaron de posición, siguieron teniendo las mismas ocupaciones de antes; las profesiones liberales, el clero y el ejército, así como las labores manuales, fueron las actividades de los grupos que permanecieron igual, mientras que el número de empleados aumentó considerablemente en esta época, principalmente el de los que trabajaban para el gobierno. La "empleomanía" o burocracia fue una de las más amplias formas de dar trabajo a todo el que lo requería, aun careciendo de la preparación necesaria. Los mestizos que habían tenido la oportunidad de realizar algunos estudios se acogieron a este tipo de ocupaciones que les proporcionaron su base económica. Muchos de ellos, al tener contacto con los asuntos del gobierno, ingresaron en la política y fueron miembros o simpatizadores del partido liberal, que les ofrecía la posibilidad de mejorar y de terminar con las desigualdades sociales. Otros, se preocuparon sólo por obtener lo necesario para vivir bien, o cuando menos lo mejor posible, cumpliendo mediocrementemente con sus obligaciones.

Algunos individuos se convirtieron en propietarios, sobre todo después de la desamortización de los bienes del clero. Por su misma situación económica, las tierras que adquirieron fueron

(94) Leopoldo Zea, *El Positivismo en México. Nacimiento, Apogeo y Decadencia*, México, F.C.E., 1968 (Sección de Obras de Filosofía), p. 82. Afirma que para Mora "los civiles eran hombres que no pertenecían al clero ni a la milicia; hombres que creían en el trabajo y en la industria y que aspiraban a un orden que protegiera los intereses derivados de dichos trabajos e industria".

(95) "a quien se debió el triunfo reformista fue a la clase media de los Estados, a la que había pasado por los colegios. La burguesía dio oficiales, generales, periodistas, tribunos, mártires y vencedores a la causa." Sierra *Op. cit.*, p. 227.

de escasas proporciones, lo que significó para ellos si no un ascenso en la escala social, sí un mejoramiento dentro de su misma clase⁽⁹⁶⁾.

Al clero ingresaron nuevos elementos; los que ya pertenecían a él lograron subir de nivel. Debido a las guerras civiles constantes, simples soldados de épocas anteriores ascendieron a mejores puestos dentro del ejército; su posición social cambiaba de acuerdo con el triunfo o la derrota de sus jefes, pero en general pudieron insertarse en la clase media. Algunos obreros y artesanos también obtuvieron un mejoramiento social.

Entre las circunstancias que ayudaron a los miembros de la clase baja a ascender con rapidez, se encuentran el cambio de situación general debido a que perdió importancia el factor racial en la composición de las clases sociales, así como el abandono de antiguas fuentes de trabajo por parte de la clase media. La nueva estructura de la sociedad ofrecía oportunidades más amplias de mejoramiento al sector inferior.

Los miembros de esta clase de la sociedad se concentraron más bien en las ciudades que en el campo, tal como lo requerían sus ocupaciones. La población urbana predominó en la región central del territorio.

Aunque su situación económica no era muy favorable, en relación con la que tuvo esta clase durante la Colonia, fue más aceptable. Gozó de mayores libertades en el orden político y ocupacional. Gracias a la igualdad proclamada, empezó a unificarse este sector de la población, ya sin prejuicios raciales que lo impidieran. La integración fue lenta y gradual en los primeros años posteriores a la Independencia, pero se fue acelerando a medida que pasó el tiempo. Como el sector mestizo se hacía cada vez más numeroso y como en él se fusionaron todos los elementos raciales, algunos historiadores consideraron que era el genuino representante de la nacionalidad mexicana, y principal miembro de la clase media⁽⁹⁷⁾.

En general, sus rasgos distintivos eran los mismos que caracterizan a la clase media y que ya se han examinado con anterioridad.

Clase Baja.

A pesar de la movilidad registrada entre las clases sociales, la clase baja o inferior seguía siendo la que contaba con mayor número de miembros. Algunos mestizos, provenientes de todos los elementos raciales mezclados por varias generaciones, la mayor parte de los indios, y un reducido sector de negros que se habían mantenido sin mezcla, fueron los integrantes de esta clase social.

Casi en su totalidad, eran los mismos componentes de la clase baja colonial. Por su número, el elemento indígena seguía siendo el más importante de su clase, si bien se había reducido en

(96) Cfr. Andrés Molina Enríquez, *Juárez y la Reforma*, Pról. de Agustín Cué Cánovas, México, Libro-Mex Editores, 1956, p. 117 y ss. Hace notar que los mestizos de la clase media incipiente adquirieron pequeñas propiedades que no pudieron acrecentar. La misma idea la encontramos en José Iturriga, *Op. cit.*, p. 64, 65

(97) *Vid. infra*, Cap. V, p. 140, 148, 163, 168, 175, 177, 180, 181. Molina Enríquez consideraba que el sector mestizo superaba somática y psíquicamente al blanco en algunos aspectos, tales como en la finura de la piel y en la suavidad del cabello, o bien, "en facilidad de comprensión, en firmeza de equilibrio moral, y en delicadeza de sensibilidad artística." Constituía "un bello tipo racial" cuando era "producto más o menos equilibrado de la sangre española y de la sangre indígena" *Esbozo de la Historia de los primeros diez años de la Revolución Agraria de México (de 1910 a 1920)*, i. i. 5, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México, 1932, p. 121-122

buena parte a causa de la Revolución de Independencia y de las guerras civiles posteriores, así como por la precaria situación en que se encontraba⁽⁹⁸⁾

Las ocupaciones de los miembros de esta clase eran prácticamente las mismas que antes tenían, aunque en varios aspectos su situación había mejorado. En el clero, por ejemplo, fueron admitidos sin las restricciones de otros tiempos. En el ejército, algunos soldados ganaban "sueldos superiores a los salarios de la industria y a los jornaleros del campo"⁽⁹⁹⁾ Sin embargo, hay que hacer notar que había muchos que se encontraban en el ejército sin haberlo querido y que sufrían por las condiciones en que se hallaban, eran el producto de la "leva", sistema de reclutamiento llevado a cabo por medio de la fuerza⁽¹⁰⁰⁾ La industria fue ocupando poco a poco a diferentes grupos de esta clase que aumentaron considerablemente hacia las últimas décadas del siglo XIX. Algunos trabajadores de la clase baja cambiaron sus actividades anteriores por el empleo industrial, mejorando así su condición económica.

En cuanto a los propietarios comunales, habían mejorado notablemente porque estaban ya libres del continuo atropello de los españoles, pues si bien todos los revolucionarios les causaban daños y molestias, no llegaban hasta arrebatarles sus bienes, ni hasta arrasarlo sus poblaciones. Los indígenas jornaleros o peones de las haciendas, resto de los indígenas esclavos de la época colonial, sin trabajo normal por las revoluciones, pegados al suelo por las deudas, y deprimidos por el sistema de la gran propiedad, eran los que guardaban aún su condición infeliz precedente.⁽¹⁰¹⁾ La mejora social de los indígenas fue en realidad escasa; "para ellos, las nuevas instituciones no les habían traído más que ventajas ilusorias"⁽¹⁰²⁾

También en esta clase se dejó sentir la disminución de la influencia del factor racial. Ello significó una mayor convivencia y contacto entre los miembros de este sector de la sociedad, que derivó igualmente en una unión más completa. Fue notorio el cambio hacia esta situación entre quienes más habían resentido las opresiones de otra época. Tal sucedió por ejemplo con los negros. Estos, en plena libertad, sin ser repugnados por los indios, y con menor competencia en el campo de trabajo por el ascenso de estos últimos, se vieron en condiciones de relativo bienestar.⁽¹⁰³⁾

Las características generales de esta clase eran más o menos las mismas que antes. En lo que respecta al antagonismo hacia las demás, no fue tan patente como en la época colonial, especialmente hacia el final de ella. A mediados del siglo XIX la situación de la clase baja registraba cierta mejora.

La revisión histórica de las clases sociales en México, que hemos efectuado hasta algunos años anteriores a la iniciación de la época porfirista, ha tenido como objeto precisar la

(98) Para Justo Sierra "la población indígena disminuía en un millón de personas cada siglo, principalmente por su aislamiento y falta de instrucción" Moisés González Navarro, *La Vida Social*, en: Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato*, t. IV, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1957, p. 34

(99) Andrés Molina Enríquez, *Las Clases Sociales Mexicanas durante el Porfiriato*, en: Mendizábal, *Las Clases Sociales en México*, p. 32

(100) Acerca del cual comentaba Sierra "la leva chupadora de sangre, plagiando incesantemente al hombre vando en la familia y el taller, para lanzarlo al banco de palos en el cuartel y a la carnicería de campo de batalla, o bien, que es la que deshace "a la familia rural y arrebató al padre y a los hijos" *Op. cit.*, p. 228, 129

(101) Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas Nacionales*, p. 40

(102) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia de los primeros diez años de la Revolución Agraria de México* (de 1910 a 1920), libro 2o., p. 75, 76

(103) *Ibidem.*, p. 63-64

composición y las características de las clases sociales, así como las transformaciones realizadas en ellas a través del tiempo. De manera especial hemos puesto atención en la clase media desde la época de la Colonia, porque durante ella empezó a manifestar las características que la definieron posteriormente, en el período histórico en que pensamos estudiarla.

Antes de examinar a la clase media porfirista vamos a situarla en su época, señalando los principales aspectos de ella, especialmente las transformaciones que ocurrieron en el orden social.

CAPITULO III

ASPECTOS GENERALES DEL REGIMEN PORFIRISTA.

1.—Antecedentes.

Con el triunfo de la República sobre la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano en 1867, se empezó a formar la unidad nacional tan largamente esperada en México. El respeto que se logró obtener del exterior ayudó al prestigio de Juárez, quien se encargó de la presidencia para el período 1867–1871. Desde ese momento se buscó encauzar al país por el camino del orden, de la paz y del progreso. Para ello se requería de un gobierno central fuerte. Juárez puso todos los medios a su alcance para lograrlo; estaba convencido de que “con la ley de 57, el Ejecutivo quedaba á merced del Congreso y de los gobernadores”⁽¹⁰⁴⁾; por eso propuso reformas a la Constitución que equilibraran los poderes federales. Las facultades extraordinarias de que gozó en varias ocasiones le proporcionaron el poder que necesitaba.

s Aunque la Ley de 1857 no era respetada del todo, ni aún por el propio presidente, fue el símbolo de la unión que empezaba a realizarse⁽¹⁰⁵⁾. Era necesario “hacer vivir esa Constitución en el orden político, modificándola en todo lo que su forma tenía de incompatible con la necesidad soberana de libertad y orden”⁽¹⁰⁶⁾, pensaban algunos políticos del momento. Nuevamente el optimismo renacía: las guerras con el extranjero habían terminado; las luchas civiles disminuían y ya no tenían el mismo carácter de antes; los grupos privilegiados de la sociedad habían sido derrotados; las leyes de Reforma y la Constitución que otorgaba la igualdad civil y la libertad individual; todos éstos eran algunos de los motivos que daban fe en el porvenir. Ante los graves problemas, económicos, principalmente, “a veces (esa fe) se transformó en impaciencia o en irritación, pero rara vez, o nunca, en amargura o desesperanza”⁽¹⁰⁷⁾.

Juárez se reeligió para el período 1872–1876, pero la muerte truncó sus aspiraciones de seguir en el poder. Su sucesor, D. Sebastián Lerdo de Tejada, careció de las cualidades necesarias para continuar la política inaugurada al triunfo de la República. Cuando quiso ocupar nuevamente la presidencia, su impopularidad había aumentado; entonces surgió la rebelión de Tuxtepec que le impidió seguir gobernando y que puso en su lugar a Porfirio Díaz.

2.— Las Bases del Régimen Porfirista.

El General Porfirio Díaz iba a iniciar en México, lo que tanto se había esperado durante el siglo XIX: una era de paz y de progreso material. Su gobierno inaugurado en 1877 duró hasta 1910. Aunque durante cuatro años (1880–1884) no ocupó el poder, proporcionó en ellos la dirección que debía seguir la política por él iniciada. En esta época de treinta y tres años “surgió un régimen político cuya continuidad y cuya fuerza excepcionales crearon una sociedad y una economía muy características. . .”⁽¹⁰⁸⁾

(104) Emilio Rabasa, *La Constitución y la Dictadura. Estudio sobre la organización política de México*, México, Tip. de “Revista de Revistas”, 1912, p. 144.

(105) “Cuando Juárez volvió a la capital de la República (en 1867) . . ., la Constitución era un ídolo porque era un emblema . . . La Constitución estaba salvada y no correría la suerte de las anteriores. Su prestigio era inmenso . . .”. Rabasa, *Op. cit.*, p. 44.

(106) Sierra, *Op. cit.*, p. 268.

(107) Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. La República Restaurada*, 2a. ed., t. II, “Introducción”, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1965, p. 29.

(108) Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato*, t. IV, “Introducción”, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1957, p. XV.

El régimen no fue igual en sus primeros años que en los posteriores. La dictadura propiamente dicha se inició hasta el segundo período presidencial de Don Porfirio (1884–1888). Las bases en que quedó estructurada fueron de índole diversa. Influyeron la propia personalidad de Díaz y su programa político, el apoyo que diversos sectores de la sociedad le dieron a su gobierno, y las ideologías liberal y positivista propias de la época.

Personalidad de Porfirio Díaz.

El General Porfirio Díaz supo aprovechar la popularidad que tenía cuando ascendió al poder, así como las circunstancias en que lo iniciaba. Creía que el régimen que iba a realizar debía estar basado, más que nada, en él mismo. Nos dice Emilio Rabasa que “el carácter accidental del Gobierno y aun la forma definitiva que adopta, depende. . . de las condiciones personales que reúne el titular del Ejecutivo. . . ; (ya que de los diversos poderes que constituyen el Gobierno), es el Ejecutivo el que ejerce mayor influencia y el Ejecutivo tiene por núcleo un hombre con educación individual, carácter determinado é intelecto propio”⁽¹⁰⁹⁾. En el caso de Díaz, los tres aspectos que se reunían en su persona, le ayudaron a fincar su poder. Gracias a sus actividades anteriores a 1876, era conocido y admirado por algunos sectores importantes de la nación. Tenía una brillante carrera militar, debido a su participación en la guerra contra la Intervención Francesa y contra el Imperio de Maximiliano. En ambas “mostró la honradez, la actividad y la probidad del buen administrador”⁽¹¹⁰⁾. A estas cualidades agregaba la sagacidad, la prudencia, la laboriosidad y la perseverancia. Era enérgico, de gran talento y ambición, cualidades necesarias en un dictador. Tal vez por eso han dicho sus panegiristas que era “un hombre hecho para ordenar, administrar y dirigir”⁽¹¹¹⁾, o bien que “nació para dominar. No sólo en el campo de batalla, sino en el palacio era un gobernante natural de los hombres”⁽¹¹²⁾.

El carácter y la personalidad de Porfirio Díaz, fueron elementos indispensables para la consecución del poder. Sus partidarios lo consideraron como un individuo excepcional, extraordinario.

Díaz llegó a la presidencia por medio de una revolución. El individuo que lo hace en estas circunstancias, nos dice Rabasa, “. . . se siente señor de las leyes y jefe de la Nación, porque no es natural que sobreponga las teorías jurídicas á la impresión profunda que dejan los hechos de que se deriva su autoridad. Brota de él espontáneamente la imposición, no tolera obstáculos, le irritan las limitaciones, y como consecuencia, va subordinando á su voluntad todos los elementos que han de intervenir en el manejo de los negocios públicos, y antes de mucho llega, si no comenzó por ella, á una dictadura tanto menos benévola cuanto más resistencias se le opongan”⁽¹¹³⁾.

Pero no solamente el ascenso ilegal al gobierno fue la causa de que Díaz tratara de neutralizar o de acabar con todo poder que no fuera el suyo. Contribuyó también la propia organización constitucional de México. Los congresistas de 1856, previendo futuras tiranías como la experiencia lo había demostrado en el pasado, atribuyeron mayores facultades al Poder Legislativo que al Ejecutivo, de tal manera que éste se vió nulificado casi por completo. Por eso es que Díaz (como Juárez también lo hiciera) trató desde un principio de equilibrar primero, para absorber después, a los Poderes Federales que le impedían realizar su gobierno. Sus colaboradores

(109) Rabasa, *Op. cit.*, p. 242, 243.

(110) Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas Nacionales*, p. 63, 64.

(111) Sierra, *Op. cit.*, p. 261, 262.

(112) Hubert Howe Bancroft, *Vida de Porfirio Díaz. Reseña histórica y social del pasado y presente de México*, México, La Compañía Historia de México, 1887, p. 539.

(113) Rabasa, *Op. cit.*, p. 183, 184.

le ayudaron en la tarea pidiendo las reformas necesarias, y él mismo logró sus objetivos siguiendo el principio de que “si la prohibición lo permite, se elude; y si no, se rompe”⁽¹¹⁴⁾. Así como anteriormente la primacía en el orden legal la tenía el Poder Legislativo, “en el Porfiriato se llegó al extremo opuesto de ser el Ejecutivo todo y nada el Legislativo”⁽¹¹⁵⁾.

La consolidación de la dictadura también exigía el sometimiento de los poderes locales o estatales, lo que era difícil de llevar a cabo por la autoridad que habían logrado adquirir los gobernadores y sus partidarios, quienes habían formado verdaderos cacicazgos. Consciente de la situación, Díaz trató de complacerlos y ganarse su adhesión, cuando no pudo aniquilarlos. También logró la sumisión de algunos estados mediante la imposición en las gubernaturas de sus principales sostenedores.

La Política Porfirista y los Sostenedores del Régimen.

En buena parte, el régimen dictatorial de Porfirio Díaz estuvo basado en el poder político que él mismo se concedió, al igual que sus partidarios y el pueblo en general lo hicieron. Al principio de su gobierno, Díaz contaba realmente con la simpatía popular. Su dictadura tenía “la aquiescencia y el concurso de la nación que sentía su utilidad. . . El Gral. Díaz. . ., tuvo, para realizar su empresa, la cooperación de la sociedad, que vio durante muchos años sin recelo aquel poder enorme, y le hizo tácitamente la concesión de todas las facultades que hubiese menester para garantizar su tranquilidad”⁽¹¹⁶⁾.

Algunos de los mismos sostenedores del gobierno se dieron cuenta de las consecuencias que el enorme poder político de Díaz podía traer para el futuro del país. Entre ellos se encontraba Sierra, quien afirmaba: “. . . esa nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extralegales. . .; y ¿eso es peligroso? . Terriblemente peligroso para lo porvenir, porque imprime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. . .”⁽¹¹⁷⁾. Por su parte, Emilio Rabasa reconocía que al ser ilegal, la dictadura terminaría por medio de una revolución; al respecto decía que “con la perpetuidad establecida sin ley la sucesión del poder no puede operarse sino por la violencia”. Veía también que era peligroso este gobierno por el estancamiento político que implicaba; por ello creía que nuestra historia, “en la época constitucional, (tenía) de notable que nuestros grandes presidentes (— Juárez, Lerdo y Díaz— habían) ejercido la dictadura favoreciendo las evoluciones que cada etapa requería. . . En vez del quietismo de las tiranías, (habíamos) tenido con las dictaduras democráticas un movimiento de avance y una evolución continuos; (pero bajo el régimen de) las dictaduras democráticas. . ., lo que no (podía) progresar y (había) tenido que permanecer estacionario, (era) la práctica de las instituciones, sin las que (sería) siempre una quimera la paz permanente, el orden asegurado, que son el objeto de la organización nacional, para conjurar peligros exteriores y realizar los fines de la vida en el seno de las sociedades”.

Concluía Rabasa con sus ideas acerca de la dictadura, diciéndonos que fue necesaria en su época, que después de ella los dictadores habían “concluido su tarea y no tenían ya ni sus privilegios ni razón en qué ampararse ni fuerza popular que los sostuviera. . . La dictadura, como régimen, había muerto con la etapa histórica que debía presidir por ley ineludible”. Había llegado el momento ya de poner “á la Constitución en condiciones de garantizar la estabilidad de un

(114) *Ibidem*, p. 185.

(115) Cosío Villegas, *Historia moderna . . . La República Restaurada*, t. II, “Introducción”, p. 20, 21.

(116) Rabasa, *Op. cit.*, p. 327.

(117) Sierra, *Op. cit.*, p. 295, 296.

gobierno útil, activo y fuerte, dentro de un círculo infranqueable pero amplio”⁽¹¹⁸⁾

De esta manera, los mismos simpatizadores del régimen preveían la destrucción futura del mismo. Pero no se daban cuenta (por las circunstancias del momento) de que el fin de la dictadura no solamente sería el resultado de la falta de libertad política, sino que los problemas económicos y sociales determinarían la caída de su gobierno; aquel apoyo popular que tuviera en sus primeros días, fue desapareciendo conforme pasó el tiempo, debido a que grandes sectores de la sociedad se vieron afectados en sus intereses a causa de la administración porfirista.

Desde que Porfirio Díaz asumió por vez primera la presidencia del país, estuvo dispuesto a fincar por todos los medios posibles la estabilidad de su gobierno. Sabía que era un anhelo común de los mexicanos de esa época alcanzar la paz. “Pocas veces se habían visto en la historia de un pueblo una aspiración más premiosa, más unánime, más resuelta. Sobre ese sentimiento bien percibido, bien analizado por el jefe de la revolución triunfante, fundó éste su autoridad; ese sentimiento coincidía con un propósito tan hondo y tan firme como la aspiración nacional: hacer imposible otra revuelta general. . . ; el caudillo creía que para eso era preciso que se tuviera fe en él y que se le temiera. . . La fe y el temor. . . tenían que ser los resortes de la política nueva”⁽¹¹⁹⁾.

Como “la paz (era) nuestra condición primera de vida”, no importaban los medios que se utilizaran para obtenerla, el caso era conseguirla. Las represiones sangrientas eran permitidas, “con tal de que a la paz impuesta por el miedo (suciedera) la paz consentida por el bienestar social”⁽¹²⁰⁾.

Derrotados sus enemigos, Díaz trató de neutralizarlos o de convertirlos en sus sostenedores. Para ello los introdujo dentro de su política “integral” o de “conciliación”. Consistió ésta en lograr la colaboración de todos los sectores de la sociedad, de grado o por la fuerza, en el engrandecimiento de la nación y en beneficio personal de Díaz⁽¹²¹⁾. Animado por este propósito, otorgó importantes puestos políticos y militares a sus antiguos opositores. Con “este espíritu venció toda oposición y uno por uno de los que antes le eran hostiles ofrecieron su amistad o sumisión”⁽¹²²⁾.

Gracias también a la nueva política, la rivalidad que existía entre la Iglesia y el Estado se fue debilitando paulatinamente, hasta que la primera respondió al llamado del gobierno y decidió prestarle su apoyo; el presidente supo corresponder a su vez protegiéndola en sus intereses. Con ello venció a uno de sus más fuertes enemigos, ya que el pueblo mexicano, católico por tradición, en muchas ocasiones había ayudado al clero en su lucha contra el gobierno.

Entre los elementos de la sociedad que mayor sostenimiento dieron al régimen, se encontraban el ejército y gran parte de la burocracia. Aunque el ejército estaba formado por elementos muy distintos, pues lo mismo había en él letrados que aventureros, antiguos delincuentes y verdaderos militares, que entraban por su propia voluntad o por medio de la leva,

(118) Rabasa, *Op. cit.*, p. 158, 159, 181 y ss.

(119) Sierra, *Op. cit.*, p. 288. Sierra afirmaba que la autoridad de Díaz era obra de la burguesía: “. . . la inmensa autoridad de este gobernante —decía—, esa autoridad de árbitro, no sólo política sino social, que le ha permitido desarrollar y le permitirá asegurar su obra . . . , es obra de la burguesía mexicana” *Ibidem*, p. 290.

(120) *Ibidem*, p. 148.

(121) Tal propósito concordaba también con el anhelo de los positivistas de acabar con toda intransigencia, causa de la anarquía: “del partido liberal deberían de tomarse los elementos del progreso, y del reaccionario los del orden”. Zea, *Op. cit.*, p. 278, 279.

(122) Bancroft, *Op. cit.*, p. 522.

pronto sirvió este ejército para fortalecer la dictadura porfirista. El General Díaz formó con algunos de sus miembros un fuerte sector en torno a su persona; supo ganarse su adhesión y la de los demás soldados mediante los puestos y los privilegios que les concedió. De esta manera, “gobernó con ellos, pero no compartió con ellos el poder”⁽¹²³⁾. En cuanto a los empleados que ocupó el nuevo Estado, un número considerable de ellos recibió los favores del presidente a cambio del apoyo y protección que dieron a su política.

Liberalismo y Positivismo.

La vida económica, política y social de las últimas décadas del siglo pasado, y de los primeros años del siglo XX, estuvo regida por el pensamiento liberal y por el positivista, adaptados a la circunstancias propias de México. Ambas filosofías se fusionaron de manera muy especial. Nos dice D. Daniel Cosío Villegas que “nuestra sociedad moderna vivió de la filosofía liberal europea y norteamericana, si bien con desviaciones ya notables al iniciarse la República Restaurada, y que al avanzar el Porfiriato llegaron hasta convertir la autóctona en una caricatura de la filosofía original”. Agrega que “la fe en el liberalismo puro o primitivo, el político, pero más el económico y más todavía el social, fue debilitándose a medida que llegaba a su término el siglo XIX. . . Los liberales del Porfiriato presenciaron ese desgarramiento, lento pero continuo. . .”⁽¹²⁴⁾.

De acuerdo con los ideales de formar una nación fuerte y progresista, en la que la base fuera el orden y la paz, se adoptó una nueva filosofía en México. “La doctrina liberal . . . fue substituida por otra doctrina que si bien tenía la misma raíz, tendía a organizar, a ordenar la libertad: el positivismo”⁽¹²⁵⁾. Algunos pensadores mexicanos de la época porfirista adoptaron las ideas de esta filosofía que concordaban mejor con los principios sustentados por el liberalismo⁽¹²⁶⁾. Pero aunque nuestros positivistas buscaron apoyarse en la doctrina liberal, los sostenedores de ésta los atacaron. D. José Ma. Vigil, entre otros, les criticó el haber tomado las ideas que convenían a sus intereses políticos, aun dentro del positivismo.

Nos interesa el grupo positivista que surgió del partido liberal, porque fue el que estableció los principios en que se sustentó en parte el régimen porfirista; al mismo tiempo, este sector apoyó la dictadura para recibir a su vez el beneficio de ella.

Este “grupo de políticos formados en el positivismo pugnaría desde . . . 1878, por la formación de un nuevo partido conservador, que sin representar los intereses del viejo partido reaccionario, evitara al mismo tiempo caer en los principios de anarquía y desorden representados por el partido liberal. . . (el cual) tenía que desaparecer, porque la evolución de la sociedad así lo había determinado. . . Se quería la formación de un nuevo partido que sostuviera los principios de orden derivados de la investigación científica realizada en la sociedad. . . Esta pretensión fue la que dió origen a que el partido fuese llamado despectivamente con el nombre de partido de los ‘científicos’. . .”⁽¹²⁷⁾

(123) Babasa, *Op. cit.*, p. 151, 152.

(124) Cosío Villegas, *Historia Moderna . . . El Porfiriato*, t. IV, “Introducción”, p. XVII, XXVI.

(125) Zea, *Op. cit.*, p. 12.

(126) Tal era, por ejemplo, la idea de que “en su aspecto político considera al Estado un guardián de los intereses del individuo”. Zea, *Ibidem*, p. 371, idea que se complementaba con la liberal que decía que “. . . el Estado no ha de tomar la iniciativa en la solución de los problemas colectivos, ni convertirse en agente activo y menos todavía en el único agente de esa solución. Debe limitarse a crear condiciones propicias a una acción privada fecunda, a la que se confía el progreso general del país”. Cosío Villegas, *Historia Moderna . . . El Porfiriato*, t. IV, “Introducción”, p. XIX.

(127) Zea, *Ibidem*, p. 245, 246, 247, 401.

Se presentaba al nuevo grupo como el heredero de los ideales de libertad del partido de la Reforma, sólo que pedía como condición para el advenimiento de la libertad, el orden en el que ya había empezado a vivir el país. La política debería de estar en manos de los miembros de este grupo, mientras que el resto de la sociedad se dedicaría al engrandecimiento material de la nación.

Sus ideas empezaron a publicarse en el diario *La Libertad*, fundado por ellos en 1878. "*La Libertad*, empezó a sostener candidatos para la Cámara de Diputados. En 1880 entraron en dicha Cámara. . . Justo Sierra, Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Francisco Bulnes y Jorge Hammeken Mexia. Frente a ellos estaban los viejos liberales Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio y otros".⁽¹²⁸⁾ Paulatinamente los "científicos" fueron desplazando a los liberales en el orden político, lo que también tuvo repercusión en el aspecto económico y en el social, como posteriormente veremos,

Justo Sierra fue uno de los principales teóricos positivistas que dio las bases al régimen gubernamental de Porfirio Díaz. Pensaba que la ciencia mostraba la verdadera naturaleza de las sociedades; éstas estaban sujetas a las leyes del mundo orgánico⁽¹²⁹⁾, y así como los organismos naturales evolucionaban, las sociedades también; el movimiento natural de ellas era la evolución y no la revolución. El saber científico permitiría poner fin a las transformaciones violentas; vendría entonces la clasificación de las funciones sociales y con ella la ley de la división del trabajo que permitiría el crecimiento biológico, clave del crecimiento social que era el progreso.

Para que México evolucionara por el cauce del orden social, se necesitaba la existencia de un gobierno, ya que éste era la condición primera de vida de los pueblos. Anteriormente hemos dicho que los positivistas pensaban que el tipo de gobierno fuerte que México requería era la dictadura⁽¹³⁰⁾. Pero como la experiencia había demostrado lo funesto "del despotismo explotador del país en provecho de un hombre", la dictadura debería de ser impersonal y preocuparse por los intereses de la sociedad. Se necesitaba pues de "un tirano honrado, que hiciese el papel de jefe paternal, preocupado por los intereses de la nación que le había sido encomendada". Lo que importaba no era la persona del tirano, sino tan sólo la tiranía, el absolutismo racional. La dictadura debería de imponer el orden y proteger "al mismo tiempo a los grupos sociales considerados como impulsores del progreso"⁽¹³¹⁾. De esta manera, los científicos buscaban formar la dictadura de grupo, eliminando el despotismo personal, lo que sólo lograron parcialmente.

Los positivistas atacaron todas las teorías que no se conformaban con las suyas. Afirmando que su postura era neutral, lo que en realidad buscaban era imponer su doctrina sobre cualquier otra. "De la ideología neutra que Juárez y los demás liberales querían que fuese, se transformó en lo que verdaderamente era: en una ideología que, al igual que todas las ideologías, pretendía tener un valor total. . . Este ideal no pasó de ser una utopía, (pero fue motivo de ataques clericales y liberales, que veían en el positivismo) una doctrina sectaria al servicio de un . . . grupo

(128) *Ibidem*, p. 397.

(129) " . . . La sociedad es un ser vivo, por tanto, crece, se desenvuelve y se transforma ". Sierra, *Op. cit.*, p. 269, 270.

(130) Afirmaba Sierra que " . . . dada nuestra historia, nuestra geografía y nuestra verdadera constitución social, nuestro verdadero modo de ser político tenía que ser una dictadura, para no ser una anarquía . . . ". Acababa justificando este tipo de gobierno, diciendo: "Las dictaduras de hombres progresistas, que sean al mismo tiempo administradores inteligentes y honrados de los fondos públicos, suelen ser eminentemente benéficas en los países que se forman, porque aseguran la paz y garantizan el trabajo. Pueden ser detestables en teoría, pero las teorías pertenecen a la historia del pensamiento político, no a la historia política, que sólo puede generalizar científicamente sobre hechos" Sierra, *Ibidem*, p. 210, 165.

(131) Zea, *Op. cit.*, p. 260, 419.

social⁽¹³²⁾. En realidad, dentro de la Sociedad mexicana, fue este sector el que más apoyo prestó a Díaz. Su acción tuvo mayor importancia hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

3.— *La Economía.*

“El nacimiento del régimen porfirista no sólo es formación de Estado; es también comienzo de una nueva economía de la Sociedad⁽¹³³⁾. Por ello no puede desligarse la actividad económica de la vida política y social, porque las complementa y ayuda a comprenderlas mejor. Para explicar posteriormente a la sociedad mexicana de aquella época, es necesario entonces tener el antecedente de su situación en todos los aspectos posibles.

Uno de los problemas más graves a los que tuvieron que enfrentarse los gobiernos posteriores a 1867, fue el de la situación económica del país. Los mismos acreedores ingleses informaban de ella a su nación, reconociendo que era imposible pagárseles de momento como Juárez lo había decretado. Entre otras cosas, el citado informe decía: “. . . ‘En primer lugar es necesario tener presente que agobiado México, casi sin interrupción desde su emancipación de España, por guerras civiles, sufrió perjuicios sin igual de la intervención francesa, de cuya lucha salió muy recientemente. . . con su población diezmada, su agricultura arruinada, su comercio destruido . . . Aunque está dotado de facultades recuperativas extraordinarias, necesita de una tranquilidad prolongada para desarrollar del todo sus elementos de riqueza’, . . .”⁽¹³⁴⁾. A pesar de encontrarse el país en malas condiciones económicas, había fe en el porvenir, basada en la creencia de que “México era. . . la nación de mayores recursos naturales (ya que) . . . ‘el suelo mexicano era uno de los más fértiles del mundo. ’; ese optimismo. . . , tenía una vieja tradición, la liberal⁽¹³⁵⁾”.

Durante la administración juarista, el optimismo económico no se reflejó en la realidad, ya que el déficit hacendario aumentó constantemente. Hacia 1872 la situación hacendaria fue más favorable, “pero aún así, no podía considerársela bonancible o siquiera normal. En efecto, no podían atenderse el pago de la deuda nacional y subsistía el deficiente en perjuicio del buen servicio público. . .”⁽¹³⁶⁾

En la primera presidencia de Porfirio Díaz empezó a formularse el programa económico que se desarrollaría durante el gobierno de González y el régimen dictatorial.

Dicho programa incluía . . . el desarrollo de los recursos naturales del país con capital extranjero. . . , la corrección de las desventajas naturales del territorio nacional, por medio de las grandes comunicaciones. . .”⁽¹³⁷⁾, la creación de una industria nacional, el desenvolvimiento de la minería, la agricultura y el comercio, bajo la adopción de los principios liberales o positivistas, según conviniera.

A partir de 1877 empezó a manifestarse la oposición de estas dos ideologías⁽¹³⁸⁾. El

(132) *Ibidem*, p. 71, 72.

(133) José C. Valadés, *El Porfirismo. Historia de un Régimen. El Nacimiento (1876–1884)*, México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e hijos, 1941, p. 65.

(134) Francisco R. Calderón, *La Vida Económica*, en: Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna . . . La República Restaurada*, 2a. ed., t. II, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1965, p. 483.

(135) *Ibidem*, p. 134, 135, 30.

(136) *Ibidem*, p. 450.

(137) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia . . .*, libro 3o., p. 166, 167.

(138) En esos años “la fuerte corriente proteccionista (sostenida por el gobierno) lograba que aún los más prominentes liberales dudaran de la validez universal de los principios de libre cambio”. Calderón, *Op. cit.*, p. 114.

optimismo en materia económica heredado de los liberales, fue debilitándose a medida que pasó el tiempo. “La fe en la gran riqueza nacional culminó en el Porfiriato; pero también en él hizo crisis, para dar lugar a la exageración opuesta de una gran pobreza. . . Los positivistas, en particular los científicos, fueron. . . quienes de manera más penetrante y sistemática socavaron la vieja ilusión de la riqueza nacional”⁽¹³⁹⁾. La única forma de lograr el progreso material de México —pensaban los científicos— era obtener la intervención del capital extranjero, para impulsar la economía del país.

Convencido de la necesidad urgente del capital extranjero, el régimen porfirista solicitó empréstitos e inversiones tanto oficiales como particulares. Pudo obtenerlos gracias al reconocimiento que hizo de la deuda exterior y a la estabilidad política que demostró el gobierno. Pero además, los Estados Unidos y los países de la Europa Occidental vieron la posibilidad de beneficiarse con las intervenciones económicas que realizaran en México, lo que las decidió a invertir fuertes capitales en nuestro país.

De esta manera, nuestro desarrollo material quedó supeditado a la economía extranjera. Por eso afirma Valadés que “el régimen porfirista no hizo depender una economía del país, sino que obligó al país a depender de una economía”⁽¹⁴⁰⁾.

Las críticas que se hicieron a las inversiones extranjeras, surgieron por las consecuencias negativas que se preveían para la nación: las deudas —“que debilitan la economía de los países”—, y la falta de una verdadera riqueza nacional⁽¹⁴¹⁾.

Las inversiones obtenidas del exterior se utilizaron en crear instituciones de crédito y en aplicarse a todos los ramos de la economía. De acuerdo con la ideología liberal, el gobierno concedió facilidades a los inversionistas particulares, con el fin de que colaboraran en el engrandecimiento material del país.

Uno de los aspectos necesarios más importantes para obtener el desarrollo económico de México, era la creación de una extensa red de comunicaciones. Por eso el régimen de Díaz impulsó su construcción, especialmente de vías férreas, ya que el ferrocarril se consideraba como el medio de comunicación más útil. La inauguración del Ferrocarril Mexicano en 1873, fue el antecedente de la política porfirista en materia ferroviaria, que benefició no sólo a la economía del país sino a la sociedad entera, al poner en contacto a diferentes grupos de la población antes aislados entre sí. Aunque la creación de los diferentes medios de comunicación no se habían planeado en función de la sociedad, ésta recibió sus beneficios indirectamente.

(139) González Navarro, *Op. cit.*, p. 134 y ss. Justo Sierra afirmó por aquella época que “México, por la falta de medios de explotación de sus riquezas naturales, era uno de los países más pobres del globo”. Sierra, *Op. cit.*, p. 123.

(140) José C. Valadés, *El Porfirismo. Historia de un Régimen. El Crecimiento*, México, Ed. Patria, 1948, t. I, p. 219, 220. Las críticas a la política inversionista extranjera sostenida por el gobierno de Díaz, las hicieron también algunos historiadores contemporáneos al régimen. Entre ellos Molina Enríquez, quien afirmaba que “nadie parecía pensar y mucho menos comprender, que esos capitales, no eran el resultado de nuestra propia capitalización, que no eran nuestros, que por el hecho de establecerse en el país no se sumarían al patrimonio nacional, que se llevarían al patrimonio de sus países respectivos los provechos de la explotación de nuestros recursos, que la salida de esos provechos tendría que ser para nosotros una hemorragia incontenible y dolorosa de dinero que haría imposible el equilibrio futuro de la balanza de nuestro comercio exterior, y que la intervención de tales intereses hincados como garras en nuestro cuerpo social aquí, pero movidas desde afuera por voluntades extrañas . . . tenían que producirnos gravísimas dificultades futuras . . .”. Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia . . .*, libro 4o., p. 67, 68.

(141) Valadés, *El Porfirismo . . . El Crecimiento*, t. I, p. 111. “. . . Al terminar la época limantourista, (quedaron al país) deudas por cerca de seiscientos millones de pesos”. *Ibidem*, p. 151.

En las inversiones extranjeras que al respecto se hicieron, el capital norteamericano predominó sobre el europeo. Los capitalistas obtuvieron del gobierno mexicano concesiones muy ventajosas. Aunque las construcciones relacionadas con los ferrocarriles proporcionaron una importante fuente de trabajo, los trabajadores mexicanos siempre se vieron en condiciones inferiores a las de los empleados extranjeros.

La minería siguió ocupando el primer lugar en las actividades económicas en esa época. Para impulsarla, se introdujeron nuevas técnicas de explotación y se diversificaron sus productos.

Los inversionistas del exterior perjudicaron al país al apropiarse de ricos fondos mineros y al explotar libremente los aceites y combustibles de la nación, entre los que se encontraba el petróleo. No solamente la economía del país se resintió, sino también los núcleos de trabajadores mineros, ya que “no teniendo. . . los dueños la obligación de trabajar minas, y no teniendo el estado interés alguno en que se trabajara o no, los trabajadores estaban fuera del campo de atención de unos y otros, así pudiesen morir de hambre o de miseria”⁽¹⁴²⁾.

Por lo que respecta a la industria nacional, en los años anteriores a la dictadura “casi no existía. . . , a pesar de los proyectos de industrialización propiciados por nuestros gobiernos desde la Independencia”⁽¹⁴³⁾.

Hacia 1870, el artesanado predominaba sobre la verdadera industria. “. . . ‘En muchos casos, la artesanía fue al mismo tiempo el apoyo inicial de la gran industria fabril moderna y el precio más alto que se pagó por impulsarla’ . . .”⁽¹⁴⁴⁾, ya que empezaron a perderse valores y tradiciones artísticas por una parte, y un gran número de artesanos pasaron a ser obreros de las fábricas, por otra.

En los últimos días del gobierno de Lerdo de Tejada, en 1876, “se gestó la política proteccionista de la industria que caracterizaría al régimen porfirista. . . Esta política iba a estar orientada a crear, más que a proteger, la industria nacional”⁽¹⁴⁵⁾. Aunque la fuerte corriente proteccionista iba en contra de los principios liberales, se consideraba necesaria y aun imperiosa para lograr el desarrollo industrial de México. Su aplicación produjo efectivamente un progreso notable a la industria y a la economía nacional en consecuencia⁽¹⁴⁶⁾. Pronto los capitalistas extranjeros fundaron grandes empresas, con las consiguientes ventajas que sus inversiones les produjeron siempre.

En lo que se refiere a la riqueza agrícola en la época porfirista, “la agricultura nacional, fuera de casos aislados y excepcionales de auge. . . , no logró salir de la postración en que la sumió una larga serie de factores adversos”⁽¹⁴⁷⁾ “. . . ‘La intervención oficial, en . . . muchos casos. . . , se

(142) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia* . . . , libro 4o. p. 70.

(143) Calderón *Op. cit.*, p. 82.

(144) Cosío Villegas, *Historia . . . El Porfiriato*, t. VII, “Introducción”, p. XXII. “. . . ‘Cuando tropieza uno con el dato de que en el Estado de Guanajuato existían 526 ‘fábricas’ de tejidos de lana y 853 de algodón, ya se sabe que no había tales fábricas, sino talleres familiares, donde no existía una máquina, ni se usaban fuerza o combustible, ni nada que tenga que ver con la industria propiamente’ ” Cosío Villegas, *Historia . . . La República Restaurada*, t. II, “Introducción”, p. 32, 33.

(145) Calderón *Op. cit.*, p. 11, 112.

(146) Vicente Riva Palacio, ministro de Fomento en la primera presidencia de Díaz, declaraba en 1877 que “por más sólidas que fueran las razones de los economistas en favor del libre comercio, era preciso reconocer que las especiales circunstancias de México hacían indispensable una protección decidida a la industria nacional, porque ‘fecundo nuestro suelo en cuantos elementos son necesarios para ejercitar la actividad manufacturera, nuestros industriales podrían obtener los mejores resultados si no tuviesen que luchar contra la competencia de los efectos extranjeros’ . . .”. Calderón, *Ibidem*, p. 114.

(147) *Ibidem*, p. 52 y ss.

aplicó invariablemente. . . , a fomentar la exportación agrícola, y nunca, en consecuencia, a remediar la insuficiencia de aquella agricultura de que dependía, no ya el bienestar de la población, sino su subsistencia misma'. . .”(148).

El problema de la escasa producción no fue el único ni el más grave durante estos años, ya que el que afectó más seriamente a la población, especialmente a la campesina, fue el del despojo de sus tierras en beneficio de los latifundistas, tanto mexicanos como extranjeros. “El Gobierno del Gral. Díaz no creyó necesario ocuparse del fraccionamiento de los latifundios ni de las demás cuestiones relacionadas con él. . . Lejos de intentar el fraccionamiento de (ellos), se expidieron las leyes de tierras baldías, que ensanchaban los ya existentes, que creaban algunos nuevos en las regiones lejanas, y que para formar otros más, despojaban implacablemente a los mestizos y a los indios. . .”(149).

Lo mismo ocurrió al aplicarse las Leyes de Desamortización, que al dividir la propiedad comunal indígena ocasionaron que sus dueños la vendieran al no poder hacerla producir como antes; con ello “perdían para siempre, los pequeños pero seguros elementos de vida o de comercio que la tierra común ofrecía a todos”(150).

Los sectores privilegiados del país defendían sus intereses económicos defendiendo el derecho de la propiedad privada sobre la comunal. Consideraban dichos grupos que el Estado debería solamente de proteger ese tipo de propiedad, sin importar cuál fuera el origen de ella; así justificaban los despojos que hacían a sus verdaderos dueños.

Dentro de la economía nacional, el comercio adquirió gran importancia durante el régimen. Gracias a las comunicaciones, se unieron grandes zonas del país antes aisladas entre sí, y con ello los mercados locales fueron ampliándose hasta convertirse en un solo mercado nacional. Así, México pudo empezar a exportar sus productos a otros países. El comercio exterior se intensificó en esa época debido a la abolición de los derechos interiores y a la supresión de algunos impuestos a la exportación, con respecto a los minerales, por ejemplo. Los metales preciosos, acuñados en monedas o en barras, constituyeron el principal renglón de la exportación de 1877 a 1887. A partir de ese año se diversificaron las exportaciones con nuevos productos. El valor de las importaciones disminuyó, mientras que tuvo un gran aumento el de las exportaciones.

Nuestro comercio “estuvo muy estrechamente ligado a las vicisitudes del mercado exterior y, en general, a las altas y bajas del comercio internacional”(151). No obstante, ayudó a reforzar la economía del régimen porfirista.

La estabilidad política y la prosperidad económica fueron sorprendentes durante la dictadura de Porfirio Díaz. Es innegable que en esa época existió un verdadero progreso material,

(148) Cosío Villegas, *Historia . . . El Porfiriato*, t. VII, “Introducción”, p. XX.

(149) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia . . .*, libro 4o., p. 86, 88. “Pero lo más oneroso de estas leyes, radicó en el hecho de que propiciaban la creación de empresas encargadas de medir y deslindar las tierras desocupadas, recibiendo, en pago de su acción, la tercera parte de las mismas. El afán especulativo con las tierras nació aparejado al alza de su valor bajo el influjo de las construcciones ferrocarrileras. Por tanto, las empresas deslindadoras no fueron sino instrumento de despojo contra los verdaderos dueños de la tierra, a quienes se hizo objeto de toda clase de abusos, ya que, una vez que la nación entraba en posesión de las tierras desocupadas, éstas se ponían a la venta a precios irrisorios”. José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, 9a. ed., México, Editores Unidos Mexicanos, S.A., 1967, p. 30, 31.

(150) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia . . .*, libro 4o., p. 89.

(151) Luis Nicolau D’Oliver, *La Vida Económica*, en: Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato*, t. VII, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1965, p. 225

a pesar de las condiciones en que éste se realizó. El equilibrio financiero cambió por completo la situación de los años anteriores. En el aspecto económico, “el éxito del Porfiriato (fue) contundente, no sólo por los resultados logrados, sino porque para llegar a ellos partió de muy lejos, de muy atrás. En 1894 se logró el equilibrio presupuestario y desde entonces hasta 1911 hubo un superavit”⁽¹⁵²⁾.

Pero si el régimen tuvo aciertos notables en el terreno político y en el económico, descuidó en cambio el aspecto social, cometiendo graves errores que dieron lugar a un descontento casi general. “Los problemas de una composición social no podían ser resueltos por simple sujeción autoritaria”⁽¹⁵³⁾

4.— La Sociedad.

Durante el régimen porfirista se precisaron algunas características que proporcionaron una forma de vida a la sociedad mexicana, distinta de la que hasta entonces se había llevado. Estos elementos fueron la estabilidad política, la duración extensa del gobierno originada por dicha estabilidad, y finalmente, la prosperidad material y económica alcanzadas en esa época.

La tranquilidad que tuvo lugar en esos años, permitió que la estructura de la sociedad mexicana se manifestara con mayor claridad, más definidamente que antes. Sus diversos componentes y los factores surgidos proporcionaron cierto individualismo original a nuestra sociedad, nueva, que lo era no por carecer de antecedentes, sino porque su desenvolvimiento fue distinto, de acuerdo con sus propias circunstancias históricas.

En el ambiente que acabamos de describir, las clases sociales mostraron durante la etapa porfirista una constitución más precisa. La “larga duración (del régimen), su estabilidad misma, las hicieron como más aparentes y rígidas”⁽¹⁵⁴⁾. Aunque en general no constituyeron grupos cerrados, las clases presentaron límites más definidos que en los otros años del siglo XIX. Los cambios de posición social se realizaron paulatinamente, con lentitud contrastante con la movilidad de los años anteriores.

Las clasificaciones que se han hecho de la sociedad porfiriana, varían de acuerdo tanto con el criterio empleado por los investigadores de esa época como por los de la actual. Por ello, las conclusiones de unos y otros no son las mismas. Entre los primeros, se encuentran los que le dan especial importancia al factor étnico para determinar la posición social del individuo. Justo Sierra, Agustín Aragón y Andrés Molina Enríquez, entre otros, son partidarios de esta idea⁽¹⁵⁵⁾. El último, más radical que los demás, identifica el aspecto racial con la clase a la que pertenecen los individuos. El ambiente geográfico, las diferentes ocupaciones, la cultura, la posición económica, la alimentación y el vestido, fueron también factores tomados en cuenta por los pensadores de la época porfirista para elaborar sus clasificaciones.

(152) Cosío Villegas, *Ibidem*, “Introducción”, p. XXIII, XXIV

(153) Valadés, *El Porfirismo. . . El Nacimiento*, p. 125. Afirma Cosío Villegas que a finales del régimen “la paz en el sentido de orden público era para entonces general, pero no ya en la del ánimo, pues las comunicaciones y las inversiones extranjeras habían creado un capitalismo incipiente, pero capitalismo al fin, y con él todos los elementos de inestabilidad de la sociedad moderna”. Cosío Villegas, *Historia . . . El Porfiriato*, t. IV, “Introducción”, p. XXII, XXIII

(154) Daniel Cosío Villegas, “La Crisis de México”, en: *Ensayos y Notas*, México, Ed. Hermes, 1966, t. I, marzo, 1947, p. 128

(155) *Cfr.*, Sierra, *Op. cit.*, Agustín Aragón, Justo Sierra *et al.*, México: su evolución social, 3 vs., México, J. Ballezá y Cía., sucesor, editor, 1900. Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas. . . y Esbozo de la Historia. . .*

Entre los investigadores actuales, predomina la idea de que “la estratificación, es producto de la organización socioeconómica misma de la sociedad”⁽¹⁵⁶⁾ Los factores económico, político y ocupacional, son a los que se les concede mayor importancia para clasificar a la sociedad.

En lo particular, consideramos que fueron decisivos los factores económico y político, principalmente el económico, para determinar la posición de los individuos de la sociedad porfiriana, como posteriormente quedará demostrado. Menor importancia tuvieron los demás, aunque el étnico adoptó un carácter especial como resultado de la interpretación que le dieron algunos individuos de la sociedad⁽¹⁵⁷⁾. El mismo historiador Molina Enríquez señalaba que “. . . la igualdad civil (favoreció) mucho el contacto, la mezcla y la confusión de las razas, preparando la formación de una sola”⁽¹⁵⁸⁾. Por ello es difícil identificar el origen étnico con la clase social del individuo. Mas bien puede considerarse que el factor racial tuvo importancia pero no tanto en sí mismo como por la que le dieron algunos miembros de la sociedad porfirista.

La población mexicana de fines del siglo XIX casi se había duplicado en el término de ochenta años. Pasada la guerra de Independencia, en 1823, se calcula que México tenía 6 790 000 habitantes⁽¹⁵⁹⁾. Debido a las luchas civiles posteriores y a la guerra sostenida contra la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, principalmente, la población sólo había aumentado en el término de 45 años, dos millones aproximadamente: en 1869 era de 8 743 614 habitantes⁽¹⁶⁰⁾. A partir de esta época, se aceleró el aumento de población, que coincidió con el inicio de la estabilidad política. Así, en el término de veinte años, se registró un crecimiento demográfico de casi tres millones: en 1890 la población aproximada era de 11 487 210 habitantes⁽¹⁶¹⁾.

Los datos del primer censo general realizado en 1895, dieron a conocer una población de 12 632 427 habitantes (según Iturriaga, 12 698 330), que en 1900 había aumentado a 13 607 259. A finales del régimen, en 1910, la población era de 15 160 369 habitantes (720 753 se calcularon para el Distrito Federal). A pesar de los errores que se atribuyeron a estos censos, era evidente que la densidad demográfica iba en notable aumento. Así, durante la época porfirista, la población aumentó de 9 481 916 habitantes a 15 160 369, es decir, en más de 5.5 millones⁽¹⁶²⁾.

Nos dice José Iturriaga que “no existe ningún trabajo riguroso que entregue cifras sobre la cuantificación de los miembros pertenecientes a las diversas clases sociales. . .”, pero que él trató de “establecer cuidadosamente la clase social a que presumiblemente pertenecía la población económicamente activa según el tipo de ocupación; y en el número de familiares que dependía de cada una de las personas económicamente activas”. También tomó en consideración la población urbana y la rural. El resultado de su cálculo fue el siguiente: de los 12 698 330 habitantes que había en 1895, la clase alta estaba representada sólo por 183 006 habitantes, o sea el 1.44 o/o de la población total; la clase media contaba con 989 783 miembros, es decir, el 7.78 o/o de nuestra población, y a la clase baja pertenecían 11 525 541 individuos, el 90.70 o/o de los habitantes de

(156) Mendizábal, *Las Clases Sociales en México*, p. VI.

(157) De los 9 millones y medio que aproximadamente tenía México en 1875, más de 4 eran mestizos y casi 2, s blancos. En 1900 la población blanca y mestiza constituía más de las dos terceras partes de la población total: 9.5 millones de 13.5 aproximadamente.

(158) Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas*, . . ., p. 37

(159) Mendizábal, *Obras Completas*, t. I, p. 88

(160) México, Dirección General de Estadística, *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*, verificado el 27 de octubre de 1910, México, Sría. de Hacienda, 1918-1920, 3 vs.

(161) Mendizábal, *Obras Completas*, t. I, p. 88

(162) Moisés González Navarro, *Estadísticas Sociales del Porfiriato, 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956, p. 7

México en esa época⁽¹⁶³⁾.

De acuerdo con nuestra propia clasificación, consideramos que la clase media tenía un mayor número de miembros durante la época porfirista, por lo cual decidimos elaborar una cuantificación personal⁽¹⁶⁴⁾.

El resultado de esta cuantificación, válida para la población de 15 160 369 habitantes registrada en 1910, fue el siguiente: la clase alta contaba con 1 271 483 miembros, o sea el 8.38 o/o de la población total; la clase media estaba integrada por 1 891 059 individuos, equivalentes al 12.47 o/o de la población, y la clase baja tenía 11 997 827 miembros, o sea el 79.15 o/o del total. Admitiendo la posible inexactitud de estas cifras, debido a que no se ha hecho un estudio especializado, creemos que nuestra clase media constituía efectivamente entre el 12.5 y el 15 o/o de la población total, mientras que la clase alta tuviera tal vez una proporción menor, digamos que entre el 5 y el 8 o/o. Aunque la clase baja era indiscutiblemente mayoritaria, creemos que no pasaba del 80 al 85 o/o de la población total, a pesar de que en este sentido nos alejamos bastante de la proporción presentada por Iturriaga, quien calculó un porcentaje del 90.70 para este sector social.

Estos datos nos revelan, entre otras cosas, que si la clase media contaba con un mayor porcentaje de miembros que la clase alta, su influencia e importancia social deben de haber sido considerables en su época. Si por su número fue interesante su participación en la sociedad, con mayor razón lo fue por sus características y actuación, como esperamos demostrar más adelante. Por el momento diremos que fue aumentando constantemente su número durante la época porfirista, pues si en un principio formaba tal vez no más del 7 o/o de la población total, hacia el final de ella alcanzaba casi el doble de ese porcentaje.

(163) Iturriaga, *Op. cit.*, p. 26, 28

(164) Para ello nos basamos principalmente en los datos registrados en el *Tercer Censo de Población* realizado en 1910, así como en los de las *Estadísticas Sociales del Porfiriato*, obra de Moisés González Navarro. Como los factores económicos y políticos no se daban a conocer claramente a través de estos datos, decidimos utilizar el factor ocupacional como riterio para conocer el número de miembros pertenientes a cada clase social. Nuestra división por sectores ocupacionales en cada clase social, la comparamos con los 36 tipos de ocupación registrados en el tercer censo. Tomamos además en consideración los familiares de cada miembro activo de la sociedad, haciendo un cálculo aproximado de ellos, y proporcionado al resultado parcial, por clase, de individuos activos económicamente. Algunos otros aspectos como el sexo y la edad, fueron también tomados en cuenta.

Aunque nuestro cálculo se refirió en concreto al año de 1910 y el de José Iturriaga a 1895 —en 15 años la población aumentó en dos millones y medio—, los resultados obtenidos son visiblemente distintos, a pesar de estar basados más o menos en el mismo criterio. No sabemos cuáles fueron los procedimientos seguidos por el Sr. Iturriaga, y en consecuencia, tampoco por qué nuestras cantidades difieren.

El motivo de haber hecho el cálculo personal de la cuantificación de los miembros pertenientes a cada clase social, en el año de 1910, fue por una parte, que acerca del mismo se obtuvieron la mayor cantidad de datos posibles, y por otra, que con el conocimiento del número de individuos de cada clase social, en especial de la clase media, en ese año, podíamos obtener una visión más completa, ya que el resultado de los años anteriores lo podíamos conocer mediante cálculos proporcionados a la población total.

Clase Alta

Quedó integrada de la siguiente manera. el sector superior fue ocupado por los principales sostenedores del régimen porfirista, quienes a medida que pasó el tiempo, formaron una aristocracia basada en su posición económica y política, más que en la tradición. Compartieron esta situación privilegiada un gran número de extranjeros que aumentó visiblemente durante la dictadura. El sector intermedio estuvo compuesto por un grupo de antiguos miembros de esta clase, que si bien pudo conservarse en ella, descendió de nivel y perdió en gran parte su influencia; era el elemento que seguía considerándose a sí mismo como la aristocracia de tradición⁽¹⁶⁵⁾ Finalmente, el sector inferior estuvo formado por aquellos nuevos ricos que no pudieron integrarse totalmente en la clase superior; casi todos ellos provenían del ejército que llevó a Díaz al poder⁽¹⁶⁶⁾.

En cuanto al principal núcleo de esta clase, ha sido denominado de diferentes maneras, según la clasificación que cada autor da de la sociedad porfirista. Los contemporáneos a ella le dieron el nombre de "criollos" (nuevos o científicos: Molina Enríquez), o bien de burguesía mexicana. (Sierra, por ejemplo). En la actualidad, se les coloca simplemente dentro de la alta sociedad (González Navarro), aunque también se afirma que constituían un sector de la burguesía, conocido como grupo de los científicos o positivistas (Leopoldo Zea). De cualquier manera, estudiando sus características y actuación dentro de la sociedad, se puede identificarlos en un solo grupo perteneciente a la clase superior.

El origen de ellos se encuentra en los años anteriores al régimen, cuando lograron sobreponerse a los grupos privilegiados del clero y la milicia, conocidos en la política como "conservadores". En oposición a ellos y por sus tendencias ideológicas, fueron conocidos como "liberales". Al triunfo de la rebelión tuxtepecana, algunos de ellos formaron un nuevo grupo político basado en la filosofía positivista, grupo que despectivamente fue llamado por el resto de la sociedad "partido de los científicos". Dejaron entonces de considerarse liberales y empezaron a reemplazar a éstos en los puestos políticos y en la posición recién adquiridos, por lo que estos liberales en general volvieron a quedar colocados en la clase media de la que provenían o bien lograron insertarse en los niveles inferiores de la clase alta⁽¹⁶⁷⁾

Para justificar este grupo su posición social, se valió del positivismo, que les sirvió para "demostrar el origen científico de sus privilegios"⁽¹⁶⁸⁾ Los conceptos que expresaron estuvieron siempre de acuerdo con sus intereses. Pretendía este sector tener en sus manos tanto el poder económico como el político, pero Porfirio Díaz no estaba dispuesto a permitir que se estableciera otro poder frente al suyo. Les concedería las ventajas materiales y económicas que deseaban, les

(165) En realidad no lo era, ya que "la inestabilidad política tan característica del siglo XIX fue un factor activo que impidió en México la consolidación de una aristocracia hermética de larga duración". Iturriaga, *Op. cit.*, p. 80

(166) Podemos identificar casi por completo nuestra clasificación con la que da Valadés acerca de los miembros de la clase alta. Afirma: "La sociedad oficial que a sí misma se califica de crema social, está dividida en grupos: el de los aristócratas, que por brillar, y no obstante sus francas opiniones monárquicas, no vacilan en unirse a los republicanos puesto que éstos no se abstienen de dar a su gobierno un tono imperial; el de los hacendados, que es la clase cazurra, que ha hecho de su vida una parte del Estado; el de los nuevos ricos que se han cubierto "con un grueso baño de plata" y que trata de presumir de refinadas costumbres, y el de los altos funcionarios del gobierno que hace descansar su autoridad sobre el archipiélago de las fortunas mexicanas y extranjeras". *El Porfirismo. El Crecimiento*, t. II, p. 26

(167) Queda demostrado este ajuste social con lo que al respecto afirman Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia...*, libro 4o, p. 84, 85, 131. Francisco Bulnes, *El Verdadero Díaz y la Revolución*, México, Ed. Hispano Mexicana, 1920, p. 363. Leopoldo Zea, *Op. cit.*, p. 67, 68

(168) Zea, *Op. cit.*, p. 102. "Los positivistas mexicanos eran muy conscientes de este carácter instrumental de su filosofía. Cuando afirmaban el valor universal de ella estaban afirmando en forma bien consciente el derecho a la preeminencia social de la clase que representaban". *Ibidem*, p. 28

permitiría ejercer la dictadura social, pero a cambio de que Díaz ejerciera la dictadura política. De esta manera, los positivistas decidieron apoyar al régimen para ser protegidos a su vez por él.

El poder que adquirieron fue relativo en consecuencia, pero suficiente para afianzar su situación económica, base de su posición social. Acapararon en gran parte la economía del país, debido a la posesión de grandes haciendas y a sus negocios bancarios, industriales o mercantiles. Muchos ejercieron también alguna profesión y obtuvieron importantes puestos en la política. De todos sus medios de enriquecimiento, el latifundismo y la burocracia fueron los más importantes, ya que de hecho la industria y el comercio quedaron en manos de extranjeros.

Con sus ideas y actuación los científicos propiciaban un fuerte antagonismo de clases, que la clase media supo aprovechar en un momento determinado para dirigir la Revolución de 1910. La división o clasificación social se basaba en las leyes de la naturaleza, en principios indiscutibles por tanto, afirmaban los positivistas. "La ciencia —decía Sierra— ha acelerado por centuplicaciones sucesivas la evolución de ciertos grupos humanos; los otros, o se subordinan incondicionalmente a los principales y pierden la conciencia de sí mismos y su personalidad, o precisamente apoyándose en ideales que son fuerzas morales, tienden a aprovechar todo elemento exterior para consolidar su ecuación personal, y logran por resultante imprimir a su evolución una marcha, si no igual, a la de quienes por condiciones peculiares llevan la vanguardia del movimiento humano, si al nivel de sus necesidades de conservación y de bienestar"⁽¹⁶⁹⁾. Así explicaban los positivistas su superioridad sobre las demás clases sociales; la inferior quedaba totalmente subordinada a ellos, y la media marchaba detrás de la superior obteniendo sólo lo indispensable para satisfacer sus "necesidades de conservación y bienestar".

Pero no sólo pensaban que las clases humildes eran inferiores a ellos, sino que "considerábanse colocados muy arriba del pueblo, hablaban de él . . . con desprecio verdadero y profundo. Para ellos era México una cañería, una horda, un agregado de salvajes o semisalvajes."⁽¹⁷⁰⁾ Si el "indio (pertenecía) a una raza inferior, de poco alcance intelectual"⁽¹⁷¹⁾, el mestizo en cambio representaba al grupo más apto, era el agente del progreso en México; de él provenía la burguesía mexicana y en consecuencia el sector positivista. Así como algunos científicos le daban preponderancia a este elemento racial sobre los otros, había los que consideraban a la raza blanca como la superior.

Caracterizado por su individualismo, este sector careció de sentido de lo social, pues lo social sólo era comprendido en función de sus propios intereses. Pretendió que toda la sociedad pensara conforme a su ideología, pero fracasó en su propósito; quienes no estaban de acuerdo con ella, la combatieron y criticaron a sus sostenedores.⁽¹⁷²⁾

De acuerdo con sus teorías económicas y raciales los positivistas apoyaron la inmigración extranjera. Se consideraba que la escasa población de México era un impedimento grave para su desarrollo. La inmigración era urgente y las facilidades dadas por el gobierno lograron un aumento considerable de extranjeros en relación a los años anteriores.

(169) Sierra, *Op. cit.*, p. 270

(170) José López-Portillo y Rojas, *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, Pról. del Lic. Atenedor Monroy, México, Librería Española, (c. 1921), p. 275

(171) Zea, *Op. cit.*, p. 296

(172) Entre otros, José Ma Vigil trató de "demostrar que el positivismo, que se había presentado como una doctrina puesta al servicio del orden nacional, no podía engendrar sino el desorden, al formar hombres preocupados por intereses egoístas, sin capacidad para el sacrificio. . . Una educación materialista. . . no podía sino destruir los vínculos que hacen posible una sociedad y una nación. El positivismo como doctrina oficial era así contrario a los intereses de la nación mexicana; venía a separar, no a unir; a provocar la guerra de todos contra todos y no el orden ni la concordia" Zea, *Ídem*, p. 379, 380

permitiría ejercer la dictadura social, pero a cambio de que Díaz ejerciera la dictadura política. De esta manera, los positivistas decidieron apoyar al régimen para ser protegidos a su vez por él.

El poder que adquirieron fue relativo en consecuencia, pero suficiente para afianzar su situación económica, base de su posición social. Acapararon en gran parte la economía del país, debido a la posesión de grandes haciendas y a sus negocios bancarios, industriales o mercantiles. Muchos ejercieron también alguna profesión y obtuvieron importantes puestos en la política. De todos sus medios de enriquecimiento, el latifundismo y la burocracia fueron los más importantes, ya que de hecho la industria y el comercio quedaron en manos de extranjeros.

Con sus ideas y actuación los científicos propiciaban un fuerte antagonismo de clases, que la clase media supo aprovechar en un momento determinado para dirigir la Revolución de 1910. La división o clasificación social se basaba en las leyes de la naturaleza, en principios indiscutibles por tanto, afirmaban los positivistas. "La ciencia —decía Sierra— ha acelerado por centuplicaciones sucesivas la evolución de ciertos grupos humanos; los otros, o se subordinan incondicionalmente a los principales y pierden la conciencia de sí mismos y su personalidad, o precisamente apoyándose en ideales que son fuerzas morales, tienden a aprovechar todo elemento exterior para consolidar su ecuación personal, y logran por resultante imprimir a su evolución una marcha, si no igual, a la de quienes por condiciones peculiares llevan la vanguardia del movimiento humano, si al nivel de sus necesidades de conservación y de bienestar"⁽¹⁶⁹⁾. Así explicaban los positivistas su superioridad sobre las demás clases sociales; la inferior quedaba totalmente subordinada a ellos, y la media marchaba detrás de la superior obteniendo sólo lo indispensable para satisfacer sus "necesidades de conservación y bienestar".

Pero no sólo pensaban que las clases humildes eran inferiores a ellos, sino que "considerábase colocados muy arriba del pueblo, hablaban de él . . . con desprecio verdadero y profundo. Para ellos era México una cañería, una horda, un agregado de salvajes o semisalvajes."⁽¹⁷⁰⁾ Si el "indio (pertenecía) a una raza inferior, de poco alcance intelectual"⁽¹⁷¹⁾, el mestizo en cambio representaba al grupo más apto, era el agente del progreso en México; de él provenía la burguesía mexicana y en consecuencia el sector positivista. Así como algunos científicos le daban preponderancia a este elemento racial sobre los otros, había los que consideraban a la raza blanca como la superior.

Caracterizado por su individualismo, este sector careció de sentido de lo social, pues lo social sólo era comprendido en función de sus propios intereses. Pretendió que toda la sociedad pensara conforme a su ideología, pero fracasó en su propósito; quienes no estaban de acuerdo con ella, la combatieron y criticaron a sus sostenedores.⁽¹⁷²⁾

De acuerdo con sus teorías económicas y raciales los positivistas apoyaron la inmigración extranjera. Se consideraba que la escasa población de México era un impedimento grave para su desarrollo. La inmigración era urgente y las facilidades dadas por el gobierno lograron un aumento considerable de extranjeros en relación a los años anteriores.

(169) Sierra, *Op. cit.*, p. 270

(170) José López-Portillo y Rojas, *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, Pról. del Lic. Atenedor Monroy, México, Librería Española, (c. 1921), p. 275

(171) Zea, *Op. cit.*, p. 296

(172) Entre otros, José Ma. Vigil trató de "demostrar que el positivismo, que se había presentado como una doctrina puesta al servicio del orden nacional, no podía engendrar sino el desorden, al formar hombres preocupados por intereses egoístas, sin capacidad para el sacrificio. . . Una educación materialista. . . no podía sino destruir los vínculos que hacen posible una sociedad y una nación. El positivismo como doctrina oficial era así contrario a los intereses de la nación mexicana; venía a separar, no a unir; a provocar la guerra de todos contra todos y no el orden ni la concordia" — Zea, *Ibidem*, p. 379, 380

Hay que hacer notar que la preferencia hacia lo extranjero provenía mas bien de la clase alta, ya que el pueblo en general lo despreciaba. La xenofilia es uno de los rasgos distintivos de la 'minoría dominante' del Porfiriato. En varios órdenes de la vida social, manifiéstase a las claras un exagerado respeto al extranjero y a lo extranjero, principalmente al oriundo de la Europa occidental⁽¹⁷³⁾. Lo que molestaba a la población nacional, era tanto los derechos políticos de que gozaban aquellos individuos como los privilegios económicos que les concedía el gobierno; además, la riqueza que acumulaban no se quedaba en el país.

Hacia los primeros años del siglo XX se manifestó una fuerte corriente nacionalista; algunos sectores de la población expresaron su desprecio hacia los extranjeros por medio de la prensa.

Los extranjeros que venían a radicar en el país, aumentaron constantemente. La mayoría de los europeos y norteamericanos pasaron a formar parte de nuestra clase alta. Llegaron a poseer mayores riquezas que los mexicanos gracias a las fuertes inversiones que hicieron en todos los campos de la economía nacional. Algunos también ocuparon importantes puestos administrativos. Muchos de los que llegaron sin capitales, pudieron hacer fortuna con el tiempo, debido a sus relaciones y a su trabajo⁽¹⁷⁴⁾.

Gracias a la política de conciliación sostenida por el régimen, algunos de los antiguos miembros de la clase alta, elementos conservadores de otras épocas, pudieron seguir disfrutando de sus riquezas o de parte de ellas. Perdieron el poder político que antes tenían, pero siguieron conservando en buena parte el económico.

Dentro de este sector de antiguos conservadores, las dignidades eclesiásticas siguieron perteneciendo a la clase alta de la sociedad. Díaz suavizó el rigor de las Leyes de Reforma y permitió a la Iglesia desarrollar las actividades relacionadas con su ministerio. "Las ventajas de que el Clero llegó a gozar, no fueron el resultado de la debilidad del Gobierno, sino de la sumisión a él"⁽¹⁷⁵⁾.

Los militares que dieron el triunfo a la rebelión de Tuxtepec reclamaron privilegios por sus servicios prestados. Los principales miembros de este ejército porfirista fueron favorecidos por el régimen, que mostró su inclinación por el poder militar que podría utilizar más adelante. Algunos jefes del ejército combinaron su actividad militar con otras que anteriormente tenían. Su influencia se extendió al campo político y social.

Entre todos los miembros de la clase alta, había similitudes y diferencias más o menos importantes. Los identificaba los factores componentes de una clase social, mientras que sus características diferían en algunos aspectos.

Por lo que se refiere a las características generales, los miembros de este grupo de la sociedad decidieron formar parte de él voluntariamente; eran conscientes de que teniendo el poder económico y político, obtendrían también la supremacía social. Especialmente, el sector

(173) González Navarro, *La Vida Social*, en: Daniel Cosío Villegas *Historia Moderna*, . . . *El Porfiriato*, t. IV, p. 153, 155

(174) González Navarro afirma que en 1895 había 45 668, o bien 48 521, según las fuentes de información distintas que obtuvo; en 1900 había 57 000 o 57 491, y en 1910, 116 527 extranjeros. Los primeros datos de 1895 y de 1900 aparecen en su obra *La Colonización en México, 1877-1910*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1960 p. 123; mientras que las segundas cifras aparecen en sus *Estadísticas Sociales*, . . . , p. 34, y en el *Tercer Censo de Población*, . . . , v. 2, p. 165, que es una de las fuentes en que se basó

(175) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia*, . . . , libro 4o., p. 81

positivista buscó integrarse en la clase privilegiada del país.

Entre los diversos sectores de la clase alta, hubo cierta división que debilitó su unidad. Los positivistas trataron de formar un grupo cerrado⁽¹⁷⁶⁾. Menospreciaron a los antiguos miembros de esta clase que lograron permanecer en ella, por sus ideas conservadoras. A su vez, el sector criticado se opuso a las ideas de los científicos, principalmente a las que atacaban la religión. También se oponía al monopolio económico logrado por los extranjeros, quienes se relacionaron entre sí y procuraron formar un sector aparte del resto de la sociedad. A pesar de estas diferencias, se manifestaba en los integrantes de esta clase social una fuerte solidaridad ante cualquier peligro venido de las otras clases, con respecto a las cuales sí existía un verdadero antagonismo.

Por lo que respecta a sus demás características, tanto generales como particulares, podemos decir que las que presentaba la clase alta de la época porfirista corresponden a las que singularizan a las clases superiores, examinadas en el primer capítulo.

Clase Baja.

Como sucedió en otras épocas, siguió siendo a finales del siglo XIX y principios del XX, la que tuvo mayor número de integrantes. Superior en cantidad el sector rural (formado por 8 130 062 personas), era inferior por su situación a buena parte del elemento urbano (constituido por 3 395 479 miembros aproximadamente). En este último se encontraban los artesanos, obreros, soldados y algunos miembros del clero cuya forma de vida era mejor que la del resto de la población de las ciudades, conocida como plebe urbana, y en el que se hallaban los criados domésticos, los trabajadores inferiores y los desocupados.

El sector rural estaba formado por pequeños propietarios y peones o jornaleros, en general. La mayoría de ellos eran indígenas.

Las Leyes de Reforma favorecieron la propiedad privada y perjudicaron indirectamente a la población cuyos ingresos dependían de la agricultura. Debido a esto y a la naciente industrialización del país, antiguos campesinos se convirtieron en obreros fabriles. Este grupo de trabajadores manuales se vio aumentado con artesanos que no resistieron la competencia de las fábricas, y con sirvientes domésticos. Sus condiciones de vida eran difíciles, ya que tenían que soportar abusos de sus patrones tales como agotadoras jornadas de trabajo, bajos salarios, falta de descanso dominical, etc., que les impedían alcanzar un mejor nivel social. Recurrieron a diversas medidas de carácter defensivo, como las huelgas y las asociaciones mutualistas y cooperativas, que remediaron su situación en mínima parte. También fueron partidarios de doctrinas socialistas que les ofrecían otra forma de vida.

En el ejército predominaban los miembros provenientes de la clase baja. La forma de reclutamiento de estos individuos y sus condiciones de vida, dieron lugar a que amplios sectores de ellos fueran un elemento propicio para levantarse en contra del gobierno.

El descontento y malestar del grupo urbano, unido a la condición de rebeldía latente en la tropa, se sumaría al de los demás miembros de la clase baja —especialmente al del sector agrícola— para dar lugar a la Revolución de 1910.

(176) "Este grupo se prestaba mutua ayuda, formando una red que abarcaba toda la República. . . En esta asociación no entraban sino los amigos, aquellos que podían ofrecer las mismas garantías" Zea, *Op. cit.*, p. 430

La población rural seguía siendo la más importante de la clase baja por su número y por ser México un país predominantemente agrícola. De los problemas nacionales, los que afectaban a este sector de la población, eran de los más graves. Por ello es que los campesinos organizaron rebeliones en contra de sus opresores, que aunque siempre fueron sofocadas, reflejaron el malestar social existente. Sus problemas no fueron escuchados ni resueltos por el gobierno, atento siempre al conformismo o a la indiferencia que en esta materia mostraban los allegados al régimen. Porfirio Díaz contaba con el apoyo y la lealtad de las clases populares al principio de su gobierno. Pero a partir de su segunda presidencia empezó a alejarse de ellas y aunque conocía bien cuál era su situación, no estableció los medios para remediarla.

En la clase baja de la época porfirista, encontramos que se manifestaban características, unas más acentuadas que otras, como eran un sentimiento religioso muy arraigado pero mal encausado, y una ausencia completa del sentido de moralidad en algunos sectores, reflejada en los vicios y en la criminalidad, atribuida por los pensadores de la época al carácter del mexicano, levantisco y propenso al desorden, que malinterpretaba conceptos tales como el honor. También la miseria fue señalada como causa de la delincuencia, al igual que la ignorancia, la holgazanería, la herencia y el medio ambiente.

Es importante hacer notar cómo algunos individuos allegados al régimen no captaban el antagonismo creciente que propiciaban entre su clase social y la inferior, mediante su forma de vida. Francisco Bulnes, por ejemplo, afirmaba que "la plebe de la ciudad de México, era la más noble de las plebes. . .; no conocía la vil pasión de la envidia, no experimentaba ante el lujo sentimientos de ferocidad, no sentía rencores para los que la habían tratado siempre con desprecio. . . No poseía deseos de igualarse con los de arriba. . ." (177).

Aunque faltara en numerosos sectores de la población, conciencia de la gravedad de los problemas sociales, éstos se agudizaron a medida que pasó el tiempo. La violencia estalló como único medio de solucionarlos y de establecer un nuevo orden en la sociedad.

(177) Bulnes, *Úp. cit.*, p. 203

CAPITULO IV

LA CLASE MEDIA DURANTE LA EPOCA PORFIRISTA

1. – *La Clase Media y la Vida Social*

Para comprender la función específica de la clase media, así como su actuación dentro de la época porfirista, es necesario conocer el ambiente de su tiempo.

Anteriormente hemos señalado algunos aspectos importantes de la política y de la economía del régimen que consideramos como las bases del mismo. También hemos apuntado el surgimiento de una sociedad nueva que presenta rasgos propios y en la cual se desenvuelven nuestras clases sociales. La composición y características de la clase alta o superior, y de la baja o inferior, han sido expuestas igualmente con el propósito de relacionarlas con nuestra clase media.

Ahora vamos a exponer la vida social en sus principales actividades, y la participación en ellas de la clase social que examinamos. Esta exposición nos ayudará al mismo tiempo a complementar la visión general del período porfirista.

Entre los fines que los miembros de una sociedad llevan a cabo, se encuentran los que proporcionan una superación o esparcimiento al espíritu, y que el individuo realiza cuando se halla inactivo económicamente.

Son las actividades de la vida familiar y las que se efectúan fuera del hogar y que incluyen lo mismo la cultura que la religión o las diversiones⁽¹⁷⁸⁾. En todas ellas se refleja la personalidad y las características propias de los individuos.

Características Generales de la Sociedad.

El mexicano de la sociedad porfirista proyectó en la vida y en las actividades sociales de la época, cierta manera de ser peculiar, que debe tomarse en cuenta para entender mejor su participación social en todos los aspectos.

Por eso es que es necesario examinar los rasgos principales de la personalidad mexicana. Sin pretender hacer un estudio profundo de ella, vamos sólo a destacar algunas características que consideramos se manifestaron de diversas maneras en la vida social de la época que tratamos.

Diversas teorías han explicado algunos de los rasgos más importantes de la psicología o de la personalidad mexicana a través de su historia. Lo mismo los autores contemporáneos que los de la época porfirista, han señalado aspectos válidos para todos los miembros de la sociedad, así como algunos distintivos de las diferentes clases sociales. Si en ocasiones coinciden las características que se mencionan, las causas de ellas difieren según las ideas de cada investigador. La historia nacional, la raza latina y el ambiente geográfico, han sido algunos de los aspectos considerados

(178) Lo mismo las letras que la música y las artes plásticas; los grandes cuerpos legislativos como las instituciones benéficas o educativas de mayor eficacia; igual el teatro que la verbena popular o el espectáculo deportivo; tanto la reforma o la invención tecnológica como un gran movimiento religioso o filosófico, todo esto lo ha creado el hombre en el ocio. ., en esa 'diversión u ocupación reposada, especialmente en obras de ingenio porque éstas se toman regularmente por descanso de otras tareas' ” Cosío Villegas, *Historia Moderna. La República Restaurada*, t. II, “Introducción”, p. 11, 12

como el origen de nuestra idiosincracia.

En los acontecimientos pasados se encontraba la base de ciertas actitudes y características del mexicano de fines del siglo XIX. Primero el aislamiento del país y las represiones en algunos sectores de la sociedad durante la Colonia, después la prolongada guerra de Independencia y la anarquía e intervenciones extranjeras posteriores, fueron las causas de que los individuos trataran de protegerse de los peligros y amenazas del medio en que vivían. La inseguridad rodeaba su existencia y era necesario superarla. Por esto el mexicano trató de cerrarse a los demás. Su reserva no era más que el reflejo del temor y la desconfianza que sentía hacia todo lo proveniente del exterior.

De diversas maneras se manifestaron estas actitudes durante el régimen porfirista. Una de ellas fue el recelo existente en grandes sectores de la población, con respecto a los extranjeros y a los países de que provenían. Principalmente se temía a los Estados Unidos, cuyas intervenciones en nuestra historia nos habían resultado tan perjudiciales. De los sufrimientos padecidos, el mexicano había aprendido a comportarse ante la adversidad con entereza. Su resignación no siempre fue signo de debilidad, reconocía la impotencia nacional y el poderío extranjero, pero no por eso se doblegaba ante él.⁽¹⁷⁹⁾

Por el temor que existía hacia el medio ambiente, la vida se concebía como una lucha en la que el hombre debía estar alerta, dispuesto siempre a defenderse en vez de atacar. El ideal de la hombría se transformó en el original machismo mexicano, malentendido concepto cuyas consecuencias fueron en parte las riñas, los duelos y otros crímenes, bastante frecuentes en la sociedad porfirista.

Otra manifestación defensiva que mostraba la reserva propia del mexicano, era el recato femenino, señal de que la mujer protegía su intimidad ante los peligros exteriores. En gran estima tenía esta virtud la sociedad de la época, principalmente los miembros de la clase media y superior. También la vanidad masculina intervenía en el concepto del pudor femenino. La mujer sólo era un reflejo de la voluntad del hombre: era instrumento de sus deseos o bien de los fines que le asignaba la ley, la sociedad o la moral. Pero en la realización de dichos fines participaba sólo pasivamente, como depositaria de ciertos valores que transmitía a las generaciones posteriores. De esta manera, la femineidad nunca era un fin en sí mismo como lo era la hombría. Por otra parte, debido a su situación social, la mujer estaba expuesta al peligro y al sufrimiento contra los que nada podían su propia moral ni la protección masculina; acababa entonces por volverse invulnerable, impenetrable y estoica. Tal era la imagen de la "sufrida mujer mexicana".

El individuo pretendía engañar tanto a los demás como a sí mismo. Quería ser lo que no era y llegaba a confundir las apariencias con la realidad. Consideramos que este engaño se proyectó en diferentes sentidos y llegó a caracterizar a varios miembros de la sociedad porfirista, en especial de la clase alta que era su dirigente. En ella se manifestó el deseo de imitar a la Europa Occidental, tanto por conveniencia propia como por un sentimiento de inferioridad nacional; el no aceptar a México tal como era, llevaba a considerar lo extranjero como lo mejor. Molina Enríquez explica esta actitud diciéndonos que: "el celoso aislamiento en que vivimos durante la

(179) Afirmaba Sierra que "la intervención norteamericana en 1847... dejó un trauma doloroso en todos los mexicanos; y ese trauma... no ha desaparecido todavía. La desconfianza y el temor permanecen latentes en el corazón del pueblo. Esta es verdad amarga y desnuda...". Jesús Silva Herzog, *El Pensamiento Económico, Social y Político de México, 1810-1904*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1967, p. 288. *Apud.* Justo Sierra, *Obras Completas*, t. VI, p. 119

Época Colonial, nos mantuvo de tal manera ignorantes de lo que afuera acontecía, que, cuando las comunicaciones quedaron abiertas a los cuatro vientos, la sorpresa y la novedad, nos llevaron a admirar tanto lo de afuera, que lo nuestro nos pareció mezquino y miserable” (180)

Los allegados al régimen lucharon entonces por alcanzar lo más rápidamente posible el modelo europeo que se eligió, y por creer que lo habían logrado, perdieron el contacto con la realidad mexicana y llevaron una existencia falsa y superficial. (181) Por medio de la falta de sinceridad, sin embargo, el hombre llegó muchas veces a transformar su ser en una imagen, y al fundirse con el personaje que fingía ser, obtuvo la autenticidad. La mentira se convirtió entonces en algo constitutivo de su personalidad.

Basándose en la teoría de que el mexicano era en parte de raza latina, se pretendía explicar varias de sus características. Entre ellas destacaba la inclinación que sentía hacia toda clase de formas y apariencias que reprimían su espontaneidad. Estas formas sociales, jurídicas, morales y religiosas provenían tanto de la sangre indígena como de la española. (182)

En la época porfirista, ese apego a las formas establecidas se reflejaba en el respeto al orden que aseguraba la existencia; bastaba ajustarse a los modelos y principios que regulaban la vida, para que el individuo se sintiera protegido. Por otra parte, se explica la aceptación del lujo y la magnificencia que presentaba el régimen a la sociedad entera, por esa misma inclinación hacia las apariencias formales. Bulnes justifica ese apoyo inicial al gobierno diciéndonos que “las razas latinas tienen el culto por la imagen. El latino posee, arraigado hasta el fondo de sus entrañas, el sentimiento de la suntuosidad. Nada repugna más a las plebes, que ver sobre ellas otra plebe. . .” (183) Pero así como en la apariencia externa se aceptaba en un principio el gobierno de Díaz, se rechazaba mentalmente su autoridad por estar fundamentada en la injusticia (como había sucedido con los gobiernos de otras épocas). Como el mexicano de las clases media y baja no podía expresar con actos ese rechazo, recurría a la adulación y el servilismo, que no eran más que una apariencia de reconocimiento que escondía una protesta interior. (184) De nuevo encontramos una expresión meramente formal en la personalidad mexicana, que en esta ocasión reprime una protesta real.

La cortesía era una de las cualidades más apreciadas entre los miembros de la clase media o de la superior. En ella se educaba a los individuos desde la infancia; no sólo en el hogar sino también “en las escuelas. . . se atosigaba a los alumnos con clases de urbanidad” (185) Esta extremada cortesía que llegaba a ser hipócrita y cursi, como lo captaban los extranjeros que nos visitaban o que radicaban en el país, no era sin otra expresión más del apego que el mexicano sentía hacia las apariencias formales.

Justo Sierra y Francisco Bulnes criticaron con dureza y cierto pesimismo algunos aspectos

(180) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia*, libro 3o., p. 139, 140

(181) Afirma Octavio Paz que “Nuestras mentiras reflejan, simultáneamente, nuestras carencias y nuestros apetitos, lo que no somos y lo que deseamos ser. Simulando, nos acercamos a nuestro modelo. . .” Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad*, 5a. ed., México, F. C. E., 1967 (Vida y Pensamiento de México), p. 36

(182) Según el mismo Octavio Paz, “en cierto sentido la historia de México, como la de cada mexicano, consiste en una lucha entre las formas y fórmulas en que se pretende encerrar a nuestro ser y las explosiones con que nuestra espontaneidad se venga. Nuestras formas jurídicas y morales. . . mutilan con frecuencia a nuestro ser, nos impiden expresarnos y niegan satisfacción a nuestros apetitos vitales. . .” *Ibidem*, p. 29

(183) Bulnes, *Op. cit.*, p. 199, 200

(184) Bulnes explicaba esta actitud basándola en la época colonial: “Trescientos años de recogimiento en la celda de la paz corrosiva colonial —decía—, dejaron en el alma de la raza criolla, y endosado a la mestiza, un sarro de servilismo. . . que tardará aún mucho tiempo en desaparecer” *Ibidem*, p. 56, 57

(185) Valadés, *El Porfirismo. . .*, El Crecimiento, t. II, p. 19

negativos de los miembros de la sociedad mexicana. El segundo se refirió en especial a la clase media que se mostraba servil ante el régimen. Estas fueron las ideas de Sierra: “. . . ‘nuestros impulsos delirantes, nuestros descreimientos de enfermos, nuestras resignaciones de impotentes, de aquí provienen nuestro escepticismo sin virilidad, nuestros desalientos sin lógica, nuestro egoísmo sin día siguiente; de aquí no se qué especie de lesión orgánica de la voluntad, no se qué invencible obstáculo para fijar nuestro carácter’ . . .”⁽¹⁸⁶⁾ Por su parte, Bulnes decía: “Trescientos años de esmerada educación colonial. . ., constituyeron una raza burguesa con nervios para hablar mucho sobre todo lo grande, para asustarse ante todo lo difícil, para temblar ante todo lo audaz, para doblegarse ante todo lo fuerte, para sonreír ante todo lo humillante, para manosear todo lo sucio, para envidiar todo lo que vale. . .”⁽¹⁸⁷⁾ Este ataque reflejaba el concepto que un miembro de la clase elevada tenía sobre aquellos que no pertenecían a la suya.

Finalmente, el medio geográfico fue considerado por algunos investigadores como otro factor decisivo en la formación del carácter del mexicano. Emilio Rabasa escribía por ejemplo: “. . . ‘el hombre debe al aire que respira, al suelo que pisa, a los panoramas que lo rodean y a toda la constitución física de su país, una parte principal de su carácter, y a su carácter debe su historia’ . . .” En cambio Silva Herzog es menos radical; piensa que “la constitución física de México no es uniforme. . . Saltan a la vista las diferencias y las influencias que el medio físico y social ejercen necesariamente en el hombre. . . En cierto sentido México es varios países y habitan en su suelo individuos con diferentes características”⁽¹⁸⁸⁾ Es partidario también de esta idea José C. Valadés, para quien el individuo que vivía en el Norte o en las costas era fuerte, emprendedor, apasionado, vivaz e inquieto. Estos hombres “(formaban) una sociedad compacta, casi unitaria, que apenas se (interesaba) por la salud del Estado”. En cambio el habitante del altiplano era débil física y moralmente, tímido y desconfiado; gustaba de la calma del espíritu y sustituía la imaginación creativa con la fantasía. Se sometía “fácilmente al mandato de la autoridad y no (tenía) más defensa que lo garboso de su ingenio, utilizado, como venganza, contra el dominador”⁽¹⁸⁹⁾

La mayoría de estos rasgos peculiares del mexicano aplicables a la sociedad porfirista, tuvieron una proyección importante en la vida moral de la época.

El régimen influyó no sólo en la vida política y económica de México, sino también en la social. Carente de una ética paralela a su dominio, el gobierno porfirista “en lugar de la cultura moral, (estableció) la moral oficial, y a consecuencia. . ., una sociedad oficial”⁽¹⁹¹⁾

En dicha sociedad, predominaban los miembros de la clase alta. Ensoberbecidos por su posición y poderío, impusieron cierta tónica de inmoralidad en su época. Por eso es que en ésta, “la historia de la vida de la Sociedad en México, aparece llena de superficialidades. . ., en el hogar (domina) lo placentero; en la calle lo ocioso”⁽¹⁹²⁾ No obstante este ambiente de ligereza,

(186) Finkelman, *Op. cit.*, p. 345, *Apud*, Justo Sierra, “Don Manuel de la Peña y Peña”, 1895, *Obras Completas*, t. V, p. 188

(187) Bulnes, *Op. cit.*, p. 56, 57

(188) Silva Herzog, *Op. cit.*, 389, *Apud*, Emilio Rabasa, *La Evolución Histórica de México*.

(189) Silva Herzog, *Ibidem*

(190) Valadés, *El Porfirismo. . ., El Nacimiento*, p. 190, 191

(191) Valadés, *El Porfirismo. . ., El Crecimiento*, t. II, p. 16

(192) Valadés, *El Porfirismo. . ., El Nacimiento*, p. 165. Nos dice Valadés que “Cuidábase, sin embargo, de ocultar los devaneos y ligerezas del mundo porfirista con una aparatosa sobriedad de los funcionarios y con una fina elegancia de las gentes ricas. . . Tenfese lo licencioso como arte, lo holgazán como esplendor, lo frágil como aristocrático”. Afirma también que en la mayoría de la población, no perteneciente a la sociedad oficial, se notaba la insensibilidad espiritual causada por la falta de libertades, ya que no podían expresarse aquel “heroísmo y templanza, generosidad e inocencia, decoro y reflexión”, propios de estos sectores sociales. Valadés, *El Porfirismo. . ., El Crecimiento*, t. II, p. 15, 16

persistían algunas costumbres y virtudes tradicionales cuyos sostenedores provenían de la clase media principalmente, en la que se advertía la moderación y el equilibrio.

Al conjugarse los aspectos positivos con los negativos, resultó que ambos proporcionaron ciertas características morales más o menos definidas y aplicables a la sociedad entera.

Entre estas características se encontraban la vagancia y los vicios en constante aumento, consecuencias de la inmoralidad social y a la vez causantes de ella. Primero en la ciudad capital y después en la mayor parte de las ciudades de provincia y entre las diversas clases sociales, se extendió esa ociosidad propia de la época. Principalmente entre la juventud se apreciaba la misma "La ciudad de México está infestada de vagancia juvenil -dice Valadés-. En los billares, en las plazas, a las puertas de los establecimientos comerciales y de los templos y en las diversiones populares se reúnen los jóvenes ricos y pobres, sin ocupación, con lo que toman robustez todas las vulgaridades".⁽¹⁹³⁾

En lo que se refiere a la vida hogareña, asombraba a los extranjeros la fuerza de los lazos familiares. El matrimonio era legalmente indisoluble; los intentos para implantar el divorcio fracasaron rotundamente. Sin embargo, gran parte de la población adulta vivía en amasiato, que fomentaba quizá la misma indisolubilidad del matrimonio. La censura de las relaciones ilícitas sólo se hacía cuando éstas traspasaban los límites de la moderación. Los hijos ilegítimos eran despreciados y privados de todos sus derechos. En las clases populares eran frecuentes las violaciones y otros atentados.⁽¹⁹⁴⁾

El centro de la familia era sin duda la madre. Entre las principales virtudes de las esposas se encontraban la fidelidad, la discreción y la abnegación, especialmente esta última, entre la clase media. En esa época, "es regla inquebrantable el tacto en las conversaciones, por lo cual el sexo femenino no hace comentarios sobre negocios públicos; tampoco censura las malas costumbres, aunque es de buen gusto que las viejas señoritas solteras hablen de tales asuntos. Las señoras, por lo menos, deben dar el aspecto de que están consagradas a su hogar y por lo mismo lejos de la vida social. El piano y la máquina de coser son instituciones domésticas".⁽¹⁹⁵⁾ En realidad, quienes se dedicaban a resolver los problemas del hogar eran las mujeres de la clase media y algunas de la clase baja, pues frecuentemente las de la aristocracia pasaban el tiempo divirtiéndose en paseos, visitas, clubes y bailes.

Sentimientos tales como la dulzura, el amor y la piedad cristiana, caracterizaban a las esposas, quienes eran el símbolo de la unidad familiar así como de la estabilidad y continuidad en la sociedad. Esta manera de concebir a la mujer como un símbolo o función, no significaba más que una forma de limitar su libertad; la consideración y el respeto con que eran tratadas en público era un modo de impedir que expresaran su personalidad.

En la educación familiar se ponían de manifiesto las diferencias que separaban a los hombres de las mujeres. Tanto en la capital como en la provincia, hasta los ocho años en que hacían la "primera comunión", los niños de ambos sexos eran educados por la madre. Posteriormente los niños iban a la escuela y salían a pasear con el padre, mientras que las hijas ayudaban en los quehaceres domésticos, aprendían diversas labores manuales, tocaban algún instrumento musical, generalmente el piano, y cumplían exteriormente con su religión, ya que no siempre la

(193) Valadés, *Ibidem*, p. 35

(194) Vid. González Navarro, *La Vida Social*, en: Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna*. . . El Porfiriato, t. IV, p. 409 y ss

(195) Valadés, *El Porfiriato*. . . El Crecimiento, t. II, p. 19, 20

practicaban. Algunas veces asistían a diversiones honestas, siempre acompañadas por su madre. Es importante hacer notar que cuando aparecía algún pretendiente, "si su posición económica y social le daba categoría de caballero, los padres de la muchacha lo recibían con los brazos abiertos",⁽¹⁹⁶⁾ mostrando con ello la importancia que se daba más a la condición material que a las cualidades morales de los individuos.

De los problemas sociales femeninos, se consideraban como graves la prostitución y los relacionados con el trabajo. A la miseria se atribuía el vicio; desde 1877 se propuso crear bancos de avío y escuelas para adultos, que ayudaran a la resolución de ese problema.

A principios del siglo XX, "al lado de costumbres más desenvueltas en el vestir y en el pasear, se hizo notar la presencia de la mujer en actividades hasta entonces reservadas a hombres".⁽¹⁹⁷⁾ Efectivamente, a medida que la sociedad se transformaba, el sexo femenino se desenvolvía y proyectaba su personalidad, penetrando al mismo tiempo en la vida económica del país. Las profesionistas, las empleadas particulares y del gobierno se multiplicaron y en las industrias hicieron su aparición las obreras. La sociedad quedó sorprendida ante la eficacia que mostraron las mujeres en trabajos que hasta el momento se creían reservados al sexo masculino.

Hay que hacer notar que así como en otros aspectos de la vida porfiriana se imitaba lo extranjero, también en las costumbres se llegó a hacer lo mismo. Nuevamente se notaba la falta de una conciencia de lo mexicano, y era la clase alta la que manifestaba con mayor claridad esta preferencia por todo aquello que provenía del exterior.

Las Diversiones.

Esta sociedad que permanecía largo tiempo en el ocio, buscaba entretenimiento y diversión según los medios que tenía a su alcance. Aunque había algunas diversiones exclusivas de determinada clase, en fiestas y espectáculos de cierto tipo poníanse en contacto las diversas clases sociales, manifestándose las diferencias tajantes y el antagonismo existente entre ellas. De esta manera las relaciones superficiales no servían para unir sino para desunir a los miembros de la sociedad

El número de diversiones no era muy grande, quizás por eso la gente disfrutaba de ellas desde el principio hasta el fin; inclusive convertía en motivo de entretenimiento actividades tales como la inauguración de obras públicas.

"Llámanse 'tertulias', puesto que el baile es un lujo, a las reuniones de parientes y amigos de confianza, en las que mozas y mozos se divierten jugando a las 'prendas y sentencias', con lo cual se les da mucho candor. . ."⁽¹⁹⁸⁾ También con objeto de relacionar a personas de la misma condición social, en estas reuniones se conversaba o practicaban juegos de salón —por ejemplo los naipes, póker, dados, dominó, tresillo, etc.— casi diariamente en alguna casa particular.

Los bailes, como el realizado en Palacio Nacional durante las fiestas del Centenario de la

(196) González Navarro, *La Vida Social*, t. IV, p. 407

(197) *Ibidem*, p. 414

(198) Valadés, *El Porfirismo*, *El Crecimiento*, t. II, p. 20 Apud, en: *El Hogar*, Méx., julio, 1899. Frecuentemente, las tertulias diarias de la "sociedad oficial", degeneraban en orgías, transcurrían en medio del juego de una tanda de billar; la invención de alguna inocente jugarreta a algún amigo. . ., alguna mano de poker; todo ello bien sazonado y rociado con una sarta de chismes y de copas' *Ibidem*, Apud, Salvador Alvarado, *La Reconstrucción de México*, Méx., 1919, p. 11

Independencia, reflejaron la vida en muchos aspectos superficial de la época. “Esa fiesta, comentaba orgullosa y satisfecha la prensa oficiosa, manifestaba alto grado de cultura y de buen gusto social, al mismo tiempo que los vívidos deseos de las clases rica y media para relacionarse con las personalidades de otros países. . .” (199)

Las familias ricas solían asistir a paseos campestres y en mayo descansar en las casas que poseían fuera de la ciudad. Tacubaya, Mixcoac, San Angel, Coyoacán y Tlalpan eran los lugares escogidos. La gente de menos recursos también iba a estos lugares, pero sólo para pasar los fines de semana.

En la ciudad de México el paseo tradicional era el Zócalo, en donde había funciones musicales varios días a la semana. Con el tiempo disminuyó la asistencia, en su mayoría perteneciente a la aristocracia que no quiso mezclarse con las demás clases sociales. Lo mismo sucedió en la Alameda, cuando al convertir en gratuitos los paseos, hizo desaparecer el lujo que antes privaba en ellos y el centro de reunión que era exclusivo de la clase alta, pasó a serlo de la clase media. Se comentó entonces que “... ‘la crema temía codearse con la cursilería y a ésta le daba mortificación alternar con la alta sociedad’ ”(200), quedando demostrado con ello la incompatibilidad que había entre las clases sociales.

En las ferias podía notarse fácilmente el contraste social. Asistían miembros de todas las clases, momentáneamente relacionados por las diversiones que “unían por igual al sorbete y al petate, al tápalo y al rebozo, a la levita y a la chaqueta” (201) Las peleas de gallos, en las que se apostaba fuertemente, eran muy concurridas, al igual que la lotería y los juegos practicados con cartas. La presencia femenina empezó a notarse en las famosas ferias de Tacubaya desde 1883. Las casas de juego se multiplicaron y el gobierno se vió precisado a autorizarlas, castigando sólo a los individuos que se excedían y cometían algún delito.

Un espectáculo muy discutido pero que contó con numerosa concurrencia de todas las clases sociales, fueron las corridas de toros. La prensa liberal y la católica las atacaron por considerar que eran contrarias a la moral y a la civilización.

Mientras que a los toros acudieron pobres y ricos, la clase media fue el principal sostén del teatro, en el que se representaban lo mismo dramas que zarzuelas. Decayeron los primeros porque la concurrencia consideró “que el género grande parecía ingenuo, como heco para ‘otros tiempos y otras costumbres’.” (202) La zarzuela, de tono ligero, fue entonces reemplazando a las obras dramáticas. Importada de España, como sucedía con otros espectáculos que imitaban lo extranjero, venía a demostrar la carencia de un verdadero teatro nacional.

“La antigua aristocracia y la nueva burguesía consideraron indispensable mantener su prestigio social asistiendo a la ópera” (203), en donde el precio de las localidades impedía a otros asistir a este espectáculo. Aunque el gusto por la música clásica era muy reducido a causa de una falta de educación en este aspecto, hacia finales del siglo la clase media empezó a aficionarse a los conciertos.

(199) González Navarro, *La Vida Social*, t. IV, p. 403

(200) *Ibidem*, p. 698

(201) *Ibidem*, p. 431

(202) *Ibidem*, p. 778

(203) *Ibidem*, p. 749

Una nueva diversión que desplazó en buena medida al teatro y a la ópera, fue el cine, surgido en 1897. A él concurrieron miembros de todas las clases de la sociedad, atraídos por la novedad y los precios accesibles. Genuinamente populares y de más arraigo nacional, fueron los títeres y el circo. Los variados deportes también divertieron a la sociedad, que en ellos encontró sano entretenimiento.

Finalmente, en provincia existían diversiones para todo público y propias para algunos sectores sociales, aunque en éstas nunca fueron tan marcados los contrastes como sucedió en la capital, debido tal vez a que el mayor número de miembros de la clase superior radicaba en la ciudad de México. Sin embargo, “cada ciudad importante de la república, intentaba imitar los sistemas seguidos en la capital nacional para dar lustre y preponderancia al grupo dominador”⁽²⁰⁴⁾. Tenían fama de ser muy alegres por las rumbosas y constantes fiestas que celebraban, algunas ciudades importantes como Guadalajara, Puebla, Guanajuato, Jalapa y otras.

La Cultura

En la cultura de la época porfirista, se advirtió también la gran influencia del Estado. Este dominaba en la mayoría de los trabajos intelectuales y espirituales de la sociedad, imponiendo sus características propias. El positivismo, convertido en doctrina oficial, impedía la existencia de nuevas formas culturales que reflejaran la verdadera realidad del país. Así, “al igual que la vida política... la vida cultural parecía inmovilizada, osificada en un esqueleto definitivo. La ‘gran paz’, ideal del Porfiriato, pesaba, solemne, sobre la inteligencia”⁽²⁰⁵⁾. Como las doctrinas educativas y los demás aspectos de la producción cultural no se amoldaban a las necesidades espirituales de la sociedad, la cultura porfirista no respondía a la vida y era en consecuencia inauténtica.

La imitación de las culturas europeas fue una de las manifestaciones más importantes de la inautenticidad. Primero los liberales y después los positivistas, trataron durante el régimen de Díaz de lograr una emancipación mental de México con respecto a España. El modo de ser español era la causa de los fracasos en nuestra historia de país independiente, por ello era necesario destruirlo. Las grandes potencias mundiales, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, debían su prosperidad a su pensamiento avanzado que proclamaba la libertad y el progreso. Eran los modelos que México necesitaba entonces imitar. Negando la realidad mexicana, pretendieron los positivistas implantar una nueva, que por ser ajena, no pudo subsistir.⁽²⁰⁶⁾

Fueron signos de esa cultura inauténtica, ‘la falsía de una religiosidad externa y farisaica; el empaque de una moral convencional, ciega a la injusticia; el culto verbal a una ciencia inexistente; el romanticismo sensiblero, evocador de sentimientos imaginarios; el arte cursi, huero, casi pomposo...’⁽²⁰⁷⁾. La vida entera de la sociedad estuvo dominada por la cultura que impuso el régimen y todos los que lo apoyaban; la clase alta, la dirigente, fue la que contribuyó a fijar los lineamientos de esa realidad que no proyectaba la esencia mexicana, sino la inautenticidad

(204) Valadés, *El Porfirismo... El Crecimiento*, t. II, p. 39

(205) Luis Villoro “La Cultura Mexicana de 1910 a 1960”, en: *Historia Mexicana*, v. 10, No. 38, México, El Colegio de México, Octubre-Diciembre de 1960, p. 197

(206) Por eso dice Valadés que “en la apariencia, es un signo de creación de nacionalidad, cuando el nuevo régimen borra lo español. Más el proceso cultural hace ver como la impotencia de un Estado en formación obliga hacia las fuentes del saber europeo que no sean las españolas... Lo único que pudo dar vida cultural a México era el espíritu ciclópeo de la transformación de lo español en americano. Pero el porfirismo no comprendió los problemas culturales, la visión de una nacionalidad, no alcanzaba a tal superioridad” *El Porfirismo... El Crecimiento*, t. II, p. 389, 390, 391

(207) Villoro “La Cultura Mexicana... p. 197, 198

característica de ella misma. De esta manera, puede decirse que existió una cultura nacional propia del momento histórico, pero no una cultura con raíces mexicanas.

Uno de los aspectos más importantes de la cultura en esa época, fue la educación. Se pensaba que ésta era indispensable para alcanzar el progreso de México. Como sucedió en otros ramos, el gobierno centralizó la enseñanza, si bien en algunos lugares de la República los Estados lograron tener cierta independencia. De acuerdo con su política, el régimen implantó la enseñanza obligatoria, gratuita y laica. Siguiendo al positivismo, se pensaba que "debíase difundir la enseñanza universal; en México era particularmente necesario esto porque en los pueblos, como entre los individuos, era superior el que sabía leer y escribir"⁽²⁰⁸⁾ Justo Sierra, partidario de esta idea, en su carácter de Ministro de Instrucción Pública en 1905, procuró por todos los medios posibles a su alcance, extender la enseñanza a todos los sectores sociales.

Pero los problemas educativos sólo fueron parcialmente captados y atendidos por el gobierno, que descuidó algunos de suma gravedad. "El hecho de que en el Distrito Federal, donde era mínimo, el analfabetismo llegara al 62 por ciento de la población, que ascendiera a 84 el promedio nacional . . . podría haber quitado el sueño y la vanidad a cualquier régimen político. Pero no ocurrió así, en parte porque no se creía que cambiar esta situación fuese una tarea apremiante y exclusiva del Estado, y en parte —reacción muy liberal— individualista— porque se creía que la élite intelectual creada en la Escuela Nacional Preparatoria y los institutos provincianos acabaría por contagiar de erudición y sabiduría a todos".⁽²⁰⁹⁾

La enseñanza elemental fue impartida en escuelas oficiales y particulares. A ellas asistieron niños de las clases media y superior, y en mínima proporción de la clase humilde. Los sectores populares e indígena siguieron viviendo casi por completo en la ignorancia.

En los libros de texto se instruía a la niñez en aquellos conocimientos que reflejaban la cultura del régimen, mientras que las escuelas municipales y las particulares se alejaban de la pedagogía oficial, elaborando trabajos más provechosos que los de los "huecos directores del positivismo. . . . gracias a lo cual el niño se (nutría) de los valores que (constituían) la individualidad y por tanto la iniciativa creadora".⁽²¹⁰⁾

Para fortalecer su poderío, el régimen impulsó la Escuela Nacional Preparatoria. Los futuros profesionistas que de ella salieran trabajarían para el gobierno, asegurándole de esta manera su estabilidad. Pero además, la educación basada en el positivismo destruiría la antigua y perjudicial enseñanza religiosa, y proporcionaría una justificación ideológica al sistema político implantado por Díaz.⁽²¹¹⁾

Según Gabino Barreda, fundador de la Preparatoria, en ella se formaría un nuevo poder espiritual independiente, encargado de dirigir al Estado, en vez de ser dirigido por él, como había sucedido con los liberales. Como método educativo, afirmaban los seguidores del positivismo, éste aspiraba a formar individuos íntegros, completos y felices. Algunos sectores sociales, especialmente aquellos que sostenían su propia doctrina o ideología, se opusieron a la educación positivista. Los liberales, por ejemplo, defendían la antigua instrucción afirmando que la de la Preparatoria

(208) González Navarro, *La Vida Social*, t. IV, p. 548

(209) Cosío Villegas, *Historia Moderna. El Porfiriato*, t. IV "Introducción", p. XIX. Sin embargo, hay que hacer notar que el gobierno aumentó el número de escuelas oficiales primarias de 4 498 que había en 1878, a 9 541 en 1907. González Navarro, *Estadísticas Sociales*, p. 42

(210) Valadés, *El Porfirismo*, t. II, p. 224

(211) "Los discípulos de Barreda serían los encargados de formar un partido político que, basándose en la filosofía positiva, se enfrentase al partido liberal, arrancándole el poder". Zea, *Op. cit.*, p. 234

era “superficial, enciclopédica y atea”⁽²¹²⁾ Para los católicos, además de atea era contraria al bienestar social, por educar a la juventud en intereses egoístas. Criticaban a Díaz por sostener a sus colaboradores en la dirección de esa escuela, cuando que la opinión pública era contraria a ella.

A pesar de las reformas educativas que realizó el gobierno, y de las que propusieron algunos profesores eminentes, los efectos de una educación materialista y ajena a las necesidades de México, fueron reflejados principalmente entre el sector intelectual que pertenecía a la clase alta, atento siempre a ocuparse de sus propios intereses y no a los de la sociedad.

Basada esta enseñanza en teorías extranjeras, ocasionaba que la juventud fuera “ajena lo mismo a las necesidades físicas que a las empresas del espíritu de México. Tanto de extraño al país tenían los estudios preparatorios, que la escuela, lejos de ser un laboratorio científico, era . . . centro de holgazanería, y no por inferioridad mental de los alumnos, puesto que de entre los muchos que abandonaron las aulas en esa época, luego, ya en la independencia, vinieron luminosas ideas, sino porque en los estudios faltaba lo que todo pueblo requiere para su cultura: lo creativo y lo conmovedor”⁽²¹³⁾

Sin embargo, no todo fueron aspectos negativos en la enseñanza Preparatoria. Dentro y fuera de ella surgieron elementos conscientes de las necesidades de México, individuos que no sólo buscaban la superación personal sino también el mejoramiento colectivo. La realidad no pasó desapercibida entre todos los miembros de la juventud, puesto que hubo algunos que en su vida profesional posterior expresaron ideas contrarias a las del régimen.

En los años anteriores a 1910, en lo que a la enseñanza superior se refiere, siempre fue notoria la preferencia que el Estado otorgó a la profesional sobre la técnica⁽²¹⁴⁾. A pesar del descuido en que se tenía a esta última, hacia 1908 se advirtió la disminución de las escuelas tradicionalmente conocidas como universitarias, y el incremento de las demás⁽²¹⁵⁾.

Desde el año de 1833, en que Valentín Gómez Farías suprimió la Universidad “por el espíritu de mejorar destruyendo, en lugar de transformar mejorando”, según decía Sierra⁽²¹⁶⁾, los intentos por crear una nueva, habían sido sido frustrados. Se pensaba que la Universidad era el símbolo de la reacción, centro de la enseñanza religiosa y adulterada que tanto había perjudicado al país. Pero además, los liberales consideraban que su reconstrucción era una maniobra de los positivistas que influían sobre el régimen. No obstante, el Ministro de Instrucción Pública, don Justo Sierra, logró que su proyecto fuera aceptado y el 22 de septiembre de 1910 quedó inaugurada la Universidad Nacional, símbolo de la nueva etapa que estaba por iniciarse en México.

Para preparar a los futuros maestros de la sociedad, se fundaron dos academias en la ciudad capital hacia 1880. Años más tarde se inauguró la Escuela Normal de Profesores y posteriormente la destinada a crear el magisterio femenino.

(212) González Navarro, *La Vida Social* . . . t. IV, p. 608

(213) Valadés, *El Porfirismo* . . . El Crecimiento, t. II, p. 39

(214) En 1878, frente a 4 881 estudiantes profesionales sólo había 599 estudiantes técnicos en todo el país. Las carreras universitarias que contaban con mayor número de miembros eran las de Leyes, Medicina e Ingeniería. González Navarro, *La Vida Social* . . . t. IV, p. 632

(215) En esa época, “de los 9 984 alumnos oficiales, el 21 por ciento eran técnicos, el 26 normalistas y ya sólo el 53 universitarios”. *Ibidem*, p. 672. 673

(216) Sierra, *Op. cit.*, p. 152

En el panorama cultural, empezó a tomarse en consideración la enseñanza superior femenina a finales del siglo XIX.⁽²¹⁷⁾ La asistencia a la escuela secundaria de La Paz —anteriormente conocida como de Las Vizcaínas— demostró el afán de superación y la inconformidad que existía entre las mujeres por ser consideradas aptas únicamente para la vida hogareña. De escuelas superiores particulares o de la Preparatoria, salieron competentes profesionistas, quienes no siempre tuvieron la oportunidad de aplicar sus conocimientos.

En el aspecto educativo y en las demás actividades culturales, el Estado siempre tuvo gran influencia. Por eso es que todos aquellos que querían alcanzar el triunfo tenían que recurrir al gobierno. Sacrificando su independencia y muchas veces su talento, profesionistas, intelectuales y artistas, lograban si no el éxito anhelado, cuando menos los medios económicos indispensables para vivir.

Los allegados al régimen, en su mayoría miembros de la clase alta, trabajaban para él por conveniencia propia. Sabían que su prosperidad dependía de la estabilidad del gobierno, del que, por otra parte, estaban satisfechos.

En cambio el resto de los intelectuales, generalmente miembros de la clase media, más que por convicción o apoyo al régimen, trabajaban por necesidad económica para él⁽²¹⁸⁾. Como el poder político llevaba en muchas ocasiones al económico, varios profesionistas buscaban relacionarse con miembros influyentes de la sociedad para ascender. Sucedió también que el interés por adquirir una posición desahogada suplía al de ejercer la profesión, como se notaba por ejemplo entre algunos médicos que trataban de establecerse en lugares donde había clientela de recursos, en vez de atender a los sectores más necesitados de la sociedad.

Era imposible que el gobierno otorgara puestos públicos a todos los que realizaban un trabajo intelectual, debido a que el presupuesto no alcanzaba a cubrir las necesidades de tan grande sector de la sociedad. Por eso los que trabajaban independientemente, por voluntad o necesidad aumentaban el grupo de los opositores al régimen. De este modo, el sistema estatal originaba “la empleomanía de los satisfechos y el afán revolucionario de quienes no se habían acomodado aún”⁽²¹⁹⁾. En estos grupos se notaba la inconformidad y el rechazo a toda una

(217) Diversas opiniones se escucharon en torno a ella; había quienes pensaban “que no valía la pena gastar mucho dinero en educar a las mujeres”, bastaba con enseñarlas a llevar su hogar. Otros, “a pesar de admitir la igualdad intelectual del hombre y la mujer en nombre de la diversidad biológica pedían que se graduara su educación para evitar la total emancipación de la mujer y que con ello desaparecieran futuras madres y esposas”. Finalmente, los de ideas más avanzadas opinaban que la instrucción obligatoria para las mujeres equivalía al progreso nacional y a la desaparición del analfabetismo en el término de veinte años, González Navarro, *La Vida Social*, . . . , t. IV., p. 57.”

(218) Refiriéndose a periodistas y literatos, Enrique de Olavarría y Ferrari daba testimonio de esta situación, diciendo: “La única esperanza del literato en México es la de llegar con sus escritos a llamar la atención general, lo suficiente para que su nombradía le sirva para obtener algún empleo en una oficina de Estado; en el mayor número de estos felices resultados, el empleo no sólo es de corto sueldo, sino que no se aviene con las aficiones del literato, y lo más común es que el literato—oficinista se olvide de esas aficiones y deje de cultivar las letras, para consagrarse a las tareas de su empleo, que siquiera le da para mantenerse y mantener a su familia modestísimamente. A cada rato se moteja al literato que en esas circunstancias se encuentra, de que se ha vendido al Poder, por un pedazo de pan. No, no es vendido ni holgazán el literato que tal solución acepta. . . . (lo que pasa es que) no hay . . . para una persona inteligente otro medio de acometer las dificultades de la lucha por la vida que el empleo en la administración pública”. Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña Histórica del Teatro en México, 1538-1911*, Pról. de Salvador Novo, México, Ed. Porrúa, 1961 (Biblioteca Porrúa. No. 23), v. 3, p. 1622, 1623. Por eso afirmaba también Valadés que en esa época “como la pobreza económica del país veda la independencia económica del individuo, éste, si quiere pensar. . . , estará obligado a ponerse bajo el ala protectora del Estado”. Valadés, *El Porfirismo*, . . . , *El Crecimiento*, t. II, p. 216

(219) González Navarro, *La Vida Social*, . . . , t. IV, p. 632

forma de vida. De diversas maneras trataron de demostrar su independencia intelectual, por lo que lograron proyectar una imagen más clara y verdadera de la realidad mexicana⁽²²⁰⁾. Sus ataques al régimen les ocasionaron la prisión, el destierro o las persecuciones.

En la realización de las mencionadas actividades culturales, los individuos no pudieron expresarse con toda libertad, debido a que en la mayoría de las ocasiones se vieron presionados por la necesidad económica; en consecuencia, raras veces lograron sus obras en el descanso de otros trabajos.

La Religión.

Dentro de la vida social de la época porfirista, la religión ocupó un lugar importante. Casi en su totalidad, la sociedad mexicana profesaba la religión católica⁽²²¹⁾. Pero tanto los ministros de la Iglesia como los fieles pertenecientes a ella, reflejaban, por regla general, en su forma de vida y actividades, la inautenticidad característica de la cultura del momento.

La iglesia católica estaba relacionada con el gobierno y con la política que éste llevaba a cabo, aunque debido a las circunstancias propias de la época, su influencia había disminuído considerablemente.

Nos interesa destacar la participación de la clase media en la vida social en su aspecto religioso, porque era una manifestación más de su forma de vida, y en consecuencia su conocimiento nos ayuda a comprender mejor al sector de la sociedad que estudiamos. Los católicos de la clase media intervinieron tanto en las actividades religiosas, como en las sociales y en las políticas desarrolladas dentro de su religión.

La iglesia perdió el poder que tuvo en otras épocas, pero la “política de conciliación” llevada a cabo por el gobierno le permitió seguir teniendo gran influencia social. Así, “en el examen de todas las cuestiones sociales de la época participó con gran desenfado y perseverancia la iglesia católica, a través de sus más altos dignatarios o de los periódicos católicos”⁽²²²⁾. Como le estaba vedada la acción política, hacía sentir su presencia en los problemas sociales que preocupaban a la generalidad del país. La crítica social le daba al mismo tiempo un pretexto para la crítica política, y así atacaba al régimen en forma indirecta. Sin tener la responsabilidad que tenía el gobierno, se sentía con mayor libertad para opinar sobre diversos asuntos, al mismo tiempo que más capacitada por su propia índole moral, para solucionarlos.

Generalmente fueron los fieles católicos los que expresaron sus críticas al régimen por medio de la prensa. De los periódicos de esa época, “inflexible, pero con mucha quietud y dignidad es *El Tiempo*. Le anima siempre la pasión de su doctrina; pero no es obstáculo a las libertades, puesto que las fomenta con todo valor, censurando al régimen porfirista no únicamente por los

(220) En la revista literaria *El Renacimiento*, por ejemplo, “reúñense... quienes poco acceso tienen al mundo oficial... y llénanse las páginas de la publicación de señalada mexicanidad”. Valadés, *El Porfiriato*. . ., *El Crecimiento*, t. II, p. 257. Apud, *El Renacimiento*, México, a partir del 7 de enero de 1894

(221) Según el *Censo de Población* realizado en 1910, de los 15 160 369 habitantes que tenía México, 15 033 176 eran católicos (7 425 722 hombres y 7 607 454 mujeres). *Tercer Censo de Población*. . ., v. 1; p. 8, v. 2; p. 30, 31. Por ser la mayoría los miembros de la sociedad que practicaban esta religión —y por la importancia que tenía la Iglesia Católica—, nos referimos únicamente a ella en el presente examen de la vida social.

(222) Cosío Villegas, *Historia Moderna*. . ., *El Porfiriato*, t. IV, “Introducción”, p. XXXI.

obstáculos que pone al desarrollo de la religión; también por las persecuciones a la ciudadanía, por su falsa moral y por sus designios de una economía monopolizada y extranjerista”⁽²²³⁾ Los directores y redactores de estos periódicos eran en su mayoría miembros de la clase media, como Victoriano Agüeros que dirigía a *El Tiempo*

Las manifestaciones hostiles en contra del gobierno provenían no sólo del elemento laico sino también de algunos sacerdotes que se mostraban insumisos y agresivos. Esto provocó persecuciones al clero durante los primeros años del régimen. Afortunadamente, las represiones del Estado cesaron hacia 1890, gracias a que la Iglesia comprendió la necesidad de acatar la política de conciliación llevada a cabo por el régimen

“Cuando el clero abandonó la costumbre de instigar y apoyar revoluciones, su acción social comenzó a florecer”⁽²²⁴⁾ Los bienes de la Iglesia se habían reducido considerablemente como consecuencia de la aplicación de las Leyes de Reforma. Las acusaciones que se hicieron en contra de las enormes propiedades atribuidas a la Iglesia, resultaron falsas o exageradas. Ocupábanse los ingresos eclesiásticos en la manutención de los sacerdotes, el sostenimiento del culto, la construcción de templos, en las misiones entre indígenas y en obras sociales como eran la enseñanza y las de beneficencia, a cuyo sostenimiento de estas últimas no se creía obligado el Estado.

Importante fue la intervención de la Iglesia en el aspecto educativo; sostuvo escuelas tanto para niños como para jóvenes y adultos. El Estado, “a título de proteger la instrucción pública, autorizó la escuela particular dominada y dirigida por el clero”⁽²²⁵⁾ La fundación de escuelas de artes y oficios, cuyos proyectos siempre fueron más organizados que los del gobierno, benefició en gran medida a la sociedad. Ayudó al sector obrero luchando por su dignificación y progreso, apoyando también las sociedades mutualistas y el cooperativismo que surgieron con este motivo.

Aunque fue meritoria la labor social realizada por la Iglesia y sus feligreses, cometió graves errores que fueron duramente criticados y muchas veces exagerados, por todos aquellos que se oponían a su influencia en la sociedad porfirista. Nos dice Valadés que “postrada (estaba) . . . en el último tercio del siglo XIX, la cultura religiosa en México, no tanto a causa de las confiscaciones de la Iglesia, cuanto al afán de los dignatarios católicos de gastar los días y los años en acercarse no a su grey sino al gobierno civil. Así, y por gustar más los obispos del lujo en la oratoria sagrada, de las grandes solemnidades, de la vida mundana. . . olvidase la evangelización”⁽²²⁶⁾.

Entre otros ataques que recibió la Iglesia de sus enemigos, “el periódico de los Flores Magón (*Regeneración*) declaró que, de acuerdo con la ciencia moderna, todas las religiones eran una serie inverosímil de patrañas, una espantosa urdimbre de absurdos cuyo único objeto era el lucro”⁽²²⁷⁾

Las críticas no sólo se refirieron al clero en cuanto a tal, sino a la sociedad que se llamaba católica, y provinieron, además de los enemigos de la Iglesia, de los mismos miembros de ella. Así, “Trinidad Sánchez Santos pronunció un discurso en 1896 en el que manifestó haber renunciado a la tarea de los antiguos conservadores, que criticaban la descatalogización del poder; ahora él

(223) Valadés, *El Porfirismo. . . , El Crecimiento*, t. II, p. 163

(224) González Navarro, *La Vida Social. . .*, t. IV, p. 487

(225) Valadés, *El Porfirismo. . . , El Crecimiento* t. II, p. 197

(226) *Ibidem*, p. 147

(227) González Navarro, *La Vida Social. . .*, t. IV, p. 475

peleaba contra la descatalogación de la nación, contra el cristianismo paganizado de su generación, que se manifestaba en los millares de prostitutas, en las masas adictas al juego, en los 64 millones de pesos anuales empleados en embriagarse, en el noticierismo de los periódicos impíos, y en la secularización del matrimonio⁽²²⁸⁾ Aunque se consideraba que más del 90 o/o de la población era católica, la gran mayoría no practicaba el contenido de su doctrina, sino tan sólo el aspecto exterior de ella. Entre los indígenas era común el paganismo, mientras que en los otros sectores sociales se advertía el carácter profano que predominaba, principalmente en las festividades religiosas.

La clase media participó del aspecto formal de la religión, como sucedió con el resto de la sociedad. Sin embargo, una minoría de esta clase fue consciente de la falsedad con que se vivía la religión, así como de las demás cuestiones relacionadas con ella, lo cual queda demostrado con las críticas que se hicieron, tanto a la sociedad, como al clero y al gobierno.

En la vida social que acabamos de exponer en sus principales aspectos, podemos notar que se manifestaron con cierta claridad dos características principales. Una de ellas fue la influencia que ejerció el Estado sobre la sociedad entera, imponiéndole sus propias formas de concebir la existencia en todos los órdenes. Derivada de esta característica surgió la inautenticidad en la forma de vida, reflejada en la personalidad de los individuos y expresada en sus diversas actividades.

Podemos apreciar también, que aunque la sociedad en general viviera dentro de un ambiente en el que privaban las características mencionadas, algunos sectores de ella fueron conscientes de que la realidad mexicana no estaba de acuerdo con la que se les imponía, y que igualmente ellos no podían vivir conforme a su voluntad, en una realidad distinta a la que se les presentaba. En consecuencia, rechazaron toda una forma de vida que no les proporcionaba satisfacción, y trataron de salirse de los moldes establecidos.

Por lo que se refiere a la clase media, ésta participó de ambas actitudes asumidas por los miembros de la sociedad. No podemos definir exactamente hasta qué grado aceptó o rechazó una forma de vida auténtica o inauténtica, pero si nos es posible afirmar, después de haber expuesto las actividades sociales en las que tomó parte, que un sector de ella, elevado moral y culturalmente, no estaba de acuerdo con la sociedad en que vivía. El resto de la clase media, consciente o inconscientemente, aceptaba vivir conforme a las características propias de su época.

2. *Composición y Características Principales de la Clase Media.*

Basándonos en los cálculos personales anteriormente expuestos⁽²²⁹⁾, consideramos que el total aproximado de miembros de la clase media en 1910, era de dos millones (1 891 059), equivalentes al 12.47 o/o de la población de 15 160 369 habitantes, registrada en el censo correspondiente al año mencionado. Su incremento fue notable durante los treinta años que duró el régimen porfirista, debido a las características propias de esa época; si en los inicios de ella posiblemente no constituía más del 6 o/o de la población total calculada en 9.5 millones aproximadamente (o sea 475 000 miembros más o menos), al final de la misma su porcentaje era del doble o más, lo cual es factible debido al aumento de población calculado en más de 5

(228) *Ibidem*, p. 482

(229) *Vid supra*, Cap. III, p. 73, 74

millones. La mayor parte de los individuos pertenecientes a este sector social, se concentró en las ciudades. Creemos que un 25 o/o de ellos, cuando mucho, vivió en el medio rural.

El escaso número de miembros de la clase que examinamos y la ausencia de características propias de otros países en México ha llevado a considerar que su existencia e importancia fueron casi nulas en la época que tratamos⁽²³⁰⁾. Pero además de eso, se piensa que la sociedad estática, en la cual había un sector reducido que acaparaba la riqueza y el poder, frente a una inmensa mayoría que apenas contaba con medios para subsistir, no permitía el desenvolvimiento de una fuerte clase media⁽²³¹⁾.

Admitimos que, efectivamente, en nuestro país no se presentaron las características de las sociedades europeas del siglo XIX, sino que fueron surgiendo y cobrando importancia considerable hasta la época porfirista, especialmente en sus últimos años. Pero esto no quiere decir que no hubiera clase media antes o durante ese período de nuestra historia, sino simplemente que este sector de la sociedad fue distinto en México al de otros países.

Por otra parte, aunque reconocemos que la clase media era poco numerosa y que su situación y existencia eran difíciles, creemos que su participación en todos los aspectos de la vida tuvo cierta importancia y trascendencia debido a las características propias de ella y a las actividades que realizó.

Diferentes sectores integraron a la clase media. Cada uno de ellos tuvo sus rasgos peculiares pero también presentaron aspectos comunes que dieron originalidad al conjunto.

En la parte superior se encontraban aquellos que gozaban de cierta independencia económica y cuya forma de vida era más desahogada que la de los demás. Les seguían todos los dependientes, ya fuera directamente del presupuesto del gobierno, o de los ricos propietarios de la clase alta para quienes trabajaban. De estos se encontraban en mejor situación los que desempeñaban actividades intelectuales, ya que en el grupo inferior de su clase se hallaban un número reducido de empleados manuales.

Los dueños de pequeños comercios y de otras negociaciones, o de "predios rústicos medianos", podían vivir con los recursos económicos que les proporcionaban sus propiedades. Aunque no estaban supeditados al gobierno sufrían una competencia desventajosa por parte de los miembros de la clase alta. Si sus negocios prosperaban, nunca era lo suficiente para ascender de posición social. Generalmente habían ganado con su trabajo lo que tenían. En el caso de los propietarios rurales, éstos obtuvieron beneficios al ponerse "en circulación toda la propiedad eclesiástica, una parte de la municipal, y otra parte de la comunal indígena"⁽²³²⁾, como

(230) Entre otros, José Iturriga piensa que "los efectos de la Revolución Industrial sobre la estructura social —creación de un proletariado urbano, multiplicación de la clase media y concentración del capital en una burguesía socialmente poderosa— no se hicieron sentir de modo simultáneo a la consumación de nuestra Independencia, pues la inestabilidad política del país impidió la incorporación de México a la nueva etapa industrial que se estaba abriendo paso en los principales países. Añega que por ello la clase media fue "extraordinariamente reducida" hasta finales del siglo XIX, "la presencia ya visible (esta) clase... puede situarse en los primeros diez años del presente siglo... El fenómeno ocurre fundamentalmente debido a la política favorable a las inversiones de capital extranjero que desarrolló la Dictadura (porfirista)" Iturriga, *Op. cit.*, p. 64, 65. Véanse también al respecto las opiniones de los autores que examinamos posteriormente, en el Cap. V.

(231) Afirma Costo Villegas que "es indudable que en el porfirismo los menos habían acabado por privar sobre los más... El porfirismo era en sus postrimerías una organización piramidal, en la cúspide estaban las "cien familias"; los demás eran desvalidos en mayor o menor grado." Costo Villegas, "La Crisis de México", en: *Ensayos y Notas*, t. I, marzo 1947, p. 117.

(232) Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas*, p. 62.

resultado de la aplicación de las Leyes de Reforma. Gracias a ello muchos se convirtieron en propietarios individuales, mientras que el resto conservó sus propiedades comunales o bien las fraccionó para dar lugar a las rancherías. Hacia finales del régimen, este sector no podía consolidar su posición económica a causa de que “sus intereses eran demasiado pequeños y no había logrado adquirir más”⁽²³³⁾, por lo cual se sentía inconforme y descontento.

Anteriormente hemos señalado que una de las características propias de un gran sector de la clase media, es la preferencia que éste otorga a las actividades intelectuales sobre las manuales.⁽²³⁴⁾ El numeroso grupo de profesionistas y burócratas que hubo en la época porfirista demuestra esta inclinación por el trabajo intelectual. El motivo de ella estaba relacionado con su misma posición social. Según Jorge Vera Estañol, en esos años “todavía era un prejuicio invencible la repulsión de estas clases sociales hacia todo trabajo manual o mecánico”. Sin embargo, hay que hacer notar que tanto en el aspecto educativo como en el ocupacional, se ofrecían pocas perspectivas de trabajo al individuo, lo cual contribuía al escaso interés por esta clase de actividades.

Los miembros de la clase media –continuaba diciendo Vera Estañol– seguían “las carreras científicas y literarias, ora a la vista de respetables fortunas o envidiable renombre alcanzado por tal o cual profesionista de vuelos, ora por la aceptación social de que secularmente han gozado quienes pueden ostentar un diploma, ora también porque para los señoritos mimados la vida de estudiante es disimulo pretexto de holganza y disipación”⁽²³⁵⁾. Aunque efectivamente había muchos que por estos motivos estudiaban carreras profesionales, otros lo hacían por lograr su realización y el éxito personal, o bien por interés de conocer mejor la realidad de México y de prestar sus servicios a la sociedad. Entre los primeros, sólo los que ya disponían de medios económicos podían realmente acrecentar su fortuna, o bien lo lograban siempre y cuando trabajaran para el gobierno o protegidos por él. Los demás no alcanzaban ni las “respetables fortunas” ni el “envidiable renombre” que menciona Vera Estañol, porque siempre contaban con la competencia de los miembros de la clase alta. Manteniéndose en su posición gracias a que trabajaban para el gobierno. Aquellos que lo hicieron en forma independiente, a costa de grandes sacrificios lograron permanecer dentro de su clase social; muchos fracasaron en su vida de profesionistas y acabaron por trabajar como empleados particulares o públicos, cayendo en este último caso en la esfera de la burocracia⁽²³⁶⁾.

El régimen porfirista había tratado desde sus inicios formar al lado de un grupo dirigente de la economía del país, un grupo que lo dirigiera también intelectualmente. De aquí “el espíritu burocrático que el naciente régimen formó en los jóvenes intelectuales de México. Cada joven que en las aulas, en la política, en la literatura, surgía con su talento, era acarreado sin titubeo alguno al porfirismo; y en él hacíasele un burócrata”⁽²³⁷⁾. De esta manera, el gobierno logró efectivamente formar con jóvenes intelectuales de la clase alta y algunos de la clase media, un sector que tenía o que aparentaba tener conocimientos superiores.

El intelectual–burócrata de la clase media que quedó excluido del sector dirigente, poseedor

(233) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia* libro 10, p. 126

(234) *Vid supra*, Cap 1, p. 24, 25

(235) Vera Estañol, *Op. cit.*, p. 15, 16

(236) Vera Estañol nos presenta la situación de éstos últimos diciéndonos que “de la inclinación no resistida a formar abogados, médicos e ingenieros, surgió y se propagó la clase especial de los proletarios profesionistas, éstos que después de luengos estudios y grandes sacrificios alcanzaron el título apetecido. ; que en la crudeza implacable de la lucha por la existencia, se malograron y a quienes el diploma únicamente sirvió de estorbo para dedicarse a otras actividades honestas”. *Ibidem*, p. 16

(237) Valadés, *El Porfirismo*. ; *El Nacimiento*, p. 405

a veces de una buena preparación y de brillante inteligencia, trabajando para el gobierno pudo darse cuenta de la situación real de México. Aunque acataba las leyes y estaba sometido plenamente a la autoridad del régimen y del grupo director, sabía que con su fuerza intelectual podía tener gran influencia sobre otros sectores de la sociedad. Entre otros, fueron algunos abogados, periodistas y maestros que en estas circunstancias se hallaban, quienes introdujeron ideas revolucionarias y reivindicadoras entre su misma clase y la clase baja. Refiriéndose a la influencia social de este grupo, nos dice Francisco Bulnes que había exceso de profesionistas en México, por lo que el Estado debía procurar su reducción numérica. “Importa bastante para la salud de un país —decía—, la procreación escolar de abogados fuera de la demanda social; con ese excedente, revolcado en angustias por el famelismo, se forman los apóstoles reivindicadores de las clases humildes”. Continuando con la misma idea, Bulnes afirmaba. “Los pedagogos, consiguieron procrear en sus escuelas normales, a más de cuatro mil apóstoles, fulminantes enemigos del orden social.”; ellos y sus seguidores despertarían conciencia de sus problemas a la clase baja: “Los pedagogos . . . discurrieron . . . echar leva de campesinos . . . para surtir de alumnos robustos las vacías y fatídicas escuelas normalistas. . . Y lo que se iba a enseñar al tranquilo y abyecto peladaje, era el odio a las clases directivas, el odio al gobierno, el apetito de las más absurdas reivindicaciones. . . ; en una palabra, la revolución social”⁽²³⁸⁾

Reconociendo pues la influencia de estos profesionistas movidos por sus condiciones sociales Bulnes comentaba que “los intelectuales agitan a las masas. Una masa agitada se coloca en el vestíbulo de una revolución. El hambre es la que más agita a los intelectuales. la que los hace revolucionarios. . .”⁽²³⁹⁾ La necesidad económica era la que los mantenía trabajando para el gobierno, ante el cual tenían que mostrarse sumisos. Anteriormente se ha expuesto su verdadera situación, por la que el mismo Bulnes pedía al régimen que les permitiera trabajar libremente asegurándoles el bienestar material fuera de su tutela.

Otro grupo de intelectuales de la clase media se encontraba también trabajando para el gobierno. Era el conformista, indiferente o cobarde que siempre se mostró servil ante el régimen. Una de las críticas más severas que los propios simpatizadores de la dictadura le hicieron a ésta, fue la de haber degradado a la clase intelectual, que se doblegaba y postraba ante Porfirio Díaz. De diversos medios se valieron estos profesionistas para mostrar su adhesión y apoyo aparente o real al régimen; sirvieron para este fin lo mismo los libros que los folletos, artículos, discursos brindis polémicas y hasta la enseñanza. Así como había abogados, periodistas y maestros que a pesar de trabajar para el gobierno, mostraban la verdadera situación y los problemas de la época, los otros intelectuales—burócratas se empeñaban en adular toda la obra realizada por el gobierno. Por eso el profesor normalista D. Pedro G. Hermosillo decía: “. . . hasta los maestros de escuela han sido uno de los tipos más tristes de servilismo y de bajeza de que puede avergonzarse la sociedad mexicana”⁽²⁴⁰⁾. Y refiriéndose a los periodistas que se hallaban en este grupo, López—Portillo comentaba. “Lejos, muy lejos quedaban los tiempos en que un Zarco, un Ramírez, un Vigil, un Velasco, exponían sus ideales políticos por amor a ellos, y hacían penetrar en el espíritu del pueblo las generosas convicciones que los animaban; ahora se hacía todo de orden suprema. Así se trocó el periodismo de tribuna de ideas que había sido, en simple oficio estipendiado, en el cual la mano que laboraba, se movía a impulso de ajeno pensamiento”⁽²⁴¹⁾

(238) Bulnes, *Op. cit.*, p. 255 y ss. Aunque consideramos que Bulnes exagera en cuanto a las cantidades que menciona —ya que calcula por ejemplo, la existencia de 15 000 abogados cuando que Gonzalez Navarro, basándose en los *Censos de Población de 1895, 1900 y 1910*, no registra más de 3 953 en su obra *Estadísticas Sociales del Porfirato*. . . p. 18, 19 sus afirmaciones son validas para nuestro propósito: mostrar la influencia de estos sectores de profesionistas.

(239) Bulnes, *Op. cit.*, p. 14, 15. Otros pensadores de la época porfirista también fueron conscientes del poder intelectual que tenían los miembros de este sector de la sociedad. *Vid infra*, Cap V, p. 171, 172, 181 182

(240) Bulnes, *Op. cit.*, p. 209, 210 *Apud*, *Periódico revolucionario del doctor Atl*.

(241) López—Portillo, *Op. cit.*, p. 431 432, 343

Pocos periódicos y periodistas independientes y de oposición hubo. De los primeros, no podían subsistir porque la competencia los arruinaba; “y los de oposición eran encarcelados y arruinados, tenían sus imprentas incautadas y veían a sus empleados detenidos bajo pretexto de complicidad. . . , y todo esto sin contar las fechorías de los gobernadores, que solían mandar apuñalar o echar en el horno crematorio a los periodistas”⁽²⁴²⁾. La mayoría de los periódicos eran gobiernistas, de falsa oposición subvencionados por el régimen para atacar a todos sus enemigos, o bien, periódicos extranjeros que daban a conocer noticias que elogiaban a Díaz, publicadas en diversos países, y por cuyos artículos les pagaba el mismo gobierno mexicano⁽²⁴³⁾.

Así pues, el sector intelectual de profesionistas de la clase media estaba dividido en partidarios y enemigos del régimen. A los primeros les convenían el estado de cosas vigente, mientras que a los segundos, no. Sin embargo, en el primer grupo había muchos opositores que no estaban de acuerdo con la política del gobierno, pero que simulaban estarlo para poder vivir y no ser perseguidos por él. Por eso es que en el momento de la caída de Díaz, se sumaron a los descontentos e inconformes, puesto que en algún sentido ellos lo estaban también.

Los miembros del clero pertenecientes a la clase media, guardaban más o menos la misma situación que los profesionistas. Vivían gracias a los ingresos que por diversos conceptos recibía la Iglesia. Sus ocupaciones estaban relacionadas con el ejercicio de su ministerio.

Existía también dentro de la clase media, un grupo numeroso de empleados particulares cuya situación económica era equiparable a la de los profesionistas. Algunos guardaban una condición inferior. En empresas o negocios comerciales, agrícolas, industriales y mineros, prestaban sus servicios. Eran agentes, contratistas, proveedores, administradores, etc., que trabajaban para los dueños de las fuentes de producción mexicanas⁽²⁴⁴⁾.

Los empleados del gobierno constituían uno de los sectores más importantes de la clase media. Hemos visto que después de consumada la Independencia de México, la burocracia fue una de las formas favoritas de ocupación escogidas especialmente por el elemento mestizo⁽²⁴⁵⁾. El régimen porfirista la fomentó por conveniencia propia, y por necesidad.

Los empleados públicos generalmente eran inferiores en el aspecto intelectual, por su escasa preparación y por sus aptitudes, a los profesionistas e inclusive a los empleados particulares⁽²⁴⁶⁾. Trabajaban menos y sin embargo muchas veces ganaban mejores sueldos que aquéllos, debido a que Díaz buscaba complacerlos para tener su adhesión y el apoyo “incondicional” de tan numeroso sector de la población⁽²⁴⁷⁾.

Quedaban ligados al régimen porque como “el Presidente de la República (poseía) la facultad de remover libremente a sus empleados, sin darles plazo al despedirlos cuando le

(242) *Ibidem*, p. 344

(243) “Goza del socorro del gobierno, por enviar a México todas las alabanzas que en Europa se dediquen al general Díaz, la escritora española Concepción Gimeno de Flaquer”, comenta Valadés refiriéndose a la prensa extranjera. Valadés, *El Porfirismo. . . , El Crecimiento*, t. II, p. 80

(244) Inclusive propietarios extranjeros emplearon a trabajadores mexicanos: “A pesar de ser las minas de propiedad extranjera, era frecuente encomendar su dirección técnica a jóvenes mexicanos. La mayor parte del personal administrativo también era mexicano”. Francisco R. Calderón, *Op. cit.*, p. 130, 131

(245) *Vid supra*, Cap. II, p. 50

(246) *Vid infra*, Cap. V, p. 156

(247) Comentaba Molina Enríquez: “El ojo avisor del Sr. General Díaz se ha dado cuenta (de la importancia de la unión del grupo de empleados mestizos). . . , y por eso ha venido elevando progresivamente en los presupuestos, las retribuciones de los empleados públicos, hasta más allá de las capacidades de ellos”. Molina Enríquez, *Las Clases Sociales. . .*, p. 30

conviniere⁽²⁴⁸⁾, tenían que complacerlo en todo. Preferían vivir tranquilos con estrecheces que buscar la posibilidad de un mejor sueldo, puesto que en un país pobre de empresas privadas y falta de estímulo para la iniciativa personal, era difícil encontrar un trabajo que ofreciera mejores oportunidades. Así lo demostraban algunos antiguos profesionistas y empleados particulares, que, buscando mejor fortuna, se habían dedicado a trabajar lejos de la esfera del gobierno, teniendo finalmente que regresar a ella después de haber fracasado en sus intentos⁽²⁴⁹⁾

El burocratismo o empleomanía, convertido en instrumento al servicio del Estado, que a su vez lo extendió y protegió, llevó a decir a sus sostenedores que el General Díaz fue el redentor sublime de las clases medias⁽²⁵⁰⁾. Por esto es que el empleado público, en vez de servir a la sociedad, cuidaba sus propios intereses y servía al régimen, convirtiéndose en cómplice muchas veces involuntario de la facción que explotaba a la sociedad. Cualquier cambio en ésta, significaba la alteración de su forma de vida, por lo que se interesaba en mantener el estado de cosas vigente.

Al igual que la burocracia, el ejército sirvió también para apoyar al régimen. Un sector no muy amplio de militares pertenecían a la clase media. Eran miembros de la oficialidad que generalmente combinaban sus actividades militares con otras. Consideraban, como miembros de la fuerza nacional, que el orden de cosas existente era obra suya. Se les otorgaban privilegios y altos cargos, con objeto de mantenerlos adictos al régimen. No obstante, muchos de ellos eran opositores por no haber recibido todo lo que esperaban del gobierno. Por eso, cuando se presentaron los acontecimientos de 1910, vieron en ellos la oportunidad de rebelarse en contra de Díaz.

El último grupo de la clase media estaba integrado por un número reducido de empleados manuales. Se encontraban en este grupo los principales obreros industriales, trabajadores de cierta categoría, que aunque vivían en condiciones inferiores a las del resto de los miembros de su clase, sobresalían de la masa común de obreros colocados en la clase baja. Dentro de este mismo sector se hallaban los artesanos que habían logrado sobrevivir a la competencia de las fábricas. Su situación era muy difícil, ya que para mantenerse en su nivel social tenían que recurrir a la formación de sociedades mutualistas y cooperativas que los defendieran del nuevo sistema capitalista que estaba causando su destrucción. Con ello demostraban su espíritu solidario y el descontento que sentían hacia el régimen que no se preocupaba por sus problemas ni trataba de resolverlos. Pero además, "movido por su afán de sobrevivir, el artesano no se (limitaba) a la defensa de sus intereses, sino que se (autonombró) defensor del trabajo, dándole a su lucha un carácter proletario; se adjudicó el puesto de portavoz de los obreros, de los peones de las haciendas y de los operarios de las minas. Estos últimos, sin embargo, rara vez se (enteraron) de la existencia de su defensor, lo mismo que los peones". Los artesanos que no pertenecían a la clase baja, empezaron en esa época a descender hacia ella, pasando "por un penoso proceso de reajuste", ya que al convertirse en obreros asalariados, "las condiciones de trabajo no estaban generalmente 'a la altura de su dignidad' "⁽²⁵¹⁾

En este último sector de la clase media podía fácilmente apreciarse el descontento y la inconformidad social.

(248) Buñes, *Op. cit.*, p. 47

(249) Por conservar esa tranquilidad económica, resultaba también inútil el llamado que los "científicos" hacían a los mexicanos para que se apartaran de la política, corrompida por los privilegios personales que ella otorgaba mediante los empleos en el gobierno, y buscaran otras actividades dejando en manos "de especialistas, de sabios, de científicos" los trabajos y la dirección en el gobierno. Zéa, *Op. cit.*, p. 250

(250) Buñes, *Op. cit.*, p. 42

(251) Cosío Villegas, *Historia Moderna. El Porfiriato*, t. VII, "Introducción", p. XXII. Cosío Villegas, *Historia Moderna. En la República Restaurada*, t. III, p. 53

Forma de Vida de la Clase Media.

Aunque divididos en diferentes sectores por razón de sus ingresos económicos y de sus actividades, los integrantes de la clase media llevaban una forma de vida similar.

“Se les designaba usualmente con el calificativo de ‘gente o personas decentes’.”⁽²⁵²⁾, al cual trataban de corresponder aunque recurrieran a falsas apariencias para ello, con lo que daban a conocer uno de los rasgos característicos de los mexicanos de su época y rasgo también propio de su clase social. Esta preocupación los llevó en muchas ocasiones a imitar a la clase alta, sobre todo en lo que al aspecto material y exterior de su vida se refiere. Pero los ingresos de que disponían no siempre les alcanzaban para vivir como querían y a veces eran justos para satisfacer sus necesidades.

En los últimos años del siglo XIX y en los primeros del XX, se agudizó el problema del desajuste entre precios y salarios que había venido afectando a este sector social. El costo de la vida aumentó considerablemente, lo que llevó a decir a González Navarro que “los ricos no resentían esta alza; y tampoco los pobres, porque el gobierno se preocupaba por importar maíz y frijol para ellos; sólo la clase media, la más útil de todas, sufría con tales abusos”⁽²⁵³⁾.

Al escaso grupo de personas acomodadas de esta clase no les afectaba seriamente la crisis económica, mientras que a los demás sectores, en especial al de los empleados manuales, los hacía mantenerse difícilmente en su posición social. Los ingresos mensuales de un profesionista variaban de 15 a 600 pesos en el mejor de los casos; no podían aumentarlos debido a sus mismas condiciones de trabajo, examinadas con anterioridad. Entre los intelectuales, los profesores eran algunos de los que más bajo sueldo percibían. Ganaban mensualmente entre 25 y 50 pesos, lo que llevó a Justo Sierra a pedir que se elevaran sus condiciones de vida, ya que el trabajo que realizaban requería más aptitudes, por ejemplo, que el que efectuaban los burócratas en las oficinas, siendo mejor remunerados éstos que los profesionistas. Efectivamente, el gobierno destinaba hacia 1910 casi setenta millones de pesos al año para pagar a sus empleados; en cambio los empleados particulares recibían salarios que iban entre 30 y 250 pesos mensuales, mientras que “el artesanado... se pauperizaba más y más”⁽²⁵⁴⁾, al igual que los demás grupos de trabajadores manuales.

“El *Imparcial* culpó a la educación clerical de la pobreza de la clase media por haberle imbuído la virtud del desprendimiento”⁽²⁵⁵⁾, en vez de reconocer la injusticia social vigente. Pero la prensa oficiosa añadía que sus “vanidosos hábitos” también la conducían a la miseria, pues ganando un empleado corto sueldo, “estrenaba traje bimestralmente, y corbata cada quince días; concurría dos veces por semana al teatro y otras tantas se paseaba en carretela por el Paseo de la Reforma; invitaba a beber a los amigos día con día y semanalmente a comer; y consideraba como una obligación... festejar los onomásticos de la familia. Si el sueldo no le daba para tanto, pedía prestado...”⁽²⁵⁶⁾

Era característico de algunos sectores de la clase media, especialmente del burócrata, “gastar más de lo que ganaban y endrogarse con los usureros”...”, así lo señalaba el mismo

(252) Vera Estañol, *Op. cit.*, p. 15

(253) González Navarro, *La Vida Social*... t. IV, p. 390

(254) Mancisidor, *Op. cit.*, p. 38

(255) González Navarro, *La Vida Social*... t. IV, p. 390. Refiriéndose a un sector de la clase media, Bulnes reconoció los errores del régimen en este sentido diciendo que “los estadistas del régimen faltaron a su deber no resolviendo el problema de la agitación constante profesionista”. Bulnes, *Op. cit.*, p. 253

(256) González Navarro, *La Vida Social*... t. IV, p. 389

presidente Díaz al referirse a los defectos de los empleados del gobierno⁽²⁵⁷⁾. Nunca ahorran previendo necesidades futuras, y era frecuente que se les enviara a los tribunales “por deudas de renta de casa y por artículos de comercio tomados a crédito”⁽²⁵⁸⁾

Estas características de la forma de vida de la clase media, denotaban su inclinación a guardar las apariencias y a imitar a los ricos que podían darse el lujo de derrochar su dinero en toda clase de objetos que les proporcionaran comodidades y el refinamiento propios de su condición social. Por ello comentaba Bulnes que la clase media utilizaba su sueldo en “. ‘mal comer y vestirse lo mejor posible a la parisiense’..”, como lo acostumbraban las personas acomodadas⁽²⁵⁹⁾. Preferían muchos de ellos cuidar de su apariencia exterior, en vez de satisfacer las necesidades propias y las de sus familias.

De los problemas económicos a los que este sector social tenía que enfrentarse en su vida diaria, eran los principales: el de la vivienda, la alimentación, el vestido y la servidumbre. Al ser las familias generalmente numerosas, su situación se agravaba.

En la ciudad de México, con dificultades se conseguía una “casa decente y sana, tanto por el exceso de habitantes citadinos como porque los propietarios cargaban a los inquilinos todo el peso de los impuestos prediales”⁽²⁶⁰⁾. En las grandes ciudades, la renta de un departamento con cinco piezas, variaba de 30 a 80 pesos mensuales, según el lugar en que estuviera situado y las condiciones en que se hallara. Con el pretexto de mejoras materiales y de la introducción de agua potable en las viviendas, aumentó la renta, por lo cual la clase media empezó a buscar en los barrios más alejados habitaciones más baratas y abandonó las zonas céntricas en las que había estado acostumbrada a vivir hasta finales del siglo. En esos años su situación fue tan crítica, que empezó a hablarse del control de la natalidad entre los sectores más pobres de esta clase social.

Los que tenían mejor posición económica procuraban adquirir casa propia. Las dimensiones de ella variaban según los recursos del comprador y según la región del país en que se encontraran. En el centro de las principales urbes se erigían algunas de las mejores viviendas de la clase media⁽²⁶¹⁾. Las condiciones habitacionales fueron menos difíciles en la provincia.

En cuanto a la alimentación, los informes de la época se refieren con frecuencia a la variedad y abundancia de los platillos que consumía la clase rica, poniendo de manifiesto con ello el contraste que existía entre este sector social y la clase media, con un deficiente nivel de nutrición.

Al igual que la mayoría de la población, los individuos pertenecientes a esta clase gustaban de las tortillas y los frijoles, haciendo de ellos parte de su dieta alimenticia. La base de ésta eran la leche y sus derivados, y la carne de res, de carnero o de cerdo; el alza de precio de estos productos

(257) *Ibidem*, p. 388, 389. *Apud*, *El Imparcial*, 31 octubre, 1907. Vid infra, Cap. V, p. 138, 139

(258) Bulnes, *Op. cit.*, p. 88

(259) González Navarro, *La Vida Social*. . . , t. IV, p. 386

(260) *Ibidem*, p. 84

(261) “Las características generales de las habitaciones de tipo medio en el país, sobre todo en la zona central, se advertían con claridad —nos dice González Navarro—. En el centro de la ciudad, componíanse de espaciosas salas, varios dormitorios, comedor y oficina, en torno a uno o dos patios de regulares dimensiones. La mayoría tenía corredores con un jardín central, formado por macetas y barriles llenos de plantas. Más recientemente habían empezado a introducirse en las construcciones techos de vigas y ladrillos, hormigón y cascajo. Pocas habitaciones tenían cielo raso, pero ya empezaba a ser frecuente decorarlas con papel tapiz”. *Ibidem*, p. 394. Las casas más modestas presentaban una construcción en forma de C. Tenían “al frente la sala; al lado, las alcobas; al fondo, el comedor. El claro, en el centro, es vestigio de viejo patio; y el mobiliaje principal en este género de viviendas es el ajuar austriaco y la cama de hierro o de latón”. Tal es la descripción que nos hace Valadés de estas casas en su obra *El Porfirismo*. . . ; *El Crecimiento*. . . t. II, p. 96. *Apud*, *El Imparcial*, México, 1898 y 1899

(la carne subió de 15 a 26 centavos la libra) dió lugar a que se sustituyeran estos alimentos con otros más asequibles en los sectores de menos recursos. El pollo sólo lo acostumbraban comer los enfermos y convalecientes. Las sopas, entre las que/más usual era la de arroz, los huevos y las frutas, complementaban la alimentación de las “familias decentes”.

Las comidas a veces se acompañaban con pulque, “bebida alcohólica amada por las plebes y por la pequeña burguesía de la ciudad de México”⁽²⁶²⁾. Según Julio Sesto, las clases “decentes” no eran alcohólicas antes de 1876, pero con el auge industrial el vicio de la bebida alcanzó en ellas “. . . las proporciones alarmantes de una causa disolvente de la sociedad’ . . .”⁽²⁶³⁾ El alcoholismo no se veía en esa época como un mal social, consecuencia del medio ambiente en que privaba la pobreza y la ignorancia, sino como un problema personal únicamente que el mismo individuo debía atacar mediante su fuerza de voluntad.

Funestas consecuencias trajo el alcoholismo a la clase media y a la sociedad en general. Entre ellas el aumento de la delincuencia, de la pobreza y de las enfermedades; de éstas, la tuberculosis fue atribuida en muchos casos al vicio unido a una deficiente alimentación.

La indumentaria servía para reconocer a los individuos pertenecientes a la clase media. El hombre vestía calzado, pantalón, chaqueta, saco de casimir, “a veces corbata. . . plaid como abrigo y fieltro como sombrero”. Aunque en algunas ocasiones usaba levita, su traje común ayudó a algunos individuos de la época a clasificarlos⁽²⁶⁴⁾. El vestido de la mujer era de percal dentro de la casa y “tápalo de mermo negro para la calle”. En el hogar era frecuente el uso del rebozo, sobre todo entre las esposas de menos recursos económicos. Aunque su indumentaria era por lo general sencilla, algunos hombres y mujeres de la clase media trataron de imitar a las personas ricas y elegantes que vestían a la última moda y al estilo francés, pero la calidad de su ropa rara vez igualó a la de aquéllas.

“La clase media. . . tenía que vérselas a diario no sólo con el problema de la habitación y la comida, sino también con el de la servidumbre”⁽²⁶⁵⁾ La insolencia, el robo y la pereza eran comunes en los sirvientes, por lo cual la prensa recomendó a las amas de casa bastarse a sí mismas, reducir sus sirvientes o importarlos de Asia y Africa. La dimensión de algunas casas y los complicados trabajos, especialmente en la cocina, requerían numerosa servidumbre que empezaba a escasear por las nuevas características industriales del país; a veces en las fábricas se conseguía un mejor sueldo. Las mujeres de la clase media no se resignaban a quedarse solas, pues además de necesitar cuando menos uno o dos sirvientes (había quienes tenían como promedio de cuatro a cinco entre las familias de clase media), el ocuparlos demostraba que tenían recursos suficientes para pagarlos. Entre dos y cinco pesos se les pagaba a cada uno mensualmente.

La costumbre de considerar como parte de la familia a los sirvientes, sólo perduró en las pequeñas poblaciones durante el Porfirismo, ya que en la ciudad de México y en las principales de la República, los problemas existentes entre amos y servidumbre los alejaron. Además, este distanciamiento marcaba la diferencia de clase social, siempre mayor en las grandes ciudades que en las otras poblaciones.

(262) Bulnes, *Op. cit.*, p. 140, 141

(263) González Navarro, *La Vida Social*. . . , t. IV, p. 74, 75

(264) Comenta González Navarro que “varios pensadores porfirianos se echaron a cuestras la tarea de clasificar a la sociedad mexicana. . . Quienes atendieron (al) vestido. . . (distinguieron) tres clases sociales: la alta o enlevitada, la media o de chaqueta y pantalón y la baja o calzonuda”. *Ibidem*, p. 383, 385, 395

(265) *Ibidem*, p. 390

Al examinar la vida social de la época porfirista, así como la personalidad y los rasgos morales de los mexicanos de esa sociedad, expusimos algunas características propias de los miembros de la clase media que ahora vamos a sintetizar para cerrar la imagen que venimos dando acerca de su forma de vida.

En este sector social se manifestaron más claramente que en los demás algunas tradiciones morales y religiosas que imperaron en la época. Las virtudes fueron sostenidas por las mujeres principalmente, mientras que los hombres reflejaron los vicios, tales como la vagancia, la infidelidad y el alcoholismo, propios de grandes sectores de la sociedad. Esto no quiere decir, sin embargo, que en el elemento femenino radicarán sólo los aspectos positivos y en el masculino los negativos; significa que en unos y otros se reconocían más fácilmente los principales rasgos de la moral social.

Por otra parte, el hombre participaba más activamente en la vida cultural que la mujer. Esta, confinada al hogar, era considerada como un símbolo de la estabilidad y continuidad de la sociedad; tal vez por ello reflejaba lo positivo del aspecto moral. Sólo excepcionalmente se destacó en las actividades culturales. No obstante que la clase media representaba el sostenimiento de las costumbres y tradiciones morales, en lo que a la religión se refiere, se vivía de acuerdo con ella en mínima parte, ya que no siempre se cumplía con los preceptos que mandaba sino que se practicaba solamente el aspecto exterior de ella. Se deformaba el contenido del cristianismo al considerar, por ejemplo, que la mujer era muy católica por asistir a ceremonias y festividades religiosas, así como por su piedad, falsa o mal entendida muchas veces. Por lo que toca a las diversiones, el hombre las tuvo y disfrutó con mayor frecuencia que la mujer.

3.— *Actuación de un Grupo de la Clase Media en los Acontecimientos Precedentes a la Revolución de 1910.*

Al hablar de las características generales de la clase media⁽²⁶⁶⁾, hicimos notar que muestra cierta inclinación especial hacia las actividades intelectuales y que tiene una cultura a veces superior a la de los demás miembros de la sociedad. Esto, unido a su posición social intermedia, ocasiona que algunos de sus integrantes comprendan mejor y traten de solucionar los problemas en la sociedad de que forman parte.

Durante la época porfirista, un grupo de la clase media, formado casi en su totalidad por intelectuales, empezó a considerar los problemas que afectaban a las mayorías. También participó en la vida política del país, especialmente en los acontecimientos anteriores a la Revolución de 1910. La actuación de este grupo, pensamos que fue decisiva en la caída del régimen y en algunos cesos posteriores. No podemos excluir en el examen de la clase media, a este sector que tuvo una especial importancia y trascendencia.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la sociedad oficial aseguraba que México había comenzado a vivir en una era de paz definitiva y de progreso evidente gracias a la estabilidad y fuerza del gobierno. Como "la Dictadura Porfiriana había llegado a la máxima fulguración de su grandeza, todo el mundo la creía sólidamente construída, en condiciones de perfecta estabilidad, destinada a tener una larga duración, y propicia para el bienestar de todos los mexicanos".⁽²⁶⁷⁾

(266) *Vid supra*, Cap. I, p. 24 y ss.

(267) Molina nríquez, *Esbozo de la Historia*. . . , libro 4o., p. 62



Sin embargo, los errores cometidos por el régimen comenzaron a hacerse sentir, mostrando cada vez más la gravedad de las consecuencias y la dificultad para evitarlas. A pesar del testimonio de que reinaba un optimismo general, se percibía cierta inquietud en algunos sectores de la sociedad. Así lo aseguraban quienes estaban cerca de las acciones del gobierno. Entre otros, López-Portillo decía: “Desde que trasladé mi domicilio a México en 1900, pude observar un gran sentimiento de inquietud en la sociedad metropolitana. . . (a pesar de que) todo marchaba bien en el país aparentemente”.⁽²⁶⁸⁾ Esa actitud se apreciaba no sólo en la ciudad capital, sino en toda la República, según lo expresaba Bulnes en 1903: “. . . ya fuera del porfirismo, había en la nación un no sé qué de amenazador, una promesa revolucionaria que de ninguna boca salía, ni presentaba el aspecto de ninguna fuerza. . .”⁽²⁶⁹⁾.

La causa de que hubiera esa intranquilidad, expresada en conversaciones, libros y periódicos —se pensaba—, era el temor y la desconfianza que se sentía hacia el futuro. “Se veía con claridad que todo lo construido por la Dictadura, se había armado en derredor de un eje central, que era la acción directa del Dictador, y que descansaba, naturalmente, sobre la vida personal del General Díaz”.⁽²⁷⁰⁾ Este había cumplido setenta años, y ante la posibilidad de su muerte próxima, no tenía preparado sucesor ni gobierno impersonal que lo sustituyera. Cansada ya de la Dictadura, “la nación . . . lo que quería eran prácticas políticas, instituciones y leyes efectivas” para el día en que llegara a faltar su gobernante⁽²⁷¹⁾.

En realidad, al enfrentarse a la idea de la ausencia no lejana de Porfirio Díaz, los individuos que pensaban en ella no se quedaban, como algunos, en el temor de un futuro posiblemente anárquico, sino que comprendían que precisamente en la dictadura y en todo lo que ella representaba, se encontraban las causas de muchos males de la sociedad, causas que iban a ocasionar la Revolución de 1910, y que estalló no a consecuencia inmediata de la esperada muerte de Díaz, sino a la continuación de éste en el poder.

Así como el régimen porfirista había tenido aciertos notables durante algunos períodos de su existencia, y los sectores oficiales hacían alarde del éxito alcanzado por él, también había cometido errores graves en diferentes aspectos de su administración.

En el terreno político, varios eran los motivos de descontento por parte de algunos sectores de la sociedad. El gobierno no acataba las leyes, hacía caso omiso de ellas y se extralimitaba en sus funciones. La democracia que proclama la Constitución de 1857, no existía; y por tanto la participación popular en la vida pública, era nula.

Después de treinta años de gobierno, los errores del régimen eran en ocasiones muy visibles. Tal vez el más notorio de ellos era la falta de respeto al voto popular, como lo mostraban las continuas reelecciones del Presidente Díaz. Irritaba la imposición del gobierno, su negativa a permitir una renovación política⁽²⁷²⁾.

Afectaba más directamente a la población las injusticias que constantemente se cometían

(268) López-Portillo, *Op. cit.*, p. 247, 248

(269) Bulnes, *Op. cit.*, p. 337

(270) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia*. . . , libro 4o., p. 129, 130

(271) López-Portillo, *Op. cit.*, p. 358. *Apud*, Francisco Bulnes, *discurso del 21 de junio de 1903*.

(272) Aún sus sostenedores comentaban que el Presidente se había olvidado de que “ningún cargo de elección popular puede ser vitalicio, porque si confiere la representación y supone la voluntad del pueblo, es preciso que éste tenga ocasión de renovar su confianza de tiempo en tiempo, ya porque el funcionario puede cambiar de conducta, ya porque el pueblo no es el mismo en el transcurso de diez años (o más)”. Rabasa, *Op. cit.*, p. 271

con ella. La igualdad civil había servido para terminar con las diferencias raciales y contribuía a la formación de una sola raza, la mestiza o nacional,⁽²⁷³⁾ pero en la práctica, no existía la igualdad entre los hombres ante la ley, ya que algunos disfrutaban de privilegios o prioridad, que los demás no tenían.

Esta situación, sufrida por las mayorías, sólo era captada por aquellos que tenían conocimiento o que estaban relacionados por su trabajo con las actividades del gobierno, ya que los sectores afectados poco o nada entendían de política.

Porfirio Díaz y los sostenedores de su gobierno, fingían tener una fe ciega en la Constitución y en la vida democrática del país; sin embargo, había entre ellos algunos que para justificar la dictadura, afirmaban que las leyes mismas eran el origen de la falta de una verdadera democracia, puesto que no eran adecuadas para el pueblo que se habían hecho, o bien, que eran erróneos algunos de los postulados sostenidos en dichas leyes.⁽²⁷⁴⁾

El pueblo manifestó de diversas maneras y en distintas épocas el descontento que sentía hacia el gobierno. Especialmente en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del XX, cuando ya la duración del régimen había cansado a numerosos grupos de la sociedad, éstos empezaron a hacer sentir su participación en los acontecimientos políticos del país. De la clase media surgieron los principales opositores de la dictadura, que dirigieron la acción de otros de su misma clase o de la clase baja principalmente. Así, entre otras, “fueron brutalmente reprimidas, en el año de 1893, las vigorosas manifestaciones populares a favor de una representación efectiva del pueblo en los negocios públicos, organizada por algunos políticos independientes, periodistas, obreros, etc., los cuales fueron reducidos a prisión y condenados a severas penas, exceptuando a los que lograron ponerse a salvo al otro lado de la frontera internacional”.⁽²⁷⁵⁾

Las represiones del gobierno no lograron acabar con la oposición, que siguió manifestándose en diversos lugares del país, y que se organizó definitivamente a principios del siglo. “Fue, hasta 1901, cuando nació el primer esfuerzo coordinado con un programa político a cumplir y con principios sociales a desarrollar”. Este esfuerzo se debió al grupo político liberal denominado *Ponciano Arriaga*, y que dirigía el ingeniero Camilo Arriaga en San Luis Potosí. “Los elementos que lo integraron perseguían, como objetivo concreto, el de una transformación radical en la vida de la nación”.⁽²⁷⁶⁾ En el congreso convocado por ellos y reunido el 5 de febrero de 1901, se atacó al régimen por todos sus errores cometidos; Juan Sarabia y Ricardo Flores Magón pronunciaron discursos en los cuales criticaron duramente al gobierno. Al año siguiente, en una nueva reunión de liberales, fueron detenidos todos los presentes y enviados a prisión acusados de rebelarse contra el gobierno.

En vez de desorganizarse, la oposición se ramificó y adquirió fuerza. “La prensa opositora, perseguida, se reproducía constantemente bajo la creciente audacia de los periodistas independientes cuyos nombres se popularizaron en la lucha contra la dictadura”.⁽²⁷⁷⁾

En la entrevista que Porfirio Díaz concedió al reportero norteamericano James Creelman en

(273) Idea sostenida por algunos pensadores porfiristas. *Vid infra*, Cap. V, p. 168, 175. Cfr. Molina Enríquez, *Las Clases Sociales*. . . , p. 26; *Los Grandes Problemas*. . . , p. 37; Mendizábal, *Las Clases Sociales*. . . , p. 20

(274) Rabasa sostenía la primera idea y Sierra la segunda. Véanse respectivamente: *La Constitución y La Dictadura*. . . , p. 93, 94, y *Evolución Política*. . . , p. 208

(275) Ricardo García Granados, *Historia de México desde la Restauración de la República en 1867, hasta la Caída de Huerta*, México, Ed. Jus, 1956, t. II, p. 12

(276) Mancisidor, *Op. cit.*, p. 51

(277) *Ibidem*, p. 53

1908, entre otras cosas declaró que el pueblo mexicano estaba ya apto para la democracia; que por tanto él se proponía dejar el poder en 1910, y que vería con agrado el surgimiento de partidos de oposición que entraran al libre juego político. “Poco tiempo después, cuando la parte del pueblo mejicano que se interesa por los negocios públicos, tomando por lo serio las . . . palabras (de Díaz), entró en acción, formó partidos y clubes, expidió proclamas, celebró mítines, y eligió sus candidatos, la cólera de Díaz hizo explosión. . . y dió lugar a violencias inauditas, que encendieron las pasiones populares. . . Síntomas de ansiedad aparecían por todas partes. Escritos y folletos alarmantes habían circulado, despertando por dondequiera un profundo interés”.⁽²⁷⁸⁾

La organización de los partidos políticos fue una de las expresiones más claras de la participación de la clase media en la vida política del país. Su formación era síntoma de la destrucción del régimen, como sus mismos sostenedores lo presentían.

Un doble propósito animaba a los opositores de la dictadura que pretendían su destrucción: establecer un nuevo orden político a cuya cabeza estuvieran ellos, es decir, los que se consideraban más representativos de la clase media; y, por otra parte, establecer un orden más justo para la sociedad entera, especialmente para los sectores más oprimidos, correspondientes, desde luego, a la clase baja y a una gran mayoría de su misma clase.

Anteriormente hemos señalado que un sector de la clase media había logrado su ascenso social hacia 1867, gracias a la obtención del poder; pero que posteriormente se vió desplazado de los cargos políticos importantes en la época porfirista, por lo que volvió a quedar colocado en la clase de que provenía, o bien, quedó insertado en los niveles inferiores de la clase superior⁽²⁷⁹⁾. La inconformidad por esta situación tenía oportunidad de manifestarse nuevamente en los últimos años del régimen.

Nos dice Bulnes que “estudiando, no leyendo la historia de México, se nota. . . , enérgico e imperturbable, un fenómeno: la lucha por el poder, de las clases sociales. . .”. En su época, Porfirio Díaz logró “arrebatar el poder de la mesocracia y fincarlo en las clases ricas. . . Indudablemente que la obra política del General Díaz, significaba una obra de destrucción, de lo que habían hecho sesenta años de anarquía, cumpliendo con una ley de evolución, que era la del poder público descendiendo de los menos á los más, de los ricos á los pobres, de los privilegiados á los desheredados de levita”.⁽²⁸⁰⁾

Diversos testimonios existen acerca del propósito de la clase media de tomar en sus manos el poder y arrebatarlos a quienes lo tenían. Refiriéndose a esos grupos de la época, comenta Zea: “Existen otras clases sociales que también quieren alcanzar el puesto privilegiado: nuestros políticos positivistas no les niegan el derecho; lo único que les dicen es que aguarden, que esperen a que la sociedad mexicana esté capacitada, a que haya llegado el grado de evolución que es menester para poder adoptar tales ideas. . . ¿Quién va a resolver que este tiempo ha llegado? Esta era una cuestión a la que no podían dar respuesta quienes estaban interesados en que se mantuviese un determinado estado de cosas.”⁽²⁸¹⁾

Por su parte, Francisco Bulnes afirmaba que “. . . las clases clásicas directivas habían perdido la noción de virilidad, no así las clases populares y sub-populares. La clase social que pierde la virilidad, pierde el título de soberanía sin el cual no puede haber gobierno”. De lo que deducimos

(278) López-Portillo, *Op. cit.*, p. 375, 382

(279) *Vid supra*, Cap. II, p. 48, Cap. III, p. 75, 76

(280) Bulnes, *Op. cit.*, p. 363

(281) Zea, *Op. cit.*, p. 244, 245

que debían abandonar estas ‘clases clásicas directivas’ el poder, y dejarlo en manos de las demás. Hay que hacer notar que Bulnes pertenecía al grupo positivista de los Científicos, por eso no reconoce que fueran éstos los privilegiados, sino que en su concepto lo eran los ‘aristócratas multimillonarios y católicos’ en quienes Díaz había depositado el poder político.⁽²⁸²⁾

El mismo Porfirio Díaz había reconocido ‘que la democracia tiene que apoyarse para subsistir en la clase media. . . , (clase que) se preocupa por la política y el progreso’. Sin embargo, comentando estas afirmaciones, pensaba Lopez—Portillo que aún no había llegado el momento para que la clase media asumiera el poder, porque ‘no (era), por desgracia, bastante numerosa todavía para desempeñar las funciones salvadoras que (debían) serle encomendadas’.⁽²⁸³⁾

En las palabras de Emilio Rabasa también podemos encontrar esa aspiración de la clase media por ascender de posición: ‘. . . la apelación al derecho y á las verdades absolutas —decía—, que se muestran como ideales para agitar á los pueblos, conmueven y exaltan á la mayoría consciente, que vive de aspiraciones, porque las realidades de la existencia hacen propender á los impacientes a un estado nuevo que siempre suponen mejor’ Según este historiador, la parte ‘consciente’ de la sociedad estaba formada por un grupo de ciudadanos que ‘medita sobre los problemas de nuestra existencia política’, gracias a que posee una educación especial. Esos ciudadanos se identifican con el concepto que Rabasa tiene del ‘pueblo’: ‘Para la vida política, para los destinos de un país, el pueblo es la parte de la sociedad que tiene conciencia de la vida nacional. . . ; lo inconsciente no es pueblo’⁽²⁸⁴⁾ Así pues, la clase media, además de aspirar a un ascenso social, se interesaba por los asuntos políticos del país.

Siguiendo esta idea del significado del término ‘pueblo’, para Justo Sierra ‘el pueblo elector, no el analfabético (está formado por un grupo) muy considerable (que) tiene personalidad, suele estar en contacto con las pasiones o necesidades locales y a veces con la política en general; (es en) ese pueblo, en donde residen más o menos latentes los elementos genésicos de la democracia’.⁽²⁸⁵⁾

Precisamente, algunos sectores de la clase media reunían las condiciones necesarias para formar el ‘pueblo político’ del que hablaban Rabasa y Sierra⁽²⁸⁶⁾ Y de esos sectores era el más importante el intelectual—profesionista. Los estudiantes jóvenes formaban en él un grupo con inquietudes espirituales y materiales que empezaban a manifestar en diversas actividades, entre ellas, la política.

En los últimos años del régimen, al lado de las manifestaciones en contra del gobierno realizadas por individuos de cierta preparación y experiencia profesional, surgieron grupos de estudiantes interesados en cambiar el orden de cosas existente. Representativo de ellos fue la generación del Ateneo de la Juventud, que entre sus ideales sostenía el de la renovación política, al igual que lo pedían amplios sectores de la sociedad.⁽²⁸⁷⁾

(282) Bulnes, *Op cit.*, p. 355, 363

(283) López—Portillo, *Op cit.*, p. 373

(284) Rabasa, *Op cit.*, p. 163, 11, 12, 94

(285) Sierra, *Op cit.*, p. 280

(286) Había un inusitado interés estudiantil que confirmaba las teorías de Rabasa y Sierra respecto a la vida política del país, sobre la que reflexionaban los ciudadanos conscientes. Así lo testimoniaba Alfonso Reyes al decir que anteriormente ‘la opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes (realizado en 1910) los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos’ Alfonso Reyes, *Universidad, Política y Pueblo* Pról. de José Emilio Pacheco, México. U N A M, 1967

(Lecturas Universitarias), p. 140

(287) ‘Esta generación expresaba el descontento que sentía la sociedad mexicana contra un orden que había ido reduciendo las libertades en provecho de un grupo cada vez más estrecho’ Zea, *Op cit.* p. 439

Rechazaban estos jóvenes la cultura inauténtica en que habían sido formados, y empezaban a declararse en contra de la filosofía positivista. En 1906 un numeroso grupo de estudiantes y escritores jóvenes se congregaban en torno a un mismo afán: romper el cerco de una cultura que ya no les satisfacía. *Savia Moderna*, fue el nombre de la publicación en la que esta generación expuso sus anhelos. Pero no fue sino hasta 1910 cuando se hizo más clara y plena la inquietud de la nueva generación y su repulsa ante el positivismo: con las conferencias del Ateneo de la Juventud: (288)

Esta "Generación del Centenario" como también se le ha llamado, pedía una liberación espiritual. "Mejor que nadie, Alfonso Reyes nos ha descrito la sensación de ahogo de aquellos jóvenes, su conciencia de haber sido educados en una impostura, su ansia por quebrar las formas que los oprimían. Todo en esa generación es anhelo de apertura. (Se pretende) por un lado, romper las formas enajenantes; por el otro, retraer la cultura a la vida, fincarla de nuevo en la tradición y en la realidad nacionales (289) Las nuevas generaciones estaban hartas de materialismo y tenían sed de doctrinas más nobles y elevadas que las enseñadas hasta entonces" (290)

Destruyendo las bases ideológicas en que se había apoyado el régimen, destruían también el orden político y social del mismo. A una filosofía de lo inmutable basada en las leyes naturales, oponían estos jóvenes "una filosofía de lo dinámico: todo cambia, inclusive la materia. Nada hay firme y seguro" Con esta tesis se justificaba la destrucción del orden establecido. La nueva generación está afirmando el cambio de todo cuanto existe, hasta de lo que más firme parecía, y con ello afirma también el cambio de una situación social que aparecía como permanente. El movimiento implica aquí el desplazamiento de un grupo social por otro. Consciente o inconsciente, se ofrecía una teoría que justificaba el cambio político o social anhelado por los mexicanos en esta época" (291)

Todas estas ideas expresan claramente el doble propósito que animaba a este grupo de la clase media en su destrucción del régimen, y que afirmamos anteriormente: el ascenso al poder y el cambio de posición social implícito en el mismo, por una parte, y el establecimiento de un orden político y social más justo para las mayorías, por otro. Pero además, la revolución que se aproximaba también se hacía manifiesta en las ideas de la clase media, que si bien deseaba cambios radicales en el orden establecido, no quería que estos se llevaran a cabo por medio de la violencia. (292) En los acontecimientos de esa revolución, la clase media intervendría no sólo con sus ideas sino también con sus acciones

El objeto de esta tesis es únicamente el estudio de la clase media durante el régimen porfirista, por ello será señalada su actuación sólo en los inicios de la etapa revolucionaria, primero en el aspecto político, que es el que venimos examinando, y después en el aspecto social.

La revolución que aún no estallaba, se venía presintiendo, como lo indicaba aquella

(288) *Ibidem*, p. 438 Cfr., Reyes, *Op. cit.* p. 150, 157 y ss.

(289) Villoro, "La Cultura Mexicana." p. 198.

(290) López-Portillo *Op. cit.*, p. 341

(291) Zea, *Op. cit.*, p. 452, 253

(292) Cuando Madero pidió al Dr. Francisco Vázquez Gómez que se le uniera en los Estados Unidos para iniciar la Revolución, éste le envió una carta diciéndole "no podemos saber hasta dónde nos llevará la revolución ni podemos prever todo lo que traerá como consecuencia porque si se sabe dónde, cuándo y cómo se empieza, nunca se puede prever dónde, cuándo y como se acaba" Mancisidor, *Op. cit.*, p. 107. *Apud*, Dr. Francisco Vázquez Gómez, *Memoria Fotográfica*. Al igual que el Dr. Vázquez Gómez, se negaron a participar en la Revolución en un principio otros amigos de Madero demostrando con ello la contradicción ideológica propia de su clase, que es a la vez conservadora y progresista. *Vid supra*, Cap. I, p. 26, 27

inquietud y temor ante el futuro que experimentaba la sociedad en los primeros años del siglo XX. Los intelectuales, tanto jóvenes como adultos, empezaban a darse cuenta de ello. Comenta Alfonso Reyes que en la función conmemorativa organizada en honor de Gabino Barreda en 1908, se pronunciaron “una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérselo propuesto—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron atónitos. . . El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se encontraban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que que allí amanecía la Revolución” (293)

Los acontecimientos sucedidos en 1910 con motivo de las elecciones presidenciales, indignaron a numerosos sectores de la sociedad, que esperaban que el gobierno respetara el voto emitido. La clase media se percató de que ‘nada hay que dé mayor conciencia del propio derecho que el hacerlo prevalecer por la fuerza’ (294) Comenzó entonces la acción revolucionaria encabezada por Madero, quien pertenecía a la clase elevada, y fue seguido inicialmente por miembros de la clase media. Los opositores del régimen habían tratado de despertar ‘conciencia ciudadana’ en el pueblo mexicano, y lo habían logrado gracias a la difusión de sus ideas por toda la República. Las giras realizadas por Madero, antes y después de haber sido lanzado como candidato a la presidencia, eran el testimonio más claro de la influencia y el éxito que tenían las ideas proclamadas por la clase media sobre la inferior.

Se incitaba a la lucha contra un gobierno que no cumplía con las leyes ni respetaba la voluntad nacional. “No más reelecciones, sufragio efectivo; tal (era) el programa de la revolución que iba a dar fin al gobierno de Díaz’ (295) Pero al mismo tiempo, se ofrecían cambios sociales, benéficos para las mayorías, lo que logró el apoyo completo de la clase baja a la Revolución.

La clase media, especialmente su sector intelectual, fue la que en gran parte destruyó la dictadura: “Al general Díaz no lo derribó el pueblo, porque ya cuando una parte se levantó, el demiurgo estaba tirado retorciéndose en el lecho de sus desaciertos —comenta Bulnes—. Quienes lo tiraron fueron Diódoro Batalla, Heriberto Barrón, Heriberto Frías, Juan Sarabia, Filomeno Mata. . .”, es decir, todo aquel “proletariado intelectual” que Díaz consideraba “su basura, lo estuvo pisando muchos años, le llamaba ‘caballada’. . .” Para lograr su triunfo, esta clase social tuvo que apoyarse en otros sectores de la sociedad, especialmente en los populares: “cuando las clases medias hacen revoluciones, los pueblos. . . aprueban la revuelta y derrocan al infeliz gobierno” estatuido. De los demás sectores sociales, gran parte del elemento burócrata perteneciente a la clase media o a la clase baja, que hasta ese momento se había mostrado adicto y servil al régimen, se sumó a la acción revolucionaria, demostrando con ello que sólo por conveniencia personal habían prestado su apoyo a la dictadura (296)

Ese sector burócrata había buscado también a su vez apoyarse en un grupo militar

(293) Reyes, *Op. cit.*, p. 159

(294) Rabasa, *Op. cit.*, p. 12

(295) Zea, *Op. cit.*, p. 432, 433

(296) Bulnes, *Op. cit.*, p. 348, 253 Refiriéndose al grupo burócrata mencionado, decía Bulnes: “tan pronto como el Cesar tambalea por el viento que trae revolución, la familia del esclavo burócrata le avisa para que se prepare para traicionar; para lo cual, se halaga a cualquier antirreeleccionista pujante a quien el día anterior se le negaba el saludo y se temía su contacto. . . Al día siguiente de la victoria revolucionaria, con saña de ganso, el burócrata persigue a sus amigos de ayer. . . ; él jamás ha transigido con la tiranía. . .” *Ibidem*, p. 49

encabezado por Bernardo Reyes, quien representaba a los nuevos opositores del régimen en sus postrimerías, porque “en el seno de una dictadura surgida del poder del partido militar. ., se suscitaba una lucha interna, a ratos disimulada, en otros violenta, que mermaba cada vez más la fuerza del régimen”.⁽²⁹⁷⁾ En torno a la figura de Reyes se agruparon entonces varios miembros de la clase media, ya que este general era “ídolo del medio pelo social; fascinación de todos los estudiantes de la República. . .; única esperanza de los descontentos, de los despechados, de los fatigados del porfirismo, de los hastiados con su propio servilismo”⁽²⁹⁸⁾, según palabras de Bulnes. Cuando Reyes desapareció del escenario político, la mayoría de sus adictos acabaron por formar parte de las filas maderistas que lograron el triunfo político de la revolución.

Así, la primera etapa de la Revolución Mexicana quedó realizada gracias en gran parte a la dirección y participación de algunos miembros de la clase media, según hemos visto.

Hasta el momento nos hemos referido a los errores que tuvo el régimen en materia política, que provocaron el descontento de la sociedad y dieron lugar a la revolución que terminó con la dictadura. Ahora vamos a tratar de los problemas sociales que no atendió el gobierno y que fueron las causas reales y profundas del malestar casi general que había en esos momentos en el país. La clase baja, especialmente el sector campesino, fue la que hizo la revolución social. Pero en ésta también intervino la clase media de una manera importante, como posteriormente veremos.

La sociedad oficial estaba demasiado ocupada con sus problemas para darse cuenta de los que tenían los sectores por ella oprimidos. Los allegados al régimen no comprendían que el malestar social iba en constante aumento y no se interesaban por investigar sus causas y menos aún por tratar de remediarlo. Muchos de ellos tenían “la idea de que los hombres que alteran el orden social o político, lo hacen siempre por espíritu de congénita perversidad”; no veían que detrás de esas perturbaciones se encontraba la insatisfacción común de necesidades fundamentales para la vida, que había “que corregir modificando el estado social que los (producía)”, en vez de atacar a los grupos sociales que manifestaban su inconformidad⁽²⁹⁹⁾. “El positivista José Torres (afirmaba) que el positivismo no fue el responsable del malestar social durante el Porfirismo y la crisis revolucionaria posterior. (Añadía) que. ‘a la psicología de nuestra raza, a nuestra evolución social. ., y no a doctrinas filosóficas que nunca han penetrado en la conciencia de las multitudes, es a lo que, con toda razón, debe atribuirse. . el desastre nacional’. ”⁽³⁰⁰⁾. Con ello demostraba lo lejos que se encontraban de la realidad los que como él pensaban.

Nos dice Mendieta que “los Gobiernos, para responder a las críticas de los defensores del proletariado y para mantener la paz, desarrollan una política de asistencia y servicio social en favor de la gente desvalida, invirtiendo en esa política, grandes recursos del erario público”⁽³⁰¹⁾. No fue éste desde luego el caso del gobierno de Porfirio Díaz, como inclusive algunos de sus mismos allegados lo reconocieron.⁽³⁰²⁾

(297) Mancisidor, *Op. cit.*, p. 50

(298) Bulnes, *Op. cit.*, p. 92

(299) Molina Enríquez, *Esbozo de la Historia. .*, libro 3o., p. 148, 149

(300) Zea, *Op. cit.*, p. 33. *Apud*, José Torres, *La crisis del Positivismo*, trabajo inédito

(301) Mendieta y Núñez, *Op. cit.*, p. 139

(302) Decía Bulnes que Díaz cometió el error de “expulsar de su pesnamiento y de su sentimiento, a las clases pobres populares, para (él) no existían. De tanta omnipotencia jamás salió una ley en favor de los desamparados; se concebía el progreso, pero sin los miserables, y para ellos, en treinta años, no hubo ni un aumento de salario ni un aumento de piedad. . La revolución tenía que venir. . : ‘lo hecho no puede deshacerse’ ” *Op. cit.*, p. 363, 364. Así lo preveían también “gentes de tan diversa ideología como el jacobino Mateos, el católico Sánchez Santos y Justo Sierra” González Navarro, *La Vida Social. .*, t. IV, p. 811, 812

La prueba más clara de que al gobierno no le preocupaban las condiciones de vida y los sufrimientos padecidos por los miembros de la clase baja, a los que anteriormente hemos hecho referencia⁽³⁰³⁾, la tenemos en las diversas manifestaciones de carácter social que surgieron en contra del gobierno. Así como las hubo en el aspecto político, en los últimos años del régimen también aparecieron otras manifestaciones, síntomas claros del descontento reinante entre los sectores más numerosos y oprimidos del país. Eran éstos el campesino y el obrero, es decir, el elemento rural y gran parte del urbano pertenecientes a la clase social inferior.

En diversos lugares de la República surgieron rebeliones de campesinos despojados o de indígenas que guardaban condición de esclavos de los ricos latifundistas, rebeliones que siempre fueron sofocadas mediante la fuerza empleada por el gobierno.

Por lo que se refiere a los obreros, éstos recurrieron para defenderse de sus opresores y para conseguir un mejor nivel de vida, a las cooperativas, sociedades mutualistas y huelgas⁽³⁰⁴⁾. Fueron las últimas las que tuvieron mayor importancia para dar a conocer la situación del obrero y la actitud que el gobierno asumió ante ella.

Diversas circunstancias contribuyeron a crear en el país “un capitalismo incipiente, pero capitalismo al fin, y con él todos los elementos de inestabilidad de la sociedad moderna”⁽³⁰⁵⁾. Los conflictos surgidos entre los dueños de las industrias y sus empleados, fueron una consecuencia de ese capitalismo apenas naciente en México. Pero los ricos industriales nunca se preocuparon por mejorar las condiciones de trabajo de sus obreros y por ello éstos tuvieron que recurrir a las huelgas. El derecho de huelga no existía en México “. . . por prohibición legal, si no expresa, sí claramente implícita en la legislación basada en la teoría de la no intervención del estado en las relaciones humanas, y en el principio individualista como objeto de las instituciones sociales”.⁽³⁰⁶⁾ Por ello el gobierno intervino en varias ocasiones a favor de los empresarios, en lugar de atender a los problemas planteados por los obreros. Las huelgas del mineral de Cananea, Son., en 1906, y la de Río Blanco en Veracruz en 1907, fueron sofocadas por medio de la fuerza y en ellas murieron no sólo obreros sino también algunos de sus familiares. No era la primera vez que el gobierno reprimía de esta manera las manifestaciones populares que denunciaban el malestar existente, pero el conocimiento de su conducta se extendió a varios lugares, lo que hizo que la opinión pública expresara su indignación y condenara los crímenes cometidos por el régimen.

En materia social, no era lo más grave la actitud asumida por el gobierno, sino el que éste hubiera propiciado una estructura social rígida, en la cual la riqueza se encontraba injustamente distribuída.

Por eso es que en las clases sociales se manifestaba con cierta intensidad el antagonismo existente entre ellas, aumentado a medida que pasaba el tiempo, hasta convertirse en una lucha latente⁽³⁰⁷⁾. Consecuencia del monopolio económico y político lo era también el ocupacional, lo que acentuaba el desprecio hacia la clase privilegiada, como lo hace notar López-Portillo⁽³⁰⁸⁾.

(303) *Vid supra*, Cap. III, p. 80, 81

(304) *Ibidem*

(305) Cosío Villegas, *Historia Moderna*, . . ., *El Porfiriato*, t. IV, “Introducción”, p. XXIII

(306) Mancisidor, *Op. cit.*, p. 61. *Apud*, Vicente Lombardo Toledano, *La Libertad Sindical en México*.

(307) Comentaba López-Portillo que el “gigantesco monopolio” económico de la clase alta “exasperaba los ánimos de los que miraban aquel auge inaudito y aquella preponderancia nunca vista, desde las tinieblas de la modestia o de la pobreza; e iban levantando en torno de los favorecidos por la suerte, una tempestad terrible de ira y de pasiones, que amenazaba estallar a cada momento. . .” *Op. cit.*, p. 269, 271

(308) *Vid supra* Cap. III, p. 76, 77; *Vid infra* Cap. V, p. 182

En los primeros años del régimen, la oposición y diferencias sociales surgidas en la nueva estructura, empezaban apenas a manifestarse, por eso es que no se apreciaban aún sus consecuencias. Así, refiriéndose a los conflictos existentes entre obreros y patronos hacia 1880, manifestaba *El Monitor Republicano* “que siempre había existido una lucha latente, pero efectiva, entre ricos y pobres, aunque en México las costumbres habían borrado estas odiosas diferencias”⁽³⁰⁹⁾. Por el contrario, nosotros consideramos que precisamente algunas costumbres de las diversas clases sociales, contribuían a acrecentar el antagonismo entre ellas.

Cuando ya la dictadura porfirista se había establecido definitivamente, los ataques dirigidos a la clase alta se expresaron principalmente contra el grupo positivista, principal sostenedor del gobierno. Se despreciaba a “los científicos” no sólo por su posición económica y política, adquiridas sobre la injusticia, sino por las ideas que sostenían acerca de sí mismos y del resto de la sociedad.

En los últimos años del régimen, los intereses sociales se identificaron en buena parte con los políticos, unidos ya al formarse los diversos partidos de oposición al gobierno. Entre algunos miembros de la clase media y de la clase alta fueron notorios los ataques y ofensas que se dirigieron, por medio de la prensa y de discursos, principalmente.⁽³¹⁰⁾

Al estallar la Revolución de 1910, la violencia permitió apreciar el fuerte antagonismo que ya existía entre las diversas clases de la sociedad. De los ataques verbales se pasó a los acontecimientos armados, que indicaban el tránsito hacia los cambios radicales. Nos dice Mendieta que “el resentimiento social se pone de manifiesto, con toda su trágica realidad en las revoluciones. La historia nos dice cómo durante ellas, la clase media y baja se ensañan cruelmente contra los miembros de la clase alta como si quisieran saciar en ellos, ese oscuro, subconsciente odio motivado por la discriminación clasista”⁽³¹¹⁾.

Los problemas sociales que no preocupaban al gobierno ni a la clase privilegiada que lo sostenía, sí interesaban a los demás miembros de la sociedad, por el hecho de ser ellos los afectados en mayor o menor grado. Aunque el sufrimiento de los individuos pertenecientes a la clase media no era comparable al de los sectores inferiores, algunos de aquéllos deseaban una estructura social nueva que beneficiara a las mayorías. Era éste otro de los propósitos que animaba a los opositores del régimen, conscientes de la situación.

Por eso es que este sector no se conformó con el triunfo político alcanzado en 1911, al ver que el Maderismo no respondió al cambio en la estructura social que ellos y la clase baja reclamaban. Siguió entonces influyendo con sus ideas en la acción popular.

Trataremos de demostrar a continuación el interés que había en este sector —por mínimo que fuera— de la clase media, por todos aquellos asuntos que afectaban a las mayorías, así como la influencia que tuvo en el aspecto social de la Revolución Mexicana.

En el grupo de intelectuales fue en donde también aparecieron los individuos preocupados por los problemas sociales y su resolución, ya que a los sectores más acomodados de la clase media (el independiente y algunos individuos que trabajaban para los ricos, o bien sometidos al

(309) González Navarro, *La Vida Social*. . . , t. IV, p. 301

(310) Fueron célebres, por ejemplo, los artículos publicados en los diarios *El Debate* y *El Imparcial*, que atacaban a todos los antirreeleccionistas.

(311) Mendieta, *Op. cit.*, p. 125

régimen por conveniencia propia) no les afectaba tanto el orden existente y por ello preferían conservar lo que con su trabajo habían logrado adquirir, justificando con ello, voluntaria o involuntariamente, el derecho de propiedad de los que ilegalmente habían adquirido sus bienes⁽³¹²⁾.

Anteriormente afirmamos que un grupo de intelectuales había estudiado una carrera profesional con el propósito de prestar sus servicios a la sociedad, y no solamente por vocación o interés personal. Eran en su mayoría el sector educado por “viejos maestros liberales. . . , que se encargaron de preparar la mente de la generación que ya al principiar el siglo XX lanzaba su grito de combate exigiendo el fin de la aventura porfirista. . .”. Pertenecieron a esa generación “hombres conscientes de sus libertades y de las responsabilidades que estas libertades implicaban”. Querían el “mejoramiento de las clases que habrían de servir de base a la nación moderna que se deseaba crear. . . Nuevamente la marcha hacia el progreso pero sin olvidar al trabajador del campo y de la fábrica, de cuyo bienestar y prosperidad habría de depender también la pujanza de lo que sería una burguesía mexicana auténtica”⁽³¹³⁾.

La reflexión sobre las cuestiones sociales tuvo lugar durante todo el tiempo que duró la dictadura y no sólo a finales de ella, cuando la crisis revolucionaria ya se presentía. Intelectuales de diversas tendencias ideológicas, pero pertenecientes a la clase media, ofrecieron sus soluciones a los problemas de la época que afectaban a la sociedad. Pedían ellos algunas reformas o cambios trascendentales en la estructura social, acercándose, en este último caso, a las ideas revolucionarias.⁽³¹⁴⁾

Fue hacia 1910 cuando se difundieron y se manifestaron con mayor fuerza, todas las ideas y teorías que pedían justicia para los sectores oprimidos de la sociedad; las circunstancias y el ambiente que prevalecía así lo permitieron. “Después de su ‘Conferencia Creelman’, que debe denominarse la ‘Conferencia de la Estupidez’ –decía Bulnes–, Díaz dió permiso a todos los demagogos, a todos los socialistas, anarquistas, nihilistas. . . , terroristas, laboristas, locos, para su libertinaje de periódico, de tribuna, de libro, de folleto, de conferencia, de cátedra. . . , para que abrieran campaña, durante tres años, contra el orden social e hicieron todo lo posible por sacudir, despertar, exaltar, enloquecer a la clase popular”⁽³¹⁵⁾.

(312) Sucedió que en nuestra clase media de la época porfirista, se estaba manifestando aquella característica propia de esta clase social, y que es “la contradicción ideológica en que constantemente se debate: es por una parte conservadora, y por otra progresista” El sector progresista, gracias a su cultura y al sentido ético que posee, analiza críticamente a la sociedad en que vive, y de él salen “grandes revolucionarios, grandes reformadores, los apóstoles de la justicia social” *Vid supra*, Cap I, p 26, 27

(313) Leopoldo Zea, *Del Liberalismo a la Revolución en la educación mexicana*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956 (Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, No 4), p. 108, 109. Los hermanos Flores Magón, Jesús, Ricardo y Enrique, fueron un ejemplo de individuos de la clase media que defendieron los intereses de la clase baja y estuvieron siempre dispuestos a buscar solución a los problemas que les plantearon. Refiere Enrique que su padre inculcó en ellos el odio al régimen porfirista y la idea de establecer una verdadera justicia social. Cuando murió don Teodoro Flores, siendo aún niños, “se robusteció nuestra decisión de hacernos abogados –comentaba Enrique– Por medios legales aprenderíamos a combatir el despotismo del tirano, y así ayudaríamos a remediar la miseria mortal del pueblo” En su vida de estudiantes preparatorianos, lograron que muchos de sus compañeros pensaran igual que ellos. Samuel Kaplan, *Pelemos contra la injusticia. Enrique Flores Magón, precursor de la Revolución Mexicana, cuenta su historia a Samuel Kaplan*, México, Libro Mex—Editores, 1960, t. I, p. 29, 42, 9

(314) Opositores al régimen, entre otros, eran “los liberales avanzados”, que se dividieron entre los que veían la única salvación para la Patria en la generalización de la instrucción pública primaria y los que aseguraban que sólo había que levantar el nivel económico de las masas”; algunos de ellos expusieron la relación de ambos factores para lograr un equilibrio y un progreso real. García Granados, *Op. cit.*, t. II, p 16 *Cfr.*, González Navarro, *La Vida Social*, t. IV, p 273 y ss.

(315) Bulnes *Op. cit.*, p 425, 426

Este sector de la clase media, interesado en lograr cambios trascendentales en la sociedad, tenía fe en sus ideales, entusiasmo y voluntad para realizarlos. Sabía que sus ideas serían escuchadas porque tocaban asuntos que interesaban a las mayorías. Si había logrado despertar interés en los asuntos políticos del momento, con mayor razón lo haría con respecto a cuestiones sociales que les atañían directamente. Porque “hablar de los abusos del Gobierno, de los agravios de cada individuo, de los males padecidos por cada pueblo y de los peligros de la Nación, era encontrar resonancias en todos los odios, hacer resentir á la vez los ultrajes recibidos y los afanes de reivindicación, de reparación”.⁽³¹⁶⁾

Cuando surgieron los diversos partidos políticos de oposición, pudo comprobarse que no únicamente se pretendía cambiar la forma de gobierno, sino la estructura misma de la sociedad⁽³¹⁷⁾.

Al estallar la Revolución, las ideas del grupo minoritario intelectual pertenientes a la clase media, impulsaron a la acción a los sectores humildes de la sociedad. Gracias a estas ideas, la clase baja inició la lucha por sus intereses, ya que “las clases populares jamás se levantan solas, necesitan caudillos proporcionados por las clases superiores”⁽³¹⁸⁾. Y precisamente, “de la clase media salieron no pocos caudillos y quizás los mejores de la Revolución de 1910”⁽³¹⁹⁾.

Posteriormente, la ideología revolucionaria fue paralela a los acontecimientos; “se fue elaborando al calor mismo de la lucha”⁽³²⁰⁾. La clase media siguió participando en la revolución, tanto con su pensamiento como con sus acciones. Pero ahora era el pueblo el que realizaba mediante la fuerza de las armas, la consecución de sus ideales. Por eso que “la revolución, si bien (comenzó) dirigida por una pequeña burguesía, pronto (recibió) el sello de las clases más oprimidas”⁽³²¹⁾.

De esta manera, podemos afirmar que un sector perteneciente a la clase media, importante por sus características, contribuyó a la realización de transformaciones decisivas en la sociedad de que formaba parte; con su participación en los acontecimientos anteriores a la Revolución Mexicana de 1910, y durante los hechos que tuvieron lugar en ella, proporcionó en cierta medida una nueva dirección a la vida del país.

(316) Rabasa, *Op. cit.*, p. 38, 39.

(317) Los programas de estos partidos pueden verse en: López—Portillo, *Op. cit.*, p. 387 y ss. y en Manuel González Ramírez, *La Revolución Social de México*, México, F.C.E., 1960 (Vida y Pensamiento de México), v. 1. p. 253 y ss. Las promesas de reivindicación social fueron las que impulsaron más decididamente a la clase popular a luchar contra el gobierno establecido. Esas promesas se dieron a conocer en los programas y planes políticos elaborados muchas veces por miembros de la clase media. “A Emiliano Zapata nunca le importaron gran cosa las cuestiones políticas —comenta Silva Herzog—; él se levantó en armas en contra del régimen de Díaz, porque le encendió el alma la promesa del artículo 3o. del Plan de San Luis. . .” Jesús Silva Herzog, *Breve Historia de la Revolución Mexicana, Los Antecedentes y la Etapa Maderista. La Etapa Constitucionalista y la Lucha de Facciones*, 4a. ed., México—Buenos Aires, F.C.E., 1965 (Col. Popular, No. 17), v. 1, p. 189.

(318) Bulnes, *Op. cit.*, p. 425

(319) Silva Herzog, *Breve Historia de la Revolución Mexicana. . .*, v. 1, p. 41

(320) Moisés González Navarro, “La Ideología de la Revolución Mexicana”, en: *Historia Mexicana*, v. 10, No. 37, México, El Colegio de México, Abril—Junio de 1961, p. 632

(321) Villoro, “La Cultura Mexicana. . .” p. 200

CAPITULO V

CONCEPTO DE LA CLASE MEDIA EN MIEMBROS REPRESENTATIVOS DE LA SOCIEDAD PORFIRISTA

La existencia de la clase media fue percibida en su época por algunos pensadores interesados en la vida política o en la historia nacional del país, quienes de acuerdo con sus propias ideas y posición social, expresaron su concepción de este elemento de la sociedad.

Nos interesa presentar sus ideas, porque al haber pertenecido al sector oficial, o bien, al haber estado cerca de las acciones del gobierno sin ser precisamente sus sostenedores, todos ellos fueron representativos de su momento histórico⁽³²²⁾. Al mismo tiempo, sus conceptos nos ayudan a precisar el nuestro y a complementar el conocimiento de la clase social que examinamos.

Sus ideas y las nuestras son en algunos aspectos distintas, debido a que están fundamentadas también de diferente manera, no sólo por lo que a la investigación documental se refiere, sino a la época en la cual se elaboraron.

Hemos seleccionado sólo algunas obras de los autores escogidos, por la relación que tienen con el tema que nos ocupa. Nuestro propósito no es hacer una investigación completa acerca del pensamiento de cada uno de ellos.

Porfirio Díaz

Presentamos en primer lugar, las ideas del Presidente Porfirio Díaz. No fue muy explícito en relación a la clase media. Sin embargo, se expresó de ella en términos que nos hacen ver que era consciente de su existencia.

Consideraba él que durante su gobierno se había formado esta clase social. En la entrevista concedida al periodista norteamericano James Creelman en 1908, afirmó al respecto: “. . . ‘Méjico tiene hoy clase media, lo que no tenía antes. La clase media es, tanto aquí como en cualquiera otra parte, el elemento activo de la sociedad. . . La democracia debe contar para su desarrollo con (ella), que es una clase activa y trabajadora, que lucha por mejorar su condición y se preocupa con la política y el progreso general. En otros tiempos no había clase media en Méjico, porque todos consagraban sus energías y sus talentos a la política y a la guerra’ . . .”⁽³²³⁾

Según estas afirmaciones, Díaz pensaba que gracias a los cambios realizados en el país durante su gobierno, especialmente en el sentido económico, se había formado la clase media, lo cual consideramos erróneo, ya que ésta existía desde antes. Precisamente en el ejército y en la burocracia se encontraban muchos de sus miembros, al contrario de lo que pensaba Porfirio Díaz; la época anterior había tenido otras características, distintas a las de su gobierno. El quería dar a entender que México había obtenido grandes beneficios dentro de su régimen.

Por otra parte, señaló la importancia social de esta clase, mencionando algunas de sus

(322) Tomando en consideración que “las ideas de la clase dominante en una sociedad dada, son generalmente las ideas dominantes de esa época”. *Vid supra*, Introducción, p. 6.

(323) López-Portillo, *Op. cit.*, p. 365, 366. *Apud*, Jorge Reinales, “La Ilustración”, Colombia, Bogotá.

características, principalmente las relacionadas con sus intereses políticos.

También se refirió a los defectos y a otros rasgos de los miembros de esta clase, en especial de quienes integraban el sector burócrata en su época. Afirmaba Bules en relación a esto: “Oí emitir al general Díaz. . ., las siguientes ideas. . .: ‘Los mexicanos están contentos con comer desordenadamente antojitos, levantarse tarde, ser empleados públicos con padrinos de influencia, asistir a su trabajo sin puntualidad, enfermarse con frecuencia y obtener licencias con goce de sueldo, no faltar a las corridas de toros, divertirse sin cesar, tener la decoración de las instituciones mejor que las instituciones sin decoración, casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto, gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer “posadas” y fiestas onomásticas. Los padres de familia que tienen muchos hijos, son los más fieles servidores del gobierno, por su miedo a la miseria; a éso es a lo que tienen miedo. . .; a la falta de pan, de casa y de vestido, y a la dura necesidad de no comer o sacrificar su pereza’ . . .”.(324)

Gracias a estas ideas, podemos explicarnos la política seguida por el régimen llamado por el público de “pan y palo”, así como podemos entender la verdadera situación de muchos integrantes de la clase media. Díaz era consciente de que la necesidad económica era el motivo de la adhesión que mostraban a su gobierno amplios sectores de la sociedad.

De las afirmaciones anteriores podemos deducir que el presidente Porfirio Díaz pensaba que en su época se había iniciado la formación de una clase media, cuya importancia aumentaba constantemente, y que se preocupaba tanto por “mejorar su condición” como por lograr el progreso general del país. En la integración de esta clase social consideraba la existencia de dos sectores: uno interesado en actividades económicas y políticas, y otro dedicado exclusivamente a trabajar para el gobierno. Es posible que identificara al primer sector con una burguesía incipiente, esforzándose por demostrar su existencia en nuestro país, como pretendieron hacerlo varios de sus sostenedores. Más detenidamente examinó al sector burócrata, que constituía una mayor parte de su clase social.

Apoyando algunas de las ideas del presidente, “los sectores oficiales estaban seguros de que el grupo más representativo del país era la ‘infatigable’ clase media, cuyo lema ‘estudio y trabajo’, era el mejor testimonio de su virtud”.(325)

Agustín Aragón.

Perteneciente al grupo de individuos allegados al régimen, y al final de éste su opositor, era entre otros Agustín Aragón, quien escribió una obra de gran importancia para el conocimiento de la sociedad mexicana, en colaboración de otros autores positivistas.

Refiriéndose a la sociedad, afirmaba que “si no se quiere incurrir en falsedades, errores e inexactitudes acerca de la población mexicana, lo único que debe decirse son generalidades sobre los elementos que la componen. . .”. De estos elementos, era el más importante el mestizo, en cuya formación predominaba el indígena, elemento cuya fuerza social era determinante en la constitución de la nacionalidad mexicana. Nos decía al respecto que “Al transplantarse a México el conquistador no podía conservar intacto su carácter, por que el elemento mexicano forzosamente lo modificaría. . . No es la fuerza física la que decide el triunfo en la conquista

(324) Bules, *Op. cit.*, p. 38, 39.

(325) González Navarro, *La Vida Social*, . T, IV, p. 388.

cuando los pueblos se amalgaman. . es el vigor de la civilización lo que da la preponderancia. Una sociedad bien organizada, fuerte por lo numerosa y estable, como el antiguo imperio mexicano, no se podía borrar del catálogo de los pueblos, no se podía luchar por su desaparición sin que quedasen vestigios suyos. . Desde esa época, el progreso de México y su porvenir están íntimamente ligados con la suerte de la población indígena de México; ella ha sido y será. . . la masa principal de la población (no por el número, sino considerada como fuerza social), determinante del movimiento en la nacionalidad mexicana. .’

Enseguida se refería a la falta de un mestizaje completo, que había sido la causa de las grandes diferencias sociales, y un gran obstáculo para la vida política del país: “Los elementos aborígene y español, que no se amalgamaron, se desarrollaron divergentemente, y la diferencia de condiciones entre unos y otros creó una barrera infranqueable. . . Si se hubiesen incorporado plenamente. . ., no tendríamos en nuestra sociedad ese abismo tan profundo que separa á una clase de otra y que produce el más serio de los obstáculos para la marcha política del país, que quiere la igualdad ante la ley”. Aragón atribuía las diferencias existentes entre los miembros de la sociedad, especialmente al elemento racial. No se daba cuenta de que en su época eran más importantes las diferencias económicas que las étnicas. Por otra parte, al mencionar la desigualdad política, no señalaba que era también una de las causas de las diferencias sociales.

A pesar de la falta de un equilibrio racial, “los mestizos (eran un) elemento importante de la nacionalidad mexicana y uno de los más abundantes, si es que no el más”, afirmaba Aragón. Precisamente ellos formaban en su época “el elemento ó clase ilustrada del país, en cuyas manos (había) recaído siempre la dirección de la sociedad mexicana en el orden moral, intelectual y material”.

Las características de este sector social eran las siguientes: “educación incompleta y en cierto sentido verdaderamente viciosa. Tiene ó conserva todavía la conciencia de la superioridad que alcanzó en la época colonial, que, aunque no autorizada por las leyes, es un hecho innegable a pesar de ellas. Tres grandes causas han determinado ese dominio, á saber: la mayor cultura y la facultad de mandar en los gobiernos, pues siempre ha tenido la dirección casi completa de los negocios públicos y la posesión de la mayor parte de la riqueza del país. Ardientes e impresionables, los mestizos, dados á imaginar más que á observar, á idear más que á pensar, arrebatados y no prudentes, y con una educación teológica y metafísica y literaria, ó se han quedado atrás en la marcha progresiva ó han ido más allá en su afán de adelanto por el país. Desde la Independencia acá, los mestizos mexicanos y los criollos, ó descendientes de ellos, se dividen en dos partidos, los dos alejados de la naturaleza de las cosas, á causa de la ignorancia del mundo real; y sin conocer las verdaderas necesidades de la sociedad mexicana, han agitado á ésta durante dos generaciones”.

Con estas ideas podemos dar algunas conclusiones acerca del pensamiento social de Aragón, examinado a través de *México, Su Evolución Social*⁽³²⁶⁾.

Agustín Aragón prefería hablar de “generalidades” acerca de la composición de los elementos de la población mexicana, que referirse a los mismos en términos más concretos, pues consideraba que no había material suficiente de estudio en su época, para hacer una investigación especializada⁽³²⁷⁾. Este es en parte el motivo de que no tratara más ampliamente el tema de las clases sociales, unido quizá al del adelanto incipiente que él y los demás colaboradores de la obra

(326) Agustín Aragón, *Op. cit.*, t. I, p. 20, 25 y ss.

(327) Afirmaba al respecto: “Nada puede aseverarse honradamente acerca del crecimiento de la población en México por la falta de datos y por los vicios de que adolecen los pocos que se tienen” *Ibidem*, p. 19.

citada atribuían a la Sociología.

La causa de las diferencias existentes entre los miembros de la sociedad mexicana, se encontraban en los factores étnicos; un mestizaje incompleto había producido “ese abismo tan profundo” que separaba “á una clase de otra”.

El elemento mestizo era uno de los más numerosos de la población. En él estaban comprendidos lo que nosotros consideramos clase alta y clase media, no diferenciadas en la mente de Aragón, quien las confundía en un sólo sector de la sociedad.

En su época, del elemento mestizo se había derivado la “clase ilustrada del país”, que dirigía a la sociedad mexicana en todos los aspectos. Como puede verse, Aragón identificaba al grupo de los positivistas con esta clase dirigente, aunque no lo expresara con claridad. La clase alta era esta clase ilustrada, como queda demostrado al hablar el autor de “un reconocimiento de deberes en las clases ilustradas y ricas, para con los indígenas”

El elemento indígena siempre tuvo una importancia preponderante en las ideas de Aragón, por su fuerza sociológica en la constitución del mestizaje.

No encontramos en su pensamiento una idea clara acerca de la clase media; solamente la dedujimos. Su composición estaría basada en el elemento mestizo, por ser éste muy numeroso y por presentar algunas características propias de la que nosotros consideramos como clase media.

En su apreciación de las diferencias de clases sociales, sólo tomó en cuenta el factor racial, al que tanta importancia atribuyeron algunos positivistas. No se refirió a la situación económica y política de los individuos, como causa de sus enormes diferencias sociales.

Además de la falta de material y de los adelantos reducidos de la Sociología, creemos que su misma condición social fue la que impidió a Agustín Aragón penetrar en el estudio de la sociedad de su tiempo. Quizás también influyó la preferencia que se daba en su época al análisis de los asuntos políticos y económicos sobre los sociales.

Justo Sierra

En algunos aspectos son similares las ideas de Agustín Aragón y las de Justo Sierra, perteneciente también este último al grupo de pensadores positivistas, en una época de su vida. La obra que hemos consultado principalmente, para conocer el pensamiento de este autor acerca de la sociedad y en especial de la clase media que venimos estudiando, es la *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, por encontrar en ella las ideas más importantes en relación al tema que tratamos.

La formación de la sociedad mexicana o de la “familia nacional”, como Sierra la llama, tuvo lugar durante la Colonia. Sus componentes eran la población indígena, la criolla y la “mexicana” o mestiza. Esta última era la más importante; constituía “la familia nueva. . ., la nacida de las dos razas, (la) de los mexicanos”.

A finales del siglo XVIII, “la sociedad (presentaba) un crecimiento real y fuerte; ya tenía el organismo nuevo conciencia de su nacionalidad”. De sus integrantes, el mestizo revelaba ciertos rasgos que lo hacían superior a los demás: “El mestizo, a diferencia del criollo y del indio, sí

tenía vislumbres de creencias ilustradas, por su espíritu esencialmente curioso, inquieto, descontentadizo. . . , y esa era la levadura de la sociedad mexicana del porvenir'. Formaba, junto con el "criollo segundón o pobre. . . , y alguno que otro indio . . . , la aristocracia intelectual de la Nueva España", constituida por abogados, clérigos y médicos. Pero además de este sector ilustrado que asistía "a colegios, seminarios y a la Universidad", había otros mestizos que "se dedicaban a sus pequeñas industrias". En general, todos ellos "vivían en las ciudades. . . y trataban de imitar a los criollos ricos" (328)

Por estas ideas nos damos cuenta de que Sierra percibía la existencia de una clase media durante la Colonia, aunque no lo expresara en los términos que nosotros hemos utilizado; las características de este sector social corresponden a las características propias de la clase media.

Además del elemento mestizo, gran parte del criollo formaba este grupo social. Había dos tipos de criollos: uno, formado por ricos, que se dedicaban a lucir sus vajillas y caballos y a jugar en fiestas públicas y privadas; apenas educados intelectualmente y poco apegados al trabajo, encontraron en la religión el ideal de sus aspiraciones morales. El otro sector estaba formado por intelectuales, la mayoría interesados en la política. Ellos "formaron rápidamente la cepa de un grupo que habría de constituir un elemento especial en la formación de la sociedad nueva; de él nació el grupo mexicano" (329) Es importante señalar que en ocasiones Sierra identificaba a estos criollos con los "mexicanos", es decir, con los mestizos. Por lo que nos damos cuenta de que dentro del elemento principal de la sociedad, daba cabida a un grupo de criollos.

Hasta el momento, captamos pues tres ideas fundamentales en el pensamiento de Sierra: la formación de la sociedad mexicana y de un concepto de nacionalidad, durante la Colonia; la preponderancia del elemento mestizo en dicha sociedad, y la formación de una clase social media, integrada casi en su totalidad por los mestizos y en parte por los criollos.

Pasada la Independencia, que fue uno de los "actos de inmensa energía de la 'raza bastarda' de México", y durante la cual la nación adquirió definitivamente "conciencia de sí misma" (330), la sociedad presentó características distintas.

"Las personalidades nuevas, que mostraban su deseo de emanciparse y su fuerza para lograrlo, no estaban educadas para gobernarse a sí mismas. . . Las luchas civiles (de esa época). . . no fueron más que la forma nueva del espíritu de aventura, propio de la raza de que provenían"

Dos creencias tradicionales perjudicaron al mexicano en esos momentos: esperar la resolución de sus problemas por medio de la intervención divina, y creer que era un pueblo escogido, con las riquezas más grandes del mundo. "Afortunadamente, el instinto cada vez más exacerbado en el grupo que había comenzado a formar el núcleo intelectual del país, desde los tiempos coloniales, comprendió pronto lo vano de este dogma y lo funesto de aquellas tendencias, y el problema económico, que yace en el fondo de toda evolución. . . , surgió claro a sus ojos y comprendió que era preciso ponerlo en camino de solución partiendo de estos dos axiomas: México, por la falta de medios de explotación de sus recursos naturales, es uno de los países más pobres del globo; el espíritu aventurero es una energía que hay que encauzar por la fuerza hacia el trabajo" (331).

(328) Sierra, *Op. cit.*, p. 85, 91.

(329) *Ibidem*, p. 69, 70.

(330) Finkelman, *Op. cit.*, p. 260, Apud, Justo Sierra, *Obras Completas*, t. IX, p. 130.

(331) Sierra, *Op. cit.*, p. 122, 123.

Sierra procura seguir la trayectoria del núcleo intelectual mestizo y criollo formado en la Colonia; este sector comprendió que el problema fundamental de México era el económico, que debía resolverse por medio de la explotación de sus riquezas y del trabajo de su pueblo. D. Justo considera que en su propia época dicho problema está en vías de resolución. Es significativa la identificación que hace del sector intelectual formado con mestizos y criollos, que, según daba a entender, era la clase media colonial, con el que desde su punto de vista, iniciaría la resolución de los problemas de México, y que en su época ya no podemos considerar clase media, puesto que era el sector positivista, perteneciente a la clase alta.

Queremos señalar desde ahora que en su mente van a estar identificados un sector de los mestizos con los positivistas de su tiempo. Por el momento, seguiremos examinando la trayectoria mestiza desde algunos años después de la consumación de la Independencia hasta la época porfirista, de acuerdo con sus ideas.

La clase media durante los primeros cincuenta años de vida independiente, mostró diferentes intereses. Se encontraba, por una parte, el sector intelectual que buscaba su realización y ascenso en las actividades políticas; los otros miembros de esta clase componían los sectores urbano y rural, interesados en otro tipo de actividades, aunque en el primero aparecían grupos mayoritarios de empleados del gobierno.

En cuanto al sector intelectual, formado como ya sabemos por una mayoría de mestizos y por algunos criollos, empezó a adquirir la preponderancia que buscaba en 1833. En ese año, el poder quedó en manos de una "oligarquía" dividida en dos grupos: la aristocrática y la reformista.

"La aristocrática" estaba compuesta por "los ricos", la mayor parte de los empleados, el alto clero y el ejército. La reformista, a su vez estaba integrada por la "pequeña burguesía", grupo de intelectuales, "patriotas pensadores que se anticipaban quizás a su tiempo, y de seguro al medio social que los rodeaba".

Este sector intelectual que empezaba a adueñarse del poder político, por el momento denominado "pequeña burguesía"⁽³³²⁾, presenta las características de la clase media.

La oligarquía aristocrática destruyó la obra emprendida por el sector reformista. Nuevas luchas civiles se suscitaron en el país para obtener el poder.

El sector intelectual de la clase media de 1833, volvió a cobrar importancia en 1860, con motivo del triunfo liberal en la Guerra de Reforma: "a quien se debió el triunfo reformista fue a la clase media de los estados. . .; la burguesía dió oficiales, generales, periodistas, tribunos, ministros, mártires y vencedores a la nueva causa. . .".

Sierra identifica de esta manera a la clase media con la burguesía; el sector que había iniciado su ascenso al poder político en 1833, por fin era dueño del mismo en 1860. Su triunfo se vería nuevamente interrumpido por la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano; con la derrota de éste en 1867, la clase media obtenía definitivamente el poder.

(332) Entre otros, Agustín Cué Cánovas y Leopoldo Zea, consideran que Sierra, al hablar de la burguesía en esa época, se refiere precisamente a la clase media. Véanse al respecto: Agustín Cué Cánovas, *Historia Social y Económica de México. La Revolución de Independencia y México independiente, hasta 1854*. Pról. de Vito Alessio Robles, México, Ed. América, 1947, p. 151, 152. Leopoldo Zea, *El Positivismo en México*, p. 77.

Juárez quedó al frente del gobierno en aquella época. De su administración fueron importantes —en relación a la clase media— las reformas que introdujo en el aspecto educativo. Al respecto afirma Sierra que en la escuela superior Preparatoria se educó la “burguesía”, clase “en que forzosamente se recluta la dirección política y social del país”. En realidad, este sector de la clase media estaba pasando a formar parte de la clase alta; eran los futuros positivistas o “científicos”, sostenedores de la dictadura de Porfirio Díaz, a quienes Justo Sierra consideraba los indicados para gobernar el país.

Durante los años del siglo XIX anteriores a la época porfirista, al lado del sector de la clase media denominado burguesía, existió otro sector de la sociedad, perteneciente a la clase alta, y que Sierra también llamó con el mismo nombre. Antes de examinar esta otra burguesía, terminaremos con el mismo nombre. Antes de examinar esta otra burguesía, terminaremos de presentar la clase media durante los años posteriores a la Independencia de México.

Además de la “pequeña burguesía” existente hacia 1830, la clase media se hallaba integrada por otros sectores más amplios que vivían en las ciudades o en el campo, según sus diversas ocupaciones. Los perjudicaba a todos la inestabilidad política propia de la época, manifestada en las luchas civiles constantes: “La clase media, rural y urbana, estaba formada por el rancharo el artesano acomodado, el tendero. El comerciante, el propietario que iban abandonando poco a poco sus negociaciones en manos del extranjero . . . se refugiaban. . . en masa, en el empleo, maravillosa escuela normal de ociosidad y de abuso en que se ha educado la clase media de nuestro país”.⁽³³³⁾

Como puede notarse, Sierra era consciente de la existencia de una clase media, integrada tanto por un sector urbano como por otro rural. De los miembros del primero, destacaban los individuos que empezaban a aumentar el número de empleados del gobierno, ocupación característica de amplios grupos de la clase media del siglo XIX; antiguos propietarios se convirtieron en burócratas y dejaron sus negocios en manos de extranjeros.

Así pues, además de la burguesía que se fue adueñando paulatinamente del poder, amplios sectores urbanos y algunos rurales, formaban la clase media antes de la época porfirista, según las ideas que acabamos de examinar.

Respecto al término burguesía, éste fue empleado también por su autor para referirse a la clase alta en algunas ocasiones. Los burgueses ricos eran individuos egoístas, aliados a los intereses del clero; la mayoría formaban el partido conservador, siempre en pugna con los reformistas quienes por fin lograron imponerse a ellos después de 1867.

En consecuencia, vemos que hasta algunos años anteriores a la época porfirista, en la mente de Sierra se distinguieron dos tipos de burguesía: una, que comprendía a la clase alta tradicional, y otra, que se hallaba integrada por miembros de la clase media, hasta que logró insertarse en la clase superior mediante la adquisición del poder político. Ambas burguesías formaban la clase alta cuando Díaz subió al poder.

La sociedad porfirista presentó nuevas características. En dicha sociedad, el sector más importante era la burguesía, según el pensamiento de Sierra.

(333) Sierra, *Op. cit.*, p. 149, 151, 227, 158.

sNos dice al respecto que en su época “no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores. En éstos comprendemos lo que podría llamarse una plebe intelectual. Esta plebe, desde el triunfo definitivo de la Reforma, quedó formada: con buen número de descendientes de las familias criollas, que no se han desamortizado mentalmente, sino que viven en lo pasado y vienen con pasmosa lentitud hacia el mundo actual; y segundo, con los analfabetos. Ambos grupos están sometidos al imperio de las supersticiones, y, además el segundo, al del alcohol; pero en ambos la burguesía hace todos los días prosélitos, asimilándose a unos por medio del presupuesto, y a otros por medio de la escuela.

Esta burguesía que ha absorbido a las antiguas oligarquías, la reformista y la reaccionaria, tomó conciencia de su ser, comprendió a dónde debía ir y por qué camino, para llegar a ser dueña de sí misma, el día en que se sintió gobernada por un carácter que lo nivelaría todo para llegar a un resultado: la paz”⁽³³⁴⁾

Como puede verse, la burguesía era el elemento dinámico de la sociedad porfirista. Paulatinamente absorbió a “todos los elementos activos” de los grupos que eran inferiores desde el punto de vista intelectual, pero que gracias a la educación y a los empleos en el gobierno, lograron algunos de sus individuos integrarse en ella. Asimismo, absorbió a las antiguas oligarquías surgidas hacia 1833, es decir, a la aristocrática o reaccionaria y a la reformista. En otras palabras, asimiló a la antigua clase alta y a la nueva, la que provenía de la clase media y que había logrado ascender. La paz lograda por el gobierno porfirista, había permitido a la burguesía tomar conciencia de sí misma.

El origen de la burguesía se encontraba en el mestizaje. Nos dice Sierra que en su época “se ha formado entre la raza conquistada y la indígena una zona cada día más amplia de proporciones mezcladas que, como hemos solido afirmar, son la verdadera familia nacional; en ella tiene su centro y sus raíces la burguesía dominante”⁽³³⁵⁾ Afirmaba en otra parte que “. . . ‘el agente de progreso en México, lo ha sido el mestizo, el cual se identifica. . . con la burguesía mexicana’.”⁽³³⁶⁾ Queda ahora explicado el motivo de la importancia que atribuyó al elemento racial mestizo desde la época colonial: en él tenía su origen la clase dominante de su época, de la cual formaba parte.

Sin embargo, al hablar Sierra del elemento mestizo, da cabida a otros sectores sociales en él, ya que la burguesía dominante era reducida y el elemento mestizo en cambio muy numeroso. En realidad, tanto los términos “burguesía” como “mestizo”, son muy amplios para que en ellos queden comprendidos sólo un grupo social. Pensamos que D. Justo integraba también a individuos pertenecientes a la clase media en ellos.

Con respecto a la burguesía de su época, Moisés González Navarro ha interpretado que Sierra “creía que de la masa de la nación emerge un grupo social con perfiles propios: la burguesía o clase media”⁽³³⁷⁾

Cuando Sierra explicó la integración de la burguesía de su época notamos que se refirió a “grupos inferiores”, los cuales no cambiaron de posición de un día para otro, sino en el

(334) *Ibidem*, p. 289.

(335) *Ibidem*.

(336) Zea, *El Positivismo* . . . , p. 409 *Apud*, Justo Sierra, “La Escuela Preparatoria”, en: *La Libertad*, a. I. No 2 y a. II, No. 205, México, 1878

(337) González Navarro, *La Vida Social* . . . , t. IV, p. 387.

transcurso de los años que duró la dictadura. Por eso es que también creemos que la burguesía volvió a dividirse en el pensamiento del autor que estudiamos: una parte constituía efectivamente la clase alta y la otra era nuevamente una clase media en transición.

Igualmente, al referirse al grupo mestizo, aceptaba la participación de sus miembros en la clase media, entre otras razones, porque la población mestiza vivía y realizaba sus actividades más en las ciudades que en el campo, según su propio concepto.

El positivismo sirvió a sus seguidores en parte para explicar la constitución de la sociedad mexicana. De acuerdo con los principios de esta filosofía, Sierra pensaba que “la ciencia, . . . es la que muestra la verdadera naturaleza de las sociedades, así como también muestra la existencia de un orden indestructible”; y que el orden social “. . . no es distinto del de la naturaleza. . . , porque siendo la sociedad un organismo está sujeta a las leyes del mundo orgánico. . . , a las leyes necesarias de la evolución”, y ésta es la que conduce al ‘crecimiento social que es el progreso’. . .” (338)

La constitución de la sociedad se basaba en consecuencia en las leyes de la naturaleza, en verdades indiscutibles. La naturaleza había asignado a los individuos el lugar que les correspondían dentro de su sociedad. “La ciencia —afirmaba Sierra— . . . , ha acelerado por centuplicaciones sucesivas la evolución de ciertos grupos humanos; los otros, o se subordinan incondicionalmente a los principales y pierden la conciencia de sí mismos y su personalidad, o precisamente apoyándose en ideales que son fuerzas morales. . . , tienden a aprovechar todo elemento exterior para consolidar su ecuación personal, y logran por resultante imprimir a su evolución una marcha, si no igual a la de quienes por condiciones peculiares llevan la vanguardia del movimiento humano, sí al nivel de sus necesidades de conservación y de bienestar”. (339)

Sierra creía así en la superioridad indiscutible de algunos grupos de la sociedad, a los cuales tenían que subordinarse forzosamente los inferiores. Sólo aquellos que lograban aprovechar los elementos del medio ambiente, movidos por sus ideales, podrían evolucionar de acuerdo con sus necesidades, sin llegar nunca a igualar a quienes llevaban “la vanguardia del movimiento humano”

De esta manera, justificaba la existencia de las grandes distinciones que había entre los componentes de la sociedad porfirista. Los diferenciaban los principios indiscutibles de la ciencia.

A la clase alta quedaban subordinados los miembros de la clase baja. Entre estos sectores había lugar para grupos intermedios: una clase media conformista, interesada únicamente en su conservación y bienestar; una clase sin posibilidades de superación, ya que nunca llegaría a alcanzar la posición que tenían los grupos superiores de la sociedad.

Aparentemente, los individuos podrían cambiar de posición social y mejorar, ya que existía cierta movilidad en la sociedad. Sin embargo, la naturaleza imponía siempre sus limitaciones al hombre, como ya hemos visto.

Respecto a la movilidad social que pensaba Sierra que existía, afirmaba: “En este país. . .

(338) Zea, *El Positivismo* . . . , p. 239, 304. *Apud*, Justo Sierra, “México Social y Político”, en: *Revista de Letras y Ciencias*, México, 1889—1890.

(339) Sierra, *Op. cit.*, p. 269, 270.

propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman, sólo están separadas entre sí por los móviles aledaños del dinero y la buena educación. . .; hay una filtración constante entre las separaciones sociales, una ósmosis, diría un físico”.(340)

No pensaba que la posición económica del individuo ni la educación recibida fueran elementos que sirvieran para distanciar radicalmente a los seres humanos. El cambio de posición social no estaba determinado por estos factores, sino por la naturaleza, que permitía el contacto y la “filtración” entre los grupos sociales. Para no incurrir en contradicciones con sus anteriores principios acerca de las leyes naturales, afirmaba que “todas estas consideraciones sobre la distribución de la masa social serían totalmente ficticias y constituirían verdaderas mentiras sociológicas, si se tomaran en un sentido absoluto”.(341) Así pues, trataba de dejar alguna oportunidad de ascenso a los que fueran más aptos, y lograran integrarse en la burguesía, entendida ésta en el sentido amplio (que abarca a la clase alta y en gran parte a la clase media) que nosotros le hemos dado.

Don Justo perteneció al grupo de “los científicos”, y sin embargo fue una excepción en él. Aunque miembro de la “burguesía dominante”, no por eso se enriqueció por medio del poder. Quizás por ello hacía la distinción dentro de esta burguesía, de hombres ricos egoístas y de individuos interesados en el bienestar y el progreso de México. Seguramente él se identificaba con estos últimos, como nos lo hace notar José López-Portillo y Rojas, quien al referirse a la personalidad de Sierra nos dice que “fue una gran figura, imponente a la vez que simpática, en medio de sus colegas. . . De los dos caminos que se presentaron a los científicos. . ., el del trabajo y el del negocio, siguió sólo el primero. . .; sus ideales de civilización y de progreso fueron muy elevados. . . Absorto en aquellos empeños, no pensó jamás en enriquecerse, y, ajeno a todo intento de lucro, vivió al día con los sueldos que ganaba, y no legó al morir fortuna a su familia”(342). Tal vez por esto no creía que “el dinero” fuera un elemento determinante en la posición social del individuo; se podía pertenecer a la “burguesía dominante” sin ser necesariamente rico.

Como él no poseía fortuna, captaba las grandes diferencias económicas que había entre los miembros de la sociedad, lo cual le irritaba. Por eso afirmó en la sesión del 12 de diciembre de 1893, en la Cámara de Diputados. “. . .esta sociedad, que tiene en su base una masa pasiva, que tiene en su cima un grupo de ambiciosos y de inquietos, en el bueno y en el mal sentido de la palabra’, esta sociedad tiene ‘hambre y sed de justicia’.”. Por eso comenta Silva Herzog que “Justo Sierra conoce la realidad amarga de México y la pinta con fidelidad. Su voz suena a menudo discordante entre las voces del coro porfirista. Fustiga a los acaudalados y no oculta su amor a los humildes, su amor al indio y la fe en sus posibilidades de superación. . . Estos principios jamás lo abandonan. ”.(343)

Así pues, Sierra se pronunció en contra de las grandes diferencias económicas que existían entre los miembros de la sociedad. Tal parece que no percibió que eran ellas precisamente las que separaban en gran parte a los individuos en el plano social. En su concepto, las clases sociales estaban determinadas por las leyes de la naturaleza.

Las conclusiones a que llegamos después de examinar el pensamiento de Justo Sierra, con

(340) *Ibidem*, p. 289

(341) *Ibidem*.

(342) López-Portillo, *Op. cit.*, p. 263, 264

(343) Silva Herzog, *El Pensamiento Económico . . .*, p. 287, 288.

relación a la sociedad y especialmente a la clase media en su época, son las siguientes:

Durante la época colonial se empezó a formar la sociedad mexicana propiamente dicha, en la cual predominó el elemento mestizo, racial y socialmente considerado, sobre los criollos e indígenas.

La clase media durante esos años quedó integrada con mestizos y criollos, principalmente con los primeros, estos individuos se dedicaron de preferencia a actividades de tipo intelectual.

La sociedad siguió evolucionando. Después de la guerra y de la consumación de la Independencia nacional, presentó nuevas características que se manifestaron durante aproximadamente cincuenta años. Dicha sociedad se hallaba diferenciada en clases sociales.

Por lo que se refiere a la clase media, quedó integrada por tres sectores: el intelectual, proveniente de la Colonia, el urbano y el rural. El primero buscó su propia realización y ascenso social, mediante actividades políticas. Sierra lo denominó "pequeña burguesía", y cuando obtuvo el poder definitivamente, formó parte de la "burguesía", en general. De los otros dos sectores, destacó más al urbano, en el que adquirió fuerza la burocracia como forma de ocupación. Aunque no lo menciono es claro que la burguesía fue también un sector urbano, diferente del otro por la superioridad política que iba adquiriendo. El sector rural fue poco tratado, tal vez por la preferencia que otorgaba Sierra a otro tipo de actividades, así como por el escaso número de miembros dentro de su clase social.

La burguesía al principio del régimen porfirista, era la clase alta, que incluía a los miembros que tradicionalmente había pertenecido a ella, así como a los que había logrado ascender mediante la adquisición del poder político.

En la sociedad porfirista, el sector más importante era la burguesía, elemento dinámico en evolución continua, que absorbía a individuos provenientes de grupos inferiores, individuos que por su propia capacidad y gracias a la educación y otras oportunidades (empleos en el gobierno, principalmente), lograban insertarse en dicho sector.

El origen de la "burguesía dominante" se hallaba en el mestizaje; de allí la importancia que Sierra le atribuyó al elemento mestizo desde los tiempos coloniales. Era un argumento que servía para justificar la posición social de la clase alta de su época.

Los términos "burguesía" y "elemento mestizo" fueron muy amplios en la mente del autor que examinamos. No correspondían exclusivamente a la clase alta, aunque al principio del régimen porfirista la burguesía y la clase superior sí se identificaban. La duración del régimen y la capacidad de algunos individuos, les permitió a éstos ascender paulatinamente, hasta insertarse en la clase dominante. Lo cual quiere decir que la burguesía, como anteriormente, tuvo un doble significado: comprendía a una clase alta en parte tradicional y en parte nueva, así como a individuos de la clase media en transición hacia la clase superior.

Más amplio aún era el sector mestizo de la población; de hecho era el más numeroso. Por ello es imposible que todos sus miembros formaran el grupo dominante de la sociedad. Individuos que se dedicaban a trabajar por el engrandecimiento del país, fuera de las actividades de dirección política, se hallaban integrados en el sector mestizo. Es por ello que la clase media estaba constituida por elementos de este sector, en términos generales.

En consecuencia, Sierra concibió la existencia de la clase alta y de la clase media, identificadas en buena parte con la burguesía y con la población mestiza. A veces se refirió a ambas clases sociales en otros términos.

Explicó la constitución de la sociedad mediante algunos principios de la filosofía positivista, adaptables a la sociedad mexicana de su época. Su interpretación sirvió para justificar la dictadura y la posición del grupo que predominaba sobre el resto de la sociedad. Las leyes de la naturaleza fijaban a cada individuo el lugar que le correspondía en la sociedad de que formaba parte. Los principios científicos eran pues la causa de que hubiera grupos superiores a los cuales quedaban forzosamente subordinados los inferiores; entre ambos se hallaban aquellos cuya evolución les permitía situarse en una posición adecuada “al nivel de sus necesidades de conservación y de bienestar”, pero que no podían igualar a quienes se hallaban en un grado de evolución superior, y que por consiguiente predominaban sobre los demás.

Tal parece que Sierra creía en la existencia de un sector intermedio de la sociedad, posiblemente una clase media conformista, sin posibilidades de superación. Hablaba de una movilidad social, pero condicionada a la aptitud biológica de algunos individuos —excepcional por tanto—, que les permitía integrarse en los grupos superiores. La falta de riqueza material y de educación no eran impedimento, desde su punto de vista, para lograr un cambio de posición social.

Para él, la clase alta era la más importante en la sociedad de su época. Sin embargo, distinguía dos grupos dentro de la “burguesía dominante”: el de los sostenedores del régimen, dirigentes políticos interesados en el bienestar y progreso del país, grupo de los “científicos” —como se les llamó— al cual pertenecía, y el de los ricos egoístas, que sólo trabajaban por sus propios intereses; ellos eran los culpables del malestar económico y social de los grupos inferiores.

La clase media que Sierra nos presenta, fue más importante y se proyectó con mayor fuerza antes de la época porfirista; durante ésta, era una clase más bien débil, distinta de la de los años anteriores que se convirtió en clase alta, dirigente de su sociedad.

Volveremos a referirnos a Justo Sierra al finalizar la exposición de las ideas referentes a la clase media, de los demás autores que nos hemos propuesto examinar.

Francisco Bulnes.

Perteneciente también al sector oficial y al grupo de los “científicos”, fue Francisco Bulnes. En consecuencia, algunas de sus ideas son similares a las de los pensadores que hemos tratado. Por lo que se refiere a la clase media de la época porfirista, Bulnes fue más explícito que Aragón y que Sierra; encontramos en él conceptos más amplios acerca de este sector de la sociedad, expresados en su obra *El Verdadero Díaz y la Revolución*.

Pensaba que la “mesocracia” o clase media estaba integrada por intelectuales profesionistas y por burócratas, en su mayoría; los empleados “de toda clase de empresas” particulares, algunos miembros del ejército y del clero, formaban el resto de sus integrantes. Los problemas principales de esta clase social, especialmente de los sectores profesionista y burócrata, eran de carácter ocupacional y económico.⁽³⁴⁴⁾

(344) Bulnes, *Op. cit.*, p. 152, 49. Refiriéndose a esta situación en México y en toda América decía que “el problema pavoroso de la América Latina, ha sido el de los *sans travail*, no obreros, sino miembros de la clase media . . . La mayor parte de esa clase media, empeñada en vivir del gobierno, se sujeta a vivir con sueldos pequeños o medianos, no así su porción intelectual, que considera tener derecho a que se le pague lo que se le debe, y se le debe lo que en su imaginación vale su título profesional”. *Ibidem*, p. 251.

La situación económica de los intelectuales de la clase media era en ocasiones desesperada. Tenían que recurrir a los puestos secundarios en el gobierno para poderse sostener al igual que a sus familias. Fue precisamente la necesidad lo que los obligó a mostrarse sumisos ante el régimen. Bulnes culpaba de ello a la Constitución de 1857 y a los gobiernos posteriores a su promulgación. Consciente de la importancia que tenía para el país el sector intelectual, criticaba a la dictadura por haber causado su degradación: “Lo que primero debe procurar una nación que aspira a la libertad, a la honradez, al respeto universal, a un puesto decoroso en la civilización, y a un a la vida, es tener y conservar a sus grandes intelectuales independientes, libres, intactos en su soberanía individual, con medios para subsistir sin necesidad de venderse a un protector que los deshonoré. . . Triunfó la Constitución de 57 y triunfó la degradación de la clase intelectual. A los verdaderos (hombres de ciencia), no les importan las riquezas, pero a casi todos los doblega el hambre, especialmente si tienen familia”. La “dictadura porfiriana produjo el lamentable efecto de una caída general. . . Con humildad musulmana, y por míseros salarios, escuetas canongías, ínfimos sobresueldos. . ., toda la alta, la media y la rastrera intelectualidad sirvieron al despotismo sin limitación, sin vergüenza. . ., renunciaron hasta la última traza de dignidad”.⁽³⁴⁵⁾

Además de los profesionistas que trabajaban para el gobierno, distinguía a “los intelectuales bohemios, que no se preocupan por tener empleo. . ., y los que disponen de medios de fortuna con qué vivir. . .” El sector de profesionistas más numeroso era el de abogados, seguido por el de ingenieros y médicos. Bulnes proporcionaba un número exagerado de ellos: “un abogado titulado oficialmente, por cada mil habitantes. Lo que hacen quince mil abogados. . . En las demás profesiones, ingenieros y médicos, existía una masa correspondiente a la tercera parte de la abogacería. . .”. A tal cantidad de intelectuales era imposible satisfacer económicamente; por eso es que estos profesionistas “hambrientos” tenían que conformarse con los sueldos que les daba el gobierno. Su situación económica y ocupacional era motivo de descontento, que el régimen no supo resolver: “Si a esa política de economías y de vida santa de recoletos, se agrega la política. . . del ‘Carro Completo’ del señor Limantour, ocupado por tres o cuatro amigos que improvisaban millones, la contorsión vengadora de los hambrientos y de los sanos, debía ser irresistible y feroz. . . Los estadistas del porfirismo faltaron a su deber no resolviendo el problema de la agitación constante profesionista”, para lo cual debieron reducir su número y pagarles bien.⁽³⁴⁶⁾

Si por una parte Bulnes exageraba en cuanto a la cantidad que existía de profesionistas, con el objeto tal vez de justificar la situación económica en que se hallaban, por otra parte reconocía el acaparamiento de los principales puestos en el gobierno de unos cuantos privilegiados, así como la inmoralidad e incapacidad de los estadistas que no quisieron o no supieron poner fin al malestar de esta clase social. También reconoció que “con una buena máquina de terror. . ., los intelectuales profesionistas famélicos, guardan compostura por largos años, como lo hicieron durante la dictadura porfirista”⁽³⁴⁷⁾.

De menor calidad intelectual y moral que los profesionistas, eran los miembros de la clase media que constituían la burocracia propiamente dicha. En un principio pertenecieron a ella un “gran número de particulares que vivían con independencia desempeñando empleos sociales”, pero que se vieron perjudicados por “la Constitución de 1857 (que) todo lo burocratizó (y los) convirtió en empleados públicos. . . Desde ese momento, los hombres libres servidores de la nación, (quedaron) convertidos en esclavos del Presidente de la República”. A medida que pasó el tiempo, aumentó el número de burócratas pero disminuyó su capacidad intelectual; durante la

(345) *Ibidem*, p. 49, 50, 207, 208.

(346) *Ibidem*, p. 50, 251, 252, 253

(347) *Ibidem*, p. 252

dictadura bastaba “saber leer, escribir, las cuatro primeras reglas de aritmética y algo de gramática. Con este triste botiquín intelectual, y un padrino, se conquistaba un empleo del gobierno.”

Bulnes consideraba que a partir de 1857 cobró importancia numérica el elemento burocrático. Nos dice que “en 1868, apenas si el doce por ciento de la clase media vivía del gobierno. En 1876, el refectorio había extendido la pitanza al dieciséis por ciento, y el general Díaz hizo que en el país comiera del gobierno el setenta por ciento de la clase media”. Gracias a Porfirio Díaz, los burócratas y sus familias pudieron vivir decorosamente, inclusive con una posición económica desahogada a veces. Al sentirse favorecida, la burocracia se manifestó adicta “ hasta la muerte a la Dictadura. ‘Porfirismo’ quería decir: existencia tranquila, risueña, para los que tantos y tantos años habían sufrido”. La “perezosa clase mesocrática” debía pues su existencia a Porfirio Díaz.⁽³⁴⁸⁾

Nuevamente consideramos que sus cifras son exageradas; tal vez incluía en el 70 o/o de burócratas lo mismo a los profesionistas que a los empleados públicos. En general, creemos que también sus otras ideas mencionadas no corresponden del todo a la realidad. Para hacer notorio el gran beneficio que Díaz había hecho a sus empleados, afirmaba que éstos se hallaban antes en peores condiciones que los trabajadores campesinos de los ricos latifundistas. Pretendía demostrar que por conveniencia o con sinceridad, la burocracia apoyaba al régimen, al cual debía una forma de existencia si no del todo feliz, cuando menos tranquila. Por otra parte, empleaba los términos “gente decente proletaria” y “perezosa clase mesocrática”, para referirse a este sector de la clase media, con lo cual nos damos cuenta de las características que le atribuía.

Estos grupos que generalmente tenían sólo lo indispensable para vivir bien, no sabían emplear debidamente su sueldo, rasgo que era propio de “las clases medias proletarias”, de las cuales afirmaba Bulnes que “no tienen ahorro y se dedican a gastar más de lo que ganan, entran en relación con los tribunales por deudas de rentas de casa y por artículos de comercio tomados a crédito”.⁽³⁴⁹⁾

Siguiendo esta idea de los rasgos distintivos que Bulnes encontraba en los miembros de la clase media, al presentar su propia clasificación social, en la cual distinguía tres clases sociales, afirmaba que “la baja utiliza su sueldo en ‘mal comer, y bien beber’; la media en ‘mal comer y vestirse lo mejor posible a la parisiense’, y, por último, la alta, que emplea sus rentas en ‘mal comer y pagar lujos de parvenu’”.⁽³⁵⁰⁾ Como puede notarse, a la clase media le interesaba más guardar las apariencias e imitar a la clase alta, que procurarse una buena alimentación.

Además de la constitución de la clase media y de sus características, mencionaba este autor otras ideas importantes. Una de ellas era la del antagonismo que existía entre los miembros de esta clase social y la superior, que luchaban constantemente por la obtención del poder político. Tal lucha se manifestó a lo largo de la historia nacional. Desde 1867, “la clase media dominando en ella el elemento mestizo, o sea el popular, adquirió el control del país, acaudillada por el proletariado profesional”⁽³⁵¹⁾ Notamos en esta idea la importancia que atribuye Bulnes al mestizaje, como también lo hicieron Aragón y Sierra. Por otra parte, daba a entender que los profesionistas eran el sector capacitado para acaudillar revoluciones.

(348) *Ibidem*, p. 47, 261, 42, 43

(349) *Ibidem*, p. 88

(350) González Navarro, *La Vida Social*. . . , t. IV, p. 386

(351) Bulnes, *Op. cit.*, p. 363

Culpando más a Lima:tour que a Díaz, mencionaba que el poder se lo habían arrebatado a la clase media y depositado en manos de la clase rica: “los aristócratas multimillonarios y católicos”. No mencionaba a los científicos, a quienes siempre consideró fuera del sector rico. Criticaba finalmente esta medida de Díaz, porque contrariaba a las leyes de la evolución; desde su punto de vista, éstas últimas eran las que señalaban a quién correspondía el poder político. De esta manera, parecía dejar en segundo término, o ni siquiera tomar en cuenta, las aspiraciones legítimas de la clase media por ascender de posición, y destacaba en primer lugar, los principios de la naturaleza.

No solamente la obtención del poder político era la causa del antagonismo que se manifestaba entre algunos miembros de la clase alta y de la clase media; era también la forma de vida tan distinta lo que disgustaba a quienes no podían disfrutar de ella: “Todo ese buen gusto, todo ese lujo, todo ese arte, toda esa coquetería aristocrática, todo ese estilo de pomposidad europea, aristocrática, toda esa forma de gobernante persa en ciertos puntos —decía Bulnes—, irritaba, más que al sentimiento democrático de una nación educada en el latinismo, la susceptibilidad excesiva de los jacobinos y demagogos, y de la parte femenina de la clase media”. El jacobino “reafirmaba más que nunca, su gran principio de la igualdad de todo ante la grosería, la mugre, el mal vestir, el abandono de la persona a todo lo que la deprime y la aleja de la gran obligación social de ser agradable para sí y para los demás”.⁽³⁵²⁾

Para Bulnes era “susceptibilidad excesiva” lo que a nosotros nos parece una reacción normal de las personas de la clase media, quienes se sentían heridas en su dignidad ante un exagerado lujo y refinamiento en que acostumbraban vivir las familias ricas; envidiaban de éstas lo que les estaba vedado obtener con su propio esfuerzo y trabajo.

Mostraba este autor cierto desprecio hacia los que proclamaban la igualdad social, denotando con ello su espíritu aristocrático y la importancia que daba a la apariencia personal, que, por otra parte, no podían mejorar quienes carecían de los medios económicos para hacerlo.

No reconocía que el antagonismo de clases sociales fuera una causa importante de la revolución que estalló. Las diferencias económicas no afectaban a las mayorías, desde su punto de vista: “Los monopolios que se echan en cara a la Dictadura —decía—, para ensuciársela, no podían afectar a la inmensa clase popular de la República, porque no come azúcar, ni carne. . . , ni tiene negocios en los bufetes de grandes abogados, ni se da a construir edificios. . . El gran escándalo por los monopolios, queda reducido a fastidiosos chascarillos del chancletismo intelectual. Del asunto, es imposible extraer material para una revolución, y, sin embargo, se le extrajo. . .”⁽³⁵³⁾

El marco social en que vivió, le impedía ver los problemas sociales en toda su magnitud. Pero además, trataba de defender su posición social. Presentaba la miseria del pueblo sin conmoverse. Criticaba al “chancletismo intelectual”, o sea, a miembros de la clase media, de aprovecharse de la situación para elaborar sus argumentos revolucionarios, sin darse cuenta de que era esa misma situación la que provocaba el descontento general y posteriormente la revolución.

Bulnes atribuía al sector intelectual de la clase media, una participación decisiva en la vida política del país durante el régimen porfirista, y en los acontecimientos revolucionarios posteriores.

(352) *Ibidem*, p. 202

(353) *Ibidem*, p. 144, 145

Según él, “las clases medias eran antes de la revolución de 1910, las que ejercían el control del país, las que hacían y deshacían gobiernos, las dueñas de los orfanatorios burocráticos, las que forman el verdadero cuerpo electoral, las que tienen condiciones de soberanía, y, en consecuencia, es preciso perecer u obedecerlas hasta donde sea compatible la sumisión con la existencia del gobierno”.

En consecuencia, el poder no solamente se hallaba en manos de algunos miembros de la clase alta, como anteriormente lo mencionó: “En México. . . aun no cristaliza un fuerte poder plutocrático. . .”, decía Bulnes, sino que también la clase media, especialmente la burocracia, participaba de la dirección política del país, aunque no era la indicada para hacerlo, ya que carecía “México de clase gobernante, por ser proletaria la más ilustrada y la única de acción”.⁽³⁵⁴⁾

Bulnes explicaba la Revolución porque resultaba caduco el sistema de gobierno; no porque hubiera errores en “la alta obra del general Díaz”.

Dos tipos de revolución y de revolucionarios pensaba que había hacia 1910: los que pretendían una transformación política pertenecían al primer grupo, y los que buscaban cambios radicales en el aspecto social, formaban el segundo. Ambos sectores estaban constituidos en gran parte por miembros de la clase media.

Contra el gobierno establecido surgió “la mísera revolución burguesa, acaudillada por el general Reyes y después por la familia Madero”. A ellos se unieron “las únicas inteligencias de la República. . . , medianías fracasadas” que querían suplantar a los científicos y repartirse los puestos públicos. “La sociedad no pudo presentar contra (el) gobierno caduco. . . , un grupo fresco, joven, adulto, honrado, desprendido, valiente, patriota sincero, digno de dar el escobazo al nido de cucarachas políticas, y tomar a la patria en su espíritu luminoso y en su ambición correcta, sacudirla e inyectarle sangre, virtudes, energía, ciencia, y algún horror por la depravación”.

En cuanto a la revolución social, ésta “se estaba preparando sin ocultarse, al lado de la. . . revolución burguesa. . . La Revolución Social. . . debía devorar al grupo de burgueses que la habían organizado. Se sentía que la mesocracia había caído para erguirse el peladaje; el proletariado aldeano, postergaba al proletariado intelectual. . .”. Sin embargo, en la organización de las acciones revolucionarias que proyectaba el peladaje, “tenían que aparecer los inevitables políticos. . . Jamás la inteligencia, aún cuando esté depravada, pierde su prerrogativa de mandar a la bestialidad domesticable”.⁽³⁵⁵⁾

De acuerdo con estas ideas, Bulnes pensaba que algunos intelectuales de la clase media se unieron a burgueses acomodados para derribar al gobierno y asumir el poder. En todos ellos no reconocía valores positivos, sino ambiciones personales únicamente. La revolución social fue organizada por los mismos individuos que buscaban transformaciones políticas que los beneficiaran. Pero algunos miembros de la clase media, carentes de preparación intelectual, y muchos otros pertenecientes a la clase baja, fueron substituyendo a los primeros en la organización del movimiento revolucionario. A todos ellos se refirió Bulnes en términos despectivos. A pesar de esta influencia del “peladaje” en la revolución social, sus principales dirigentes continuaron siendo los políticos intelectuales de la clase media, ya que aunque su

(354) *Ibidem*, p. 354, 26, 24

(355) *Ibidem*, p. 372, 373, 407, 404, 405

inteligencia estuviera “depravada”, eran los indicados para “mandar a la bestialidad domesticable”.

Además de participar en la organización de la revolución, algunos intelectuales de la clase media influyeron en el pueblo con sus ideas, especialmente después de la Conferencia Creelman; “abrieron campaña, durante tres años, contra el orden social e hicieron todo lo posible por sacudir, despertar, exaltar, enloquecer a la clase popular”. Inculcaron en el “abyecto y tranquilo peladaje. . . , el odio a las clases directivas, el odio al gobierno, el apetito de las más absurdas reivindicaciones, la obsesión de venganza. . .” (356)

A pesar de que Bulnes condenó la Revolución y a todos sus participantes, por lo que se refiere a los de la clase media, reconoció que había causas de que se sublevaran en contra del gobierno y del orden social establecido. Los motivos principales de su descontento se encontraban en la situación política, ocupacional y económica de la clase media, especialmente de sus intelectuales y profesionistas, situación que ya fue examinada con anterioridad.

Otro motivo de su malestar se encontraba en la educación que había recibido, la cual no era aplicable después al medio social en que vivía: “No hay desatino mayor, que establecer el sistema de extraer jóvenes de una clase inferior; engréílos en una atmósfera superior; transformar sus inclinaciones; despertar sus apetitos correspondientes a la esfera en que viven, y luego, ya armados con las armas infalibles intelectuales de los redentores, dejarlos caer en las clases sojuzgadas, como materia de seguro incendio”. (357) Bulnes criticaba al sistema educativo de su época; estaba hecho sólo para un grupo selecto de la sociedad. Daba lugar a la inconformidad en grupos jóvenes que no podían realizar sus ambiciones posteriormente. Su preparación intelectual, servía sólo para hacer conscientes de su situación a los miembros de su clase social y de otras clases inferiores.

Ocasionaron el fin de la dictadura y la caída de Porfirio Díaz, el “proletariado intelectual” y los burócratas de la clase media, desde el punto de vista de Francisco Bulnes. Respecto a los segundos, habían apoyado al régimen por conveniencia propia. Al momento de estallar la Revolución, se volvieron en su contra y se unieron a los intelectuales de su misma clase social.

Para los fines que perseguían algunos miembros de la clase media, era innecesaria la violencia porque “el verdadero amo de la patria era el proletariado intelectual, que no quiso esperar a la muerte de Díaz para asumir el poder”. En cuanto a la burocracia, fue absurdo que permitiera la difusión de la enseñanza entre el “peladaje”, porque éste la desplazaría de sus empleos y de su influencia en el gobierno. Según estas ideas de Bulnes, era a los intelectuales de la clase media a quienes les correspondía gobernar; de hecho, estaba asignando a los individuos un lugar definido en la sociedad. El campo de la actividad intelectual y política estaba reservado a la “mesocracia” y no a los miembros de la clase popular que quisieran progresar mediante la educación. Así pues, “la ilustración (residía) en la clase media”, que pudo “evitar una revolución. . . Y si esa clase no hizo lo que su gran ilustración le prescribía, fue porque le sobraba corrupción, le sobraba envidia. . .”. El progreso del país se debía al proletariado intelectual, que, aunque “vicioso en su masa, tuvo a su frente una Plana Mayor de eminencias” que en un principio “pudieron luchar contra el proletariado demagógico”.

En cuanto a los fines sociales que decían perseguir los dirigentes revolucionarios, si lo que

(356) *Ibidem*, p. 425, 426, 405, 259

(357) *Ibidem*, p. 255

buscaban realmente era el beneficio del pueblo. “la mesocracia, antes de pretender elevar el espíritu del peladaje, debió haber elevado los jornales, la justicia tendida en el fondo de las consignas, el sistema latifundista caduco, transformándolo por medio de la pequeña propiedad en potencia popular conservadora. Debió hacer el progreso orgánico en el pueblo, antes que el superorgánico”⁽³⁵⁸⁾. Además de criticar toda la actuación de los revolucionarios de la clase media, Bulnes culpaba a ésta de la situación en que se encontraba el pueblo. No se daba cuenta —o fingía no hacerlo—, de que la injusticia social provenía de su misma clase, la cual tenía en sus manos el poder político y la riqueza del país.

Para concluir la exposición de sus ideas, podemos decir que Bulnes era consciente de la existencia de una clase media en su época, de la cual se expresó con bastante amplitud. Los términos con que se refirió a esta clase social fueron abundantes: el más genérico fue el de “mesocracia”, pero hubo otros tales como “raza burguesa”, “raza criolla y mestiza”; “proletariado profesional”, “gente decente proletaria”, “perezosa clase mesocrática”, “pequeña burguesía”, “desheredados de levita”, “demagogos”, “jacobinos”, “medio pelo mesocrático”, “mesócratas famélicos”, etc., etc. Con todos estos términos explicó la constitución de los diferentes sectores de la clase media, así como sus diversas características.

Respecto a la integración o constitución de esta clase social, sus miembros provenían del “elemento mestizo” o “popular”, en su mayoría; había también algunos descendientes de la “raza criolla” Bulnes destacó al sector intelectual principalmente, quizás por la importancia que atribuía al grado de inteligencia de las personas, así como por la participación que tuvo aquél grupo de la clase media en la Revolución de 1910.

La situación del sector de intelectuales profesionistas, causaba su descontento e inconformidad, ya que llevaban una forma de vida que no les satisfacía. Culpables de esa situación eran el gobierno y la clase rica, que les negaban la oportunidad de mejorar. Aunque Bulnes era partidario de la dictadura y miembro de la clase alta, reconoció a veces sus errores.

El otro sector de la clase media al que este autor se refirió con amplitud, estaba formado por la burocracia, elemento más numeroso dentro de su clase social, que se mostraba adicto al régimen por los beneficios que éste le proporcionaba.

Algunas características generales de la forma de vida de esta clase fueron también mencionadas.

Por lo que se refiere a las relaciones entre la clase alta y la clase media, especialmente en el sector intelectual de esta última, Bulnes captó que existía un fuerte antagonismo entre ellas, provocado por la situación y la forma de vida de la primera.

En el pensamiento de este autor, la última idea importante que encontramos respecto a la clase media, fue la de su participación en los acontecimientos relacionados con la Revolución de 1910. La actuación de los sectores intelectual—profesionista y burócrata, especialmente del primero, fue decisiva para el triunfo de la causa revolucionaria. Dicha actuación se caracterizó por la organización y dirección del movimiento, así como por la difusión de ideas subversivas en el pueblo.

La clase media tenía motivos para sentirse inconforme con su situación general. De esta

(358) *Ibidem*, p. 374, 375, 260

manera se explica la intervención de algunos de sus miembros en la acción revolucionaria, que, por otra parte, no era justificable, ya que con la muerte próxima de Porfirio Díaz las cosas habrían cambiado favorablemente para esa clase social.

El desprecio que sentía Bulnes hacia la clase media, podría explicarse tal vez porque no estaba de acuerdo con la intervención de sus sectores intelectual y burócrata en la Revolución, así como por el antagonismo existente entre esta clase social y la suya. Y en cuanto a la Revolución, es posible comprender en parte su pesimismo, teniendo en cuenta que escribió acerca de ella fuera de México, cuando éste pasaba por un período crítico de su historia, pues Madero no había podido resolver los problemas posteriores a la caída de Díaz. La Revolución sólo significaba anarquía y caos en esos momentos.

A veces nos resultó difícil analizar el pensamiento de este autor, tal vez por lo que afirmó acerca de él Silva Herzog: “mezcla las afirmaciones correctas con las inexactas y lo verdadero con lo falso. . . En ocasiones sus juicios parecen de un escritor radical de izquierda y a veces de un reaccionario ciento por ciento”.⁽³⁵⁹⁾

Emilio Rabasa.

Estudiaremos ahora el pensamiento de Emilio Rabasa, “hombre inteligente y culto, con el cuadro de ideas que sirvió de norma a su generación”.⁽³⁶⁰⁾ Positivista, perteneció también a la clase alta de la sociedad de su época. De sus obras, las que hemos examinado más detenidamente para conocer sus ideas referentes a la sociedad y a la clase media, son *La Evolución Histórica de México y la Constitución y la Dictadura, Estudio sobre la Organización Política de México*. Debido a que en ellas aparecen integrados los aspectos político y social, puesto que su autor los relacionaba constantemente, otorgando cierta preferencia a los conceptos jurídicos, nos fue difícil en ocasiones interpretar únicamente las ideas relacionadas con nuestro tema.

La primera idea que encontramos en su pensamiento es que la sociedad se hallaba regida por principios indiscutibles, idea propia de muchos positivistas. Explicó el desenvolvimiento histórico y social de México, por medio de las leyes de la naturaleza: “que los pueblos, . . . están sometidos a leyes que rigen su marcha, es una verdad que ha entrado ya sin reservas en el dominio y en el capital de la conciencia. . . México está, como todos los pueblos, bajo la influencia de las leyes naturales sociológicas”.⁽³⁶¹⁾

La sociedad mexicana empezó a formarse durante la Colonia. Algunos elementos sirvieron para unir a la raza blanca y a la indígena: “. . . el espíritu religioso tan predominante entonces. . . fue el lazo espiritual que perduró en todo tiempo. El lazo social se formó en la generación de las castas”

No obstante, fueron mayores las diferencias que separaron a los componentes de la sociedad. Los indígenas se encontraban alejados del resto de la población, por las condiciones de vida que les impusieron los conquistadores. Los blancos se hallaban divididos entre sí a causa del lugar de su nacimiento y de su situación general. En cuanto a “los mestizos. . . , ninguna preocupación social los separaba de los criollos, se ligaban con éstos en su aversión por los

(359) Silva Herzog, *El Pensamiento Económico*. . . , p. 366, 367

(360) *Ibidem*, p. 398

(361) Emilio Rabasa, *La Evolución Histórica de México*, México—París, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920, p. 65, 335

españoles, y los que tenían su educación se confundían con ellos sin resabios ni diferencia ninguna”⁽³⁶²⁾

Rabasa no se refirió a clases sociales distintas para señalar las diferencias que encontró entre los miembros de la sociedad colonial, salvo en el caso de los españoles, a quienes en términos generales colocó en la “clase superior”. Sin embargo, mencionó algunos factores que a su juicio distanciaban a los individuos entre sí —como la educación, por ejemplo—. Entre dichos factores no figuraron el económico ni el racial. A pesar de la importancia que a esto último le daban los españoles europeos, “el pueblo consciente de la Colonia no tuvo sino motivo para ver con indiferencia las distinciones del rango fundadas en el nacimiento, tanto por la insignificancia de la nobleza que conoció, como por la aceptación de los mestizos en la familia y en la sociedad”⁽³⁶³⁾

Nos llama la atención que no le diera la importancia que otros autores de su época le atribuyeron al elemento racial —como creemos que efectivamente lo tuvo—, para diferenciar entre sí a los miembros de la sociedad durante la Colonia. No creía que dicha sociedad considerara determinante el factor étnico en su constitución. Los mestizos eran aceptados en ella con facilidad.

El sector mestizo se identificaba con el criollo. Ninguna “preocupación social” los separaba. Solamente servía para unirlos o diferenciarlos la educación recibida.

Por las anteriores ideas, nos damos cuenta de la importancia que atribuyó al mestizo desde su formación. El grupo mestizo de la sociedad colonial, pudo rápidamente integrarse en ella.

La importancia que adquirieron criollos y mestizos se manifestó durante la Independencia. Rabasa siguió identificando a los dos grupos sociales: “Los criollos y los mestizos hicieron la independencia de México, confundiéndose en el nombre general de americanos con que se dirigían a ellos sus primeros caudillos. . .”⁽³⁶⁴⁾ En la sociedad mexicana se registró una modificación: la ausencia del elemento español; sus demás integrantes quedaron unidos por los mismos ideales patrióticos.

De estos elementos de la sociedad, “al conquistar su independencia, había en México, una clase superior, que tenía que ser la directiva, con la instrucción de la época y con las ideas políticas y filosóficas contemporáneas, y al lado de esa minoría, fuerte por su desenvolvimiento, una enorme mayoría de gentes que no podían comprenderlas. La porción intelectual tenía que dirigir, y que hacer dentro de sí misma la evolución que las ideas nuevas imponían al mundo civilizado, y no podían hacerla paulatinamente, porque, al comenarla, vivían siglos atrás en la práctica y en plena actualidad en cuanto a ideas. Si la clase superior hubiese estado sola, la lucha podría haber sido breve. . .; pero la multitud ignorante y tan atrasada en instrucción como en educación era un acervo común. . .”⁽³⁶⁵⁾

Como podemos ver, el autor no mencionó la existencia de sectores intermedios entre esa minoría intelectual y la mayoría ignorante, sectores que pudiéramos considerar en esos momentos una clase media fuerte.

(362) Emilio Rabasa, *Retratos y Estudios*, Pról. y Selección de Manuel González Ramírez, México, Imprenta Universitaria, 1945 (Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 59), p. 82, 83, 87, 88

(363) *Ibidem*, p. 90

(364) Rabasa, *La Evolución Histórica*. . ., p. 25

(365) *Ibidem*, p. 64, 65

Durante el siglo XIX, se registró cierta movilidad en las clases sociales. Algunos individuos podían ascender de posición gracias a “su capacidad moral e intelectual”. “El concepto de la sociedad se extendía a la masa extraña a las costumbres y las ideas cultas, y si de ésta se desprendía accidentalmente un individuo modificado por el contacto con aquélla, pasaba sin obstáculo de prejuicio a mejor capa social. La capacidad moral e intelectual del individuo había sido demostrada por numerosos ejemplares”.⁽³⁶⁶⁾

A pesar de que Rabasa se refería a distintas clases sociales, consideraba que había entre los componentes de la sociedad una “igualdad absoluta” en diversos aspectos; igualdad que tenía especialmente su base en el mestizaje: “Durante la vida independiente de México, que cuenta ya cerca de un siglo, las mismas agitaciones del país han servido para continuar el trabajo de mezcla y confusión de esos tres componentes de la población nacional (criollos, mestizos e indios), como si materialmente se hubiera sacudido el vaso que las encierra, y la igualdad absoluta que les dieron las teorías revolucionarias, que ni las viejas costumbres impedían, se hizo práctica en el ejército, en la iglesia, en la política, lo mismo que en todas las manifestaciones del trabajo”.⁽³⁶⁷⁾

Del pensamiento social de Rabasa referente a los años anteriores a la época porfirista, se destaca la idea de la influencia ideológica que atribuía a los miembros de las clases superiores sobre los de las clases inferiores, así como la preponderancia de ideas radicales en algunos individuos pertenecientes a la clase media.⁽³⁶⁸⁾

Nos interesa señalar que Rabasa era consciente de la existencia de tres clases sociales antes del régimen porfirista. En la superior y en la media radicaba la instrucción, y con ella, la influencia de las ideas sobre la clase popular. En cuanto a su formación ideológica, los principios extremistas o jacobinos aparecían en miembros de la clase alta, pero especialmente en los de la clase media; en estos últimos colocaba el autor a “los agitadores y a los propagandistas más eficaces”

Rabasa se mostró más explícito al señalar la clasificación social propia de su época. Al referirse a los factores que intervenían en la formación de las clases, decía: “Las capas sociales, que en México existen bien marcadas y separadas, se determinan primera y casi exclusivamente por la educación; la fortuna interviene muy poco (lo necesario para vestir como la primera clase); la raza no interviene para nada. . .”

De esta manera, las clases sociales no eran cerradas; permitían el acceso a ellas condicionado únicamente por la preparación intelectual del individuo, por su cultura en general.

Si por una parte la sociedad se hallaba dividida en clases “bien marcadas y separadas”, por otra se encontraba unificada precisamente por el factor racial. La sociedad mexicana era una sociedad mestiza porque el elemento mestizo predominaba en ella y aumentaba constantemente: “seguirá predominando más cada día por el número, por la aceptación de la clase superior en que ya domina, por su influencia política, que no es la primera sólo porque no hay número de orden en clases que se han confundido en una de hecho y de grado”.⁽³⁶⁹⁾

(366) *Ibidem*, p. 243

(367) *Ibidem*, p. 30

(368) Apud en: *La Constitución y La Dictadura. . .*, p. 43; *La Evolución Histórica. . .*, p. 77, 78

(369) Rabasa, *La Evolución Histórica. . .*, p. 66. “Según el censo último (1910), de los 15 160 000 habitantes un 20 por ciento es de blancos, 37 por ciento de indios y 43 por ciento de mestizos. . . Es evidente que la casta mestiza, ya superior en número a las otras, no tardará mucho en igualarse a las dos juntas. . .; puede decirse que la nación consciente tiene mayoría mestiza”. *Ibidem*, p. 32, 33

Con relación a las clases sociales, nos damos cuenta de que Rabasa consideraba que en la clase superior predominaba el elemento mestizo de la sociedad. Por ser el más numeroso, creemos que también este elemento integraba en buena parte a la clase media, aunque en realidad no fue expuesta por el autor esta última idea.

La clase alta estaba formada por la aristocracia “católica” y por los científicos. Ambos grupos constituían los “elementos conservadores” de la sociedad. Dichos elementos “son los dueños de la riqueza, de la cultura y del buen juicio que hay en toda nación”.⁽³⁷⁰⁾

Así, esta clase era la más importante del país. De sus miembros, se destacaban los científicos, colaboradores de la dictadura, sobre la que “tenían la influencia del saber y el talento”.⁽³⁷¹⁾ A su vez, el gobierno apoyaba a este grupo minoritario manteniendo el orden y la paz que aseguraba sus intereses. Al respecto decía Rabasa que en el orden político “‘la democracia no tiene peores enemigos que los hombres de las clases superiores’”.⁽³⁷²⁾, porque ellos son inútiles en las contiendas políticas, ya que siempre están de parte del gobierno establecido que asegura su bienestar.

Sin definir claramente la composición de la clase media, Rabasa destacaba la importancia de esta clase social en todos los aspectos: “Durante . . . la larga gobernación (de Díaz), la clase media, aumentada por el crecimiento del trabajo y de la riqueza, se desarrolló por la instrucción que recibía, no sólo en las escuelas primarias, sino en la enseñanza superior, en las normales fundadas en el Distrito Federal y en todos los Estados, y en las profesionales, que abrían a todos sus puertas con liberalidad y sin excepciones”.⁽³⁷³⁾

La nación entera recibió el beneficio de la administración llevada a cabo por el régimen porfirista; especialmente, la clase media pudo prosperar gracias a ella: “El pueblo vió alzarse delante de él una nación renovada, obra de sus manos, en las ciudades y en los campos, en la actividad y la riqueza, en la tranquilidad de los hogares y la seguridad de la familia; las costumbres se cambiaron y la educación se elevó; el espíritu de la sociedad rompió con los hábitos negligentes del pasado; la clase intermedia aumentó su masa, prosperó en bienestar y sintió su fuerza; todo el programa material se reflejó en la nación como transformación de perspectivas y de esperanzas. . .”.⁽³⁷⁴⁾

Aunque Rabasa no mencionó la existencia de una burguesía, se refirió a los elementos que la formaban, desde el punto de vista de otros autores de su época: trabajo, riqueza e instrucción, elementos que fueron la base del crecimiento de la clase media.

El progreso general del país no estaba de acuerdo con su evolución política. Hacia 1900 la opinión pública dejó de apoyar a Díaz: “no lo combatió, pero se divorció de él”. Se sentía “la aspiración general por un régimen en que los destinos de la nación no dependieran de una sola voluntad, con mayor amplitud en la intervención popular, con renovación de los hombres, para que tuvieran o siquiera temieran la responsabilidad ante la opinión, al volver a la vida privada. . . El sentimiento desfavorable al Presidente. . . era de cansancio y de impaciencia”. Por lo que se refiere a la clase media, “precisamente porque la instrucción se difundía por todas partes y la clase media se desarrollaba y multiplicaba, era de esperar que se la hiciera partícipe en las tareas

(370) Rabasa, *La Constitución y La Dictadura*. . . , p. 202

(371) Rabasa, *La Evolución Histórica*. . . , p. 144

(372) Silva Herzog, *El Pensamiento Económico*. . . , p. 397

(373) Rabasa, *La Evolución Histórica*. . . , p. 232, 233

(374) *Ibidem*, p. 336, 337

públicas y que todos los ciudadanos aptos tomaran parte en la renovación de los funcionarios que regían al país”.⁽³⁷⁵⁾

De los miembros de esta clase social, sólo los liberales que habían llevado a Díaz al poder, individuos del mismo grupo ideológico que alcanzó el triunfo en las guerras de Reforma y de Intervención, tenían una participación importante en los asuntos políticos del país. Desde que se inició el régimen, se pusieron en contacto con la clase alta, que les permitió intervenir en la administración política, que antes le era casi exclusiva. Entre los políticos de las dos clases sociales se suscitaron diferencias: los científicos llamaron jacobinos a sus adversarios “porque invocaban siempre principios teóricos absolutos, que son los adecuados para sostener la autocracia real en nombre de las libertades puras.”⁽³⁷⁶⁾

Aparentemente, las diversas clases sociales se unificaban en torno a la persona de Porfirio Díaz: “cada clase social tenía un motivo de adhesión. . .; pero todo esto era tan personal, que mientras todo se relacionaba con él, la cohesión entre las clases, los grupos, las unidades, era nula”.

Aunque “cada una de las capas del pueblo consciente tenía motivos para encariñarse con la paz, puesto que sentía sus beneficios”, hacia 1910 todas las clases sociales expresaban su inconformidad por la perpetuidad de la dictadura. Ello se demostraba porque en “México había opinión pública, que si no podía manifestarse en partidos políticos organizados, hablaba con libertad y sin escrúpulos en todas las clases y en la extensión del país”. La inconformidad “era común a la clase de cultura y posición superiores, a la media, a la parte de las clases populares que es capaz de concepciones más o menos claras de la organización política. . . Este sentimiento general fue en realidad lo que determinó la caída del gobierno del general Díaz”.⁽³⁷⁷⁾

A pesar de todo, “el pueblo no quería revoluciones. . . Quería, sí, un cambio de gobierno; pero no lo habría aceptado a costa de la paz y del bienestar del país, (porque) una revolución que para llegar al fin político tiene que destruir una clase social superior, desconocer la propiedad en que la sociedad se asienta. . ., rompe inevitablemente el asiento de la estabilidad de un pueblo y relaja todos los vínculos de la unidad social. Las luchas de tal género, son necesariamente gérmenes de anarquía”.

Rabasa condenó la Revolución lo mismo que a todos sus dirigentes. La Revolución de 1910 fue “un movimiento sin prestigio, sin elementos, sin nada que le permitiera el triunfo” Tal vez entre los líderes revolucionarios colocaba a miembros de la clase media, por los términos en que se refirió a ellos: “No se levantó en todo el país un solo hombre cuyo nombre sonara con prestigio en la nación. . . Con excepción de unos cuantos que rodearon de cerca a Madero, con más ilustración y más notoriedad que él, los que por todas partes aparecían eran de condición inferior bajo todos respectos. Un maestro de escuela en un Distrito, un exprefecto destituido en otro. . .; un empleado comprometido en cuentas, algunos con sueños de régimen de libertad que parece tan fácil y tan sereno, otros con la perversidad que va a sabiendas a espumar en el desorden y a la disputa del botín. . ., hombres desconocidos y de extraña moralidad”. Entre ellos había también “comerciantes quebrados, empleados despedidos, soñadores de buena fe, demagogos regeneradores. . .”, etc., etc.⁽³⁷⁸⁾

(375) *Ibidem*, p. 159, 231, 232, 233

(376) *Ibidem*, p. 142

(377) *Ibidem*, p. 157, 158, 180, 181, 233

(378) *Ibidem*, p. 180, 43, 228, 230, 231, 217, 218.

En el aspecto político, las ideas de algunos miembros de la clase media influían sobre otros. Afirmaba Rabasa, hacia 1900: “la fe ciega (en la Constitución) no existe ya en las capas sociales que ocupan tanto las clases directoras como las que pueden eslabonaras con las inferiores; pero no es bien que la finjan, puesto que saben cuán fácilmente se agitan las pasiones ligadas al amor fanático, en las masas incultas que forman un credo de sus sentimientos en los discursos patrióticos de los oradores de fiesta cívica”. Y ya en vísperas de los acontecimientos revolucionarios, decía: “la apelación al derecho y á las verdades absolutas, que se muestran como ideales para agitar á los pueblos, conmueven y exaltan á la mayoría consciente, que vive de aspiraciones, porque las realidades de la existencia hacen propender á los impacientes á un estado nuevo que siempre suponen mejor”.⁽³⁷⁹⁾

Los dirigentes de la Revolución se valieron de la prensa para difundir sus ideas: “Los diarios fueron asumiendo una actitud de independencia que nunca antes mostraron y se inclinaron visiblemente a la oposición, sabiendo que sería el mejor modo de aumentar su venta. . . Predicaron ideas disolventes y de tono agresivo. La obra de la prensa ., fue. . el trabajo revolucionario más amplio, más tenaz, más fuerte. .”⁽³⁸⁰⁾

Hasta aquí los principales conceptos de Rabasa referentes a la Revolución, relacionados con la clase media que participó en ella con sus ideas, dirigiendo en parte el movimiento y difundiendo su pensamiento revolucionario. Aunque el autor condenó la Revolución en todos los aspectos, consideramos que hasta cierto punto la explicó. Políticamente, debería terminar la dictadura porque las leyes de la evolución así lo habían determinado. Además, como la voluntad popular no se respetaba, “nada hay que dé mayor conciencia del propio derecho que el hacerlo prevalecer por la fuerza”.⁽³⁸¹⁾

Con respecto a la sociedad, y especialmente a la clase media de su época, podemos concluir que las principales ideas de Emilio Rabasa fueron las siguientes: La sociedad mexicana empezó a formarse durante la Colonia. De sus elementos se destacó por su importancia social el mestizo, identificado en buen parte con el criollo. El factor étnico no intervino en la diferenciación de los miembros de la sociedad; por el contrario, sirvió para unirlos.

Después de la Independencia, el mestizaje continuó siendo el elemento de unión de las diversas clases sociales, que por entonces ya se habían transformado. No hubo en esos momentos una clase media fuerte, pero en el transcurso del siglo XIX fue adquiriendo importancia, gracias a su preparación intelectual sobre todo.

En la época porfirista, las diversas clases sociales se encontraban bien definidas por el grado de cultura y por la situación económica de sus miembros. De ellos, los mestizos constituían el grupo más numeroso e importante de la sociedad.

En el pensamiento de Rabasa, la clase media era, durante la dictadura porfirista una clase fuerte, numerosa y en constante progreso, gracias a la brillante administración del régimen. Sólo un sector de dicha clase se hallaba inconforme con su situación, debido a que no se le permitía participar en la dirección política del país. De ese grupo de descontentos surgieron algunos dirigentes y miembros activos de la Revolución de 1910.

(379) Rabasa, *La Constitución y La Dictadura*. . . , p. 111, 165

(380) Rabasa, *La Evolución Histórica*. . . , p. 212, 217

(381) Rabasa, *La Constitución y La Dictadura*. . . , p. 112, 329

Andrés Molina Enríquez.

“Juez de pueblo en la época de la dictadura de Porfirio Díaz, Andrés Molina Enríquez presenció las arbitrariedades e injusticias de los hacendados y de los caciques. Por eso en su obra intelectual se advierte la protesta y la inconformidad con una organización social basada en la explotación por el fuerte de los económicamente más débiles. . . Molina Enríquez no fue economista, aun cuando trató temas económicos; fue mas bien un sociólogo . . . que escribió sobre los problemas de México con valentía, independencia de criterio y amor apasionado a su pueblo. . .”⁽³⁸²⁾

La posición de Molina Enríquez frente a algunos acontecimientos fue distinta a la de los autores estudiados anteriormente, especialmente a Bulnes y a Rabasa, quienes defendieron los intereses de su clase social.

Las obras escogidas para analizar su pensamiento en relación a la sociedad, fueron: *Los Grandes Problemas Nacionales*, *Las Clases Sociales Mexicanas durante el Porfiriato* (estudio basado en la obra anterior) y *La Revolución Agraria de México*.

Formado también en el positivismo, el autor que estudiamos, “como filósofo de la historia. . ., distingue varias etapas en la evolución social de México.: . . (la) de un poder coactivo e integral durante el período colonial. A éste sigue una etapa de desintegración que se caracteriza por la existencia de un estado de desorden y anarquía. . . Esta etapa inicial del México independiente concluye con el Plan de Ayutla. . . La época de la Reforma corresponde a una etapa de transición. . .”, que dura hasta la caída del Segundo Imperio, y después del mismo comenzó el período de integración que se prolongaba hasta la época porfirista. De acuerdo con sus ideas, tres causas determinaban los acontecimientos históricos: “las que derivan del medio físico—social; las que se refieren a la raza y las que se relacionan con el momento histórico”⁽³⁸³⁾

Para clasificar a la población nacional, Molina Enríquez se basó en los “elementos étnicos” y en los grupos derivados de ellos, que con su actuación determinaban los hechos históricos.

En la sociedad colonial, tuvo especial importancia el mestizaje. A pesar de la repulsión que había entre las castas española e indígena, ambas se fueron mezclando paulatinamente. A los españoles no sólo les interesaba mantener la pureza de su sangre, sino también su condición de clase superior; y a los indígenas les importaba salvarse de “una desaparición total y definitiva”. “Pero la desproporción entre el número de los indios y el de los españoles, obligó a éstos a transigir con aquéllos, hasta incorporarse unos con otros para la vida común”. Debido a sus distintas culturas, se fusionaron las dos razas pero “la incorporación. . ., no pudo, por desgracia, ser una compenetración, y tuvo que ser una articulación mecánica, que dividió la población total en dos castas distintas”

El número de mestizos fue reducido; no pudieron sobreponerse a las castas de origen. “Además, como éstas no los dejaron adquirir intereses, porque una y otra eran ya dueñas de todas las tierras, les fue imposible acumular fuerzas bastantes para desarrollar una acción poderosa”. También la falta de uniformidad y coordinación entre ellos, les impedía adquirir fuerza. “Los mestizos, por consiguiente, tenían que tener grandes dificultades para formar un grupo social compacto y de acción común”

(382) Silva Herzog *El Pensamiento Económico*. . ., p. 468, 472

(383) Agustín Cué Cánovas, “Prólogo”, en: Molina Enríquez, *Juárez y La Reforma*, p. 12, 13

Carentes de intereses económicos, los mestizos buscaron medios de vida en otras actividades, proporcionadas principalmente por la Iglesia. “El problema de la colocación de los mestizos, era ya problema de difícil solución desde la Época Colonial”. Este problema atravesó el primer siglo de nuestra Independencia, provocó la Reforma y determinó la Revolución Agraria de 1910.⁽³⁸⁴⁾

Con respecto a los otros elementos raciales de la sociedad colonial, los españoles y los criollos tenían en sus manos el poder y la riqueza. “Constituídos en casta superior, se cerraban lo más posible a los mestizos”.

Los indígenas conservaban algunas tierras (en los pueblos, por dotaciones, etc.); vivían de ellas y contaban con el jornal de su trabajo, aunque fueran explotados por la casta superior. Tenían “un interés de casta correlativo al de la otra, o sea, el de cerrarse también a los mestizos”,⁽³⁸⁵⁾

Después de la Independencia, la expulsión de los españoles significó para los demás grupos “el ascenso de un grado en la escala social, ó lo que es lo mismo, un bienestar de gran consideración” La Independencia dejó tres grupos de acción social: los criollos civiles o laicos, los criollos clero y los indígenas, que no correspondieron exactamente a los tres elementos de raza provenientes del período colonial: criollos, mestizos e indígenas. Estos grupos se subdividieron y su constitución sufrió algunas transformaciones hasta la época porfirista.

Entre ellos había un acercamiento constante: “en la clasificación de razas que hacemos —afirmaba Molina Enríquez—, los elementos y grupos que señalamos, no están separados y aislados de un modo absoluto: por lo mismo que han vivido en íntimo contacto, y han estado en plena cooperación desde la Independencia, se han mezclado y confundido mucho, pero se los reconoce fácilmente, primero por sus caracteres exteriores y después por sus tendencias. .” Cada estrato o capa es una verdadera casta, sin que exista entre unas y otras una separación absoluta. “La forma Republicana de Gobierno. . ., ha contribuido en mucho á atenuar las diferencias y á confundir los límites que las separan entre sí”, ya que al establecer la igualdad civil, “ha favorecido. . . la confusión de razas, preparando la formación de una sola”⁽³⁸⁶⁾.

Durante la época porfirista, la “estratificación social” estuvo basada en los diferentes elementos raciales. De acuerdo con ellos las clases sociales se dividieron en: las altas o privilegiadas, formadas por los extranjeros (norteamericanos y europeos), los criollos (nuevos o liberales, señores y clero), casi todos los mestizos (directores, profesionistas, empleados, ejército y obreros superiores) y un grupo del elemento indígena (clero inferior); la clase media, integrada únicamente por el grupo mestizo de los pequeños propietarios individuales y de los rancheros; y las clases bajas formadas por la mayor parte de los indígenas (soldados, obreros inferiores, propietarios comunales y jornaleros).

El elemento racial mestizo era el más importante de todos. Por este motivo y por estar constituida la clase media por uno de sus grupos, exponemos sus características generales y su participación en los acontecimientos históricos posteriores a la época colonial.

La población mexicana, racialmente considerada, era de color con respecto a las razas

(384) Andrés Molina Enríquez, *La Revolución Agraria de México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1932, p. 108, 74, 75, 81, 110, 113, 124

(385) *Ibidem*, p. 124

(386) Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas Nacionales*, p. 37, 215

nórdicas, debido a su mezcla de sangre indígena, española y mestiza. El tipo más común y equilibrado del mestizo constituía “un bello tipo racial” En ningún aspecto era inferior al blanco; por el contrario, lo superaba en algunos rasgos somáticos y psíquicos, mientras que moral y culturalmente era distinto.

El mestizo habitaba principalmente la región central del país o “zona fundamental de los cereales”, que era la región más rica y poblada del territorio.

Después de la Independencia, “todos los grupos mestizos tenían un mismo ideal: desprenderse de los demás elementos de raza y sobreponerse á ellos”. Repugnaban de los criollos su catolicismo, que en ellos no se había formado como en los españoles, su sentimiento de autoridad y sus tradiciones aristocráticas; de los indígenas repugnaban su abyección de raza servil y su catolicismo semi-idolátrico. Y como todas éstas eran “formas de opresión opuestas á la expansión de su propia raza, dieron á su deseo de libertarse de ellas, la forma de un deseo de libertad, que los llevó después á llamarse liberales”⁽³⁸⁷⁾.

La resultante del carácter y de las aspiraciones de los mestizos fue una mezcla de furor antirreligioso, igualitario y vengador, progresivamente alentado por todos los apetitos no satisfechos durante siglos, desde el hambre hasta la instrucción y sostenido por la energía indígena de su sangre.

El ideal común de los mestizos pudo realizarse gracias a su participación en el Plan de Ayutla y en los acontecimientos posteriores. Hasta entonces, habían fracasado en su intento de sobreponerse a los demás elementos raciales, especialmente a los criollos, que constituían las clases privilegiadas del país y que les habían impedido el acceso a los cargos públicos, haciendo recaer en ellos y en los indios las cargas de la tributación y despojándolos de sus tierras que había respetado la dominación española. La Revolución de Ayutla coincidió con el agotamiento de la lucha que se hacían los grupos de “criollos señores” y “criollos clero”, debida a las diferencias que había entre ellos a causa de sus propiedades territoriales; su debilitamiento tuvo lugar “precisamente cuando el elemento mestizo tendía á integrarse y se iba á integrar”⁽³⁸⁸⁾.

Como consecuencia de la aplicación de las Leyes de Reforma, la Iglesia perdió sus propiedades. Algunas de éstas fueron adquiridas por los mestizos que las acrecentaron también gracias a la circulación de una parte de la propiedad municipal y otra parte de la comunal indígena. A partir de entonces se convirtieron en clase social de intereses, ya que tuvieron una base económica que proteger. “El hecho de que los mestizos comenzaran á ser clase de intereses, significó la consolidación de su preponderancia, y esto ha significado el afianzamiento de la nacionalidad, tanto en el interior, cuanto para el extranjero.”⁽³⁸⁹⁾

Precisamente la clase media en la época porfirista se hallaba integrada por el grupo de mestizos pequeños propietarios individuales y de los propietarios comunales de la propiedad ranchería, provenientes en buena parte de los años posteriores a 1854. Hay que tomar en cuenta que algunos de ellos conservaban las tierras que les habían legado sus antecesores desde la época colonial, y que después de la Independencia, casi todos las perdieron por diferentes circunstancias. Con la Revolución de Ayutla las recuperaron o pudieron adquirir otras.

(387) *Ibidem*, p. 41, 42

(388) *Ibidem*, p. 37

(389) *Ibidem*, p. 62

Durante el régimen porfirista, pretendieron establecer definitivamente su base económica en la propiedad territorial, lo que no lograron porque no pudieron acrecentar sus pequeños intereses. “El Gobierno del General Díaz no creyó necesario ocuparse del fraccionamiento de los latifundios ni de las demás cuestiones relacionadas con él”⁽³⁹⁰⁾ Esperaba que con las ocupaciones y los salarios que daba a los mestizos y a los indios, éstos se darían por satisfechos, lo cual no era así, ya que al carecer de asiento económico, se presentó en estos dos elementos sociales el descontento y la inconformidad, que agravados con el tiempo dieron lugar a la Revolución de 1910.

En consecuencia, el problema de la distribución de la tierra que era fundamental en México, estaba ligado a la falta de una clase social media fuerte en el país: “Clases medias propiamente dichas, no existirán hasta que la división de las haciendas, ponga un grupo numeroso de mestizos pequeños propietarios, entre los extranjeros y criollos capitalistas, y los rancheros y los indígenas de las clases bajas. Por ahora, nuestro cuerpo social, es un cuerpo desproporcionado y contrahecho. . . las clases bajas día por día, empeoran de condición”⁽³⁹¹⁾

La idea central del pensamiento de Molina Enríquez, histórica y socialmente considerada, se refería precisamente al problema agrario, relacionado con el elemento racial mestizo que era el más importante en la sociedad porfirista: “De la Independencia para acá, . . . todas las revoluciones de conjunto. . . , son partes de un mismo todo. . . , de una sola revolución que ha durado más de un siglo. . . La Revolución total de nuestra vida de independientes. . . , ha tenido un solo objetivo claro y perfectamente delineado, que ha sido destruir la gran propiedad, o sea las grandes haciendas, y dar sus tierras a los mestizos, para que éstos tengan el asiento económico de la producción agrícola.

En tanto existan los latifundios. . . , todo período de paz, será transitorio: tras él vendrá la Revolución inevitable, persiguiendo su propósito invariable y trascendental”⁽³⁹²⁾

En el concepto de Molina Enríquez acerca del mestizaje como proceso histórico, se manifiesta el elemento racial mestizo como preponderante en la sociedad de su época.

El mestizaje aún se encontraba en una etapa de formación, tanto étnica como culturalmente, En lo futuro el mestizo constituiría un nuevo tipo racial, “fuerte de cuerpo y despejado de espíritu, capaz de crear y de sostener la nacionalidad mexicana” del porvenir, nacionalidad de la que era el verdadero representante.⁽³⁹³⁾ “La base fundamental de la política interior (tendría) que ser la continuación de los mestizos como elemento étnico preponderante y como clase política directora del país, para lograr: el crecimiento natural de la población, la creación de una nacionalidad, y el establecimiento de una patria verdadera”⁽³⁹⁴⁾

A partir del triunfo de Juárez sobre la intervención francesa, la familia mestiza, identificada con el partido liberal que era el partido mexicano, fue la más fuerte, la más numerosa y la más patriota.

El elemento mestizo y el indígena fueron los que llevaron al poder a Porfirio Díaz, quien los favoreció durante algún tiempo. Pero a finales del régimen “la desviación del Gral. Díaz de la

(390) Molina Enríquez, *La Revolución Agraria*. . . , p. 86

(391) Molina Enríquez, *Los Grandes Problemas*. . . , p. 220, 221

(392) Molina Enríquez, *La Revolución Agraria*. . . , p. 171

(393) *Ibidem*, p. 125

(394) Agustín Cué Cánovas, “Prólogo”, en: Molina Enríquez, *Juárez y La Reforma*, p. 7, 8

línea de los intereses de los mestizos y de los indios, entre otros factores de orden interno, fue lo que principalmente preparó la caída de la Dictadura. . .”(395).

Para concluir, en el concepto de Molina Enríquez, uno de los problemas fundamentales de México en su época era el de la distribución de la propiedad agraria. Interesado en el estudio de dicho problema, hacía girar en torno a él el desenvolvimiento histórico de la sociedad mexicana.

El origen de la sociedad lo situaba en la época colonial. Durante ella la población quedó clasificada en elementos étnicos, que con su actuación determinaron los acontecimientos históricos.

Los elementos español, criollo e indígena habían formado grupos sociales con intereses comunes, no así el elemento mestizo que careció de las bases necesarias para adquirir fuerza y tener un lugar definido en la sociedad. Numérica y económicamente era un elemento débil que se veía despreciado por las castas que le dieron su origen.

Después de la Independencia y hasta la época porfirista, la sociedad siguió dividida en grupos raciales, cada uno de ellos formado por diferentes sectores que sufrieron algunas transformaciones de más o menos importancia.

Todos ellos guardaban sus propias características, pero el contacto y la mezcla entre los mismos dió lugar a la preponderancia numérica de los mestizos, los cuales buscaron sobreponerse también en otros aspectos, especialmente en el económico, a los demás elementos étnicos.

Políticamente, los mestizos formaron el Partido Liberal o se identificaron con los ideales del mismo. Con el triunfo de este partido adquirieron propiedad territorial, base económica que consolidó su posición en la sociedad. Fue hasta ese momento cuando se convirtieron en clase social de intereses.

En la época porfirista el elemento mestizo era el más numeroso e importante de todos; representaba la nacionalidad mexicana y era el que había logrado adquirir en buena parte el poder político y la supremacía racial. Los grupos en que se dividía este elemento pertenecían a la clase alta, exceptuando uno, que formaba la clase media.

Por pertenecer al elemento mestizo, la clase media era importante; pero desde el punto de vista económico era una clase social débil porque sus propiedades eran demasiado pequeñas y la clase alta no le permitía acrecentarlas. Su función como clase intermedia era casi nula.

De esta manera, podemos ver que Molina Enríquez sólo tomó en cuenta los factores racial y económico en la composición de la clase media, y dentro del aspecto económico consideró como única fuente de riqueza la propiedad territorial.

Siguiendo este criterio, la clase media apenas existió en la época colonial y en la posterior a la Independencia. Hasta mediados del siglo XIX empezó a adquirir intereses económicos y con ellos alguna importancia. En la época porfirista su situación era en cierto modo contradictoria: racialmente, pertenecía al elemento más fuerte de la población, pero en el aspecto económico era débil, al igual que en número de integrantes.

(395) Molina Enríquez, *La Revolución Agraria*. . ., p. 177

Con respecto a la sociedad, D. Andrés Molina Enríquez era consciente de la existencia de tres clases sociales en su época, basadas en elementos de raza. La clase media que concibió, proyectaba su importancia hacia el futuro.

Ricardo García Granados y José López-Portillo y Rojas.

Las ideas referentes a la sociedad y especialmente a la clase media de la época porfirista, no son muy extensas en el pensamiento de otros autores examinados. Por ello hemos decidido exponer sólo algunas ideas generales que denotan la importancia que se atribuía a la clase social que estudiamos.

Entre los pensadores que eran conscientes de la existencia de la clase media en su época —aunque en muy pocas ocasiones la mencionaran— encontramos a Ricardo García Granados y a José López-Portillo y Rojas. Ambos estudiaron de preferencia, en sus obras *Historia de México desde la Restauración de la República en 1867, hasta la Caída de Huerta*, y *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, respectivamente, los aspectos políticos y económicos del régimen, y dentro del aspecto político destacaron la actuación de la dictadura en sus últimos años, así como la participación de algunos sectores de la sociedad en los hechos anteriores a la Revolución Mexicana de 1910, o bien, en los acontecimientos propiamente revolucionarios. Tal vez por eso es que la clase media aparece en varias ocasiones relacionada con estos hechos.

Las ideas generales que encontramos en el pensamiento de los dos autores mencionados, se refieren a que en el aspecto político, económico y ocupacional, la clase media era una clase social desplazada por una minoría que acaparaba el poder y la riqueza del país.

Por lo que se refiere a la participación de la clase media en la vida política, afirmaba García Granados: “Esa clase media, en su mayor parte de la raza blanca o mestiza, la más activa de todas y a la cual pertenece la mayor parte de los intelectuales, encontraba. . . constantemente cerrado el campo en que pudiera ejercer sus facultades políticas, a no ser pasando por las horcas caudinas de la adulación, o de la renuncia parcial de sus ideas. . .”. Por tener cerrado el campo de las actividades políticas, se manifestaba cierto descontento en algunos miembros de esta clase social. Por ello, en la organización de algunas manifestaciones populares efectuadas en contra del régimen, intervinieron “políticos independientes y periodistas”, representando al sector inconforme de la clase media.⁽³⁹⁶⁾

La opinión general de López-Portillo acerca de la clase media, la encontramos también cuando la relaciona con la vida política del país. Comentando algunas de las afirmaciones de Porfirio Díaz hechas a James Creelman en la entrevista que le concedió en 1908, decía: “Es cierto. . . que la democracia tiene que apoyarse en la clase media, que es a la vez activa y trabajadora, y se preocupa por la política y el progreso; pero no es verdad que esa clase haya sido formada por el general Díaz, pues ya existía antes de su gobierno, y, por otra parte, no es, por desgracia, lo bastante numerosa todavía para desempeñar las funciones salvadoras que deben serle encomendadas”.⁽³⁹⁷⁾ Tales “funciones salvadoras” consistían en la dirección política del país.

Acerca de la situación económica y ocupacional de la clase media y aun de muchos miembros de la clase superior, se publicó en el periódico *El Tiempo* el 30 de agosto de 1908 un

(396) Ricardo García Granados, *Historia de México desde la Restauración de la República en 1867, hasta la caída de Huerta*, t. II, p. 22

(397) *Vid supra*, Cap. V, p. 137, 138. José López-Portillo y Rojas, *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, p. 373

artículo en el que se afirmaba que “una veintena de poderosos oligarcas” tenían en sus manos los “negocios financieros” del país y acaparaban los principales puestos “en el campo profesional”. De esta manera, los profesionistas y los hombres de negocios “activos y honrados, con títulos reconocidos para merecer justas consideraciones, (permanecían) aislados, fuera de la órbita de los negocios productivos a que honradamente (tenían) derecho, porque no (eran) gratos a esos círculos opresores”. Después de citar este artículo, lo comentaba García Granados diciendo que “expresaba. . ., de una manera bastante fiel, los sentimientos, no solamente de los ricos desairados, sino de la clase media, a la cual se postergaba demasiado en política y que aun en sus negocios particulares tenía que acudir con frecuencia a la influencia de personajes poderosos. . .”⁽³⁹⁸⁾

También a este desplazamiento de la clase media se refirió López—Portillo: “Los abogados y hombres activos que querían competir con ellos (se refiere al grupo de los científicos) se hallaban en condiciones de absoluta inferioridad a su respecto, y no podían llevar a cabo las grandes combinaciones que los científicos tejían y destejían a su arbitrio, ni organizar las gigantescas empresas que, por la atracción del influjo político, iban a parar a manos de los amigos y favoritos del Ministro de Hacienda. . .”. En cuanto a “los periodistas independientes. . ., no podían vivir, porque la competencia del *Imparcial* los asfixiaba; y los de oposición eran encarcelados y arruinados. . .”⁽³⁹⁹⁾ Los demás eran comprados por el gobierno.

Por las anteriores ideas nos damos cuenta de que tanto para Ricardo García Granados como para José López—Portillo y Rojas, la clase media intervenía en todas las actividades del país, pero siempre en segundo plano, ya que la clase superior le impedía adquirir la fuerza necesaria para progresar, no obstante que era una clase muy capaz y trabajadora. La falta de integrantes era otro motivo por el cual no podía acrecentar su importancia.

De la clase media provenían la mayor parte de los intelectuales, que junto con otros miembros de su clase se sentían inconformes con su situación general. Ese descontento fue el que los llevó a participar en la Revolución de 1910.

Entre nuestras ideas y las de los autores que hemos examinado, encontramos coincidencias y discordancias que sintetizamos a continuación.

Por lo que se refiere al origen histórico de la clase media porfirista, estamos de acuerdo con Sierra en que tuvo su inicio durante la Colonia, aunque diferimos de él con respecto a su composición étnica, ya que según nosotros predominaban los criollos y no los mestizos en esta clase social. De los demás autores, algunos mencionaron la formación de la sociedad mexicana en la época colonial. En relación a la clase media, destacaron la importancia que fue adquiriendo desde la consumación de la Independencia hasta antes de iniciarse la dictadura porfirista. Pero, si para Sierra fue una clase que adquirió fuerza paulatinamente —gracias al poder político—, para Molina Enríquez lo hizo a partir de 1854 —con la adquisición de intereses económicos—, y para Rabasa en cambio, no pasó de ser una clase débil. Finalmente, el mismo presidente Díaz colocó el origen de la clase media y señaló sus principales aspectos dentro de los años que duró su gobierno.

En cuanto a los factores que intervinieron en la composición de la clase media, todos los autores examinados se refirieron a la importancia que tuvo el elemento racial mestizo en la

(398) García Granados, *Op. cit.*, t. II, p. 21, 22

(399) López—Portillo, *Op. cit.*, p. 344

sociedad porfirista, y a su participación fundamental en la formación de la clase que estudiamos. No obstante, mientras que para algunos fue determinante en la diferenciación de los individuos, para otros, este factor sirvió para unirlos. En lo particular, expresamos anteriormente que los elementos raciales de otras épocas se habían confundido de tal manera, que en la época porfirista las diferencias en este sentido ya casi no existían, salvo en la consideración de algunos miembros de la sociedad, especialmente de los partidarios del positivismo. Por ello, y porque entendemos al mestizaje mas bien como un proceso histórico y cultural, creemos que el factor racial no era determinante en la composición de las clases sociales, aunque sí admitimos que intervenía en ellas.

De los demás factores mencionados, concedemos mayor importancia al económico y al político, seguidos del cultural y del ocupacional. Como no somos partidarios del determinismo histórico, negamos la influencia de las leyes de la naturaleza en la posición social de los individuos, tal como la expresaron algunos autores estudiados —Sierra, Bulnes y Rabasa principalmente—. Y en cuanto a la capacidad personal, intelectual y moralmente considerada, tampoco creemos que fuera un factor que permitiera el ascenso social, salvo en casos excepcionales, debido a la estructura creada por el régimen.

Basándonos principalmente en los censos de población realizados durante la dictadura, proporcionamos una cuantificación aproximada de los integrantes de la clase media en esa época, dato que no aparece en los autores a los que nos estamos refiriendo, en parte porque carecieron de la información que nosotros obtuvimos, y en parte porque no prestaron mayor atención al asunto. Estamos de acuerdo con ellos en cuanto a la integración de la clase media, sólo que nosotros incluimos además al grupo de los empleados manuales. Como ellos —a excepción de Molina Enríquez—, también pensamos que los principales sectores de esta clase social eran los urbanos, especialmente los grupos de intelectuales y burócratas, los más representativos de todos.

Por lo que se refiere a las características y a la importancia de la clase media, los autores estudiados confundieron a veces a esta última con la clase superior; para algunos, gracias a la administración del régimen, que proporcionó fuentes de trabajo, riqueza e instrucción, la clase media era la más representativa, el “elemento activo de la sociedad”; a ella se debía el progreso del país. Aunque aceptamos en parte estas ideas, nos damos cuenta de que estos autores se refirieron a los beneficiados por el gobierno, que como ya sabemos, eran sobre todo los miembros de la clase alta. En realidad, ésta era la más representativa de la sociedad porque de ella surgieron “las ideas dominantes de esa época”.

Aceptamos que la clase media, si bien no muy numerosa, era una clase trabajadora e ilustrada, en contacto con la vida política, preocupada no sólo por su prosperidad sino por la de la sociedad en general.

Hemos tratado de referirnos con mayor amplitud que ellos a los problemas de la clase media y a su participación en la vida social, si bien nos servimos de sus obras para complementar los rasgos propios del grupo estudiado.

Su situación política sobre todo —Rabasa—, económica, ocupacional y cultural —Bulnes, García Granados y López—Portillo—, propiciaba la inconformidad de la clase media, porque se hallaba relegada en todos los aspectos mencionados, situación que la obligaba en parte a mostrarse servil ante el régimen. El descontento causado por su forma de vida llevó a algunos miembros de esta clase, intelectuales sobre todo, a tomar parte en la organización de los acontecimientos revolucionarios de 1910, en los que influyeron principalmente con la difusión de

sus ideas entre el pueblo (Bulnes, Rabasa, Molina Enríquez, García Granados y López-Portillo). Hasta aquí, estamos de acuerdo con las ideas mencionadas.

Al exponer la participación de algunos miembros de la clase media en la vida política del país y en los hechos revolucionarios posteriores, de los pensadores que estudiaron este aspecto, Bulnes y Rabasa condenaron a la Revolución y juzgaron negativamente a todos sus participantes, quizás porque esos acontecimientos significaban no sólo el fin de la dictadura sino también el de su misma clase social. Por lo mismo, disentimos de esta opinión, pues pensamos que en la obra del régimen se encontraban las causas de la Revolución, que únicamente algunos de los autores estudiados reconocieron, aunque fuera sólo parcialmente. Los individuos de la clase media que participaron en estos acontecimientos, lo hicieron movidos no nadamas por su inconformidad, sino porque se dieron cuenta de los errores del gobierno y de la situación real de la sociedad, a la cual trataron de beneficiar mediante las transformaciones que necesitaba el país.

La actuación de este sector de la clase media, formado por intelectuales principalmente, fue decisiva en la caída de Porfirio Díaz, si bien no fue dicha clase social la que ocasionó el fin del régimen —como sostenía Bulnes— sino el pueblo en general, acaudillado por algunos individuos de la clase media —según pensaron Rabasa y López-Portillo, entre otros—.

Finalmente, podemos decir que no todos los autores examinados se refirieron a la clase media utilizando este término, tal vez porque no fueron muy conscientes de su existencia. Agustín Aragón, por ejemplo, no proporcionó una idea clara acerca de este sector de la sociedad; confundió clase alta y clase media en el elemento mestizo. Respecto a la época porfirista, tampoco fue muy claro el concepto de Justo Sierra —cosa que no ocurrió al tratar el autor épocas anteriores—. Identificó a la burguesía con el elemento mestizo, en los cuales quedaron incluidos la clase alta y la clase media; tanto para él como para otros autores, empezaba a existir o a cobrar importancia en México una burguesía debido a las nuevas características que presentaba el país. Sin embargo, tal término fue empleado equivocadamente para designar a la clase que estudiamos pues se confundió a ésta con la clase alta, como ya dijimos. Emilio Rabasa proporcionó ideas generales acerca de la composición social de su época. Los demás sí emplearon el término "clase media" para referirse a este sector de la sociedad. Bulnes fue tal vez el más consciente de su existencia.

En realidad, la mayor parte de ellos concedieron más importancia a la clase superior de la época porfirista, o bien, la estudiaron mejor porque era la que tenía en sus manos el poder y la riqueza del país, y porque ellos mismos pertenecían a esa clase dominante y representativa de la sociedad, sin que fueran del todo conscientes de ello. En términos generales, señalaron que la clase superior, en la que predominaban los mestizos, era la principal de todas.

CONCLUSIONES

CAPITULO I

DEFINICION Y COMPOSICION DE LAS CLASES SOCIALES

Las diferencias existentes entre los individuos, así como la estructura de las sociedades que ellos crean, son el origen de las clases sociales. La importancia de éstas, se encuentra en el hecho de que cada una de ellas participa en los acontecimientos históricos de su época —por medio de su actuación como grupo humano—, y de acuerdo con las características que le son propias; al mismo tiempo contribuye a realizar los cambios trascendentales de la sociedad de que forma parte, y sufre a su vez cambios en su estructura interna.

Por su constitución misma, una clase social tiene intereses y aspiraciones específicas. Sus miembros llevan una forma de vida parecida en varios aspectos y los identifica la misma situación económica, política, cultural, ocupacional y racial, si bien con algunas variaciones según el tiempo y el lugar de que se trate. Alguno de estos factores puede predominar sobre los demás o no aparecer claramente definido. Consideramos que el económico tiene cierta preponderancia sobre los otros —a causa de las mismas estructuras que el hombre ha creado—, aunque desde luego no es el único que interviene en la composición de las clases sociales.

Aceptamos la división tripartita con respecto a la clasificación social, porque creemos que es aplicable a la sociedad mexicana, especialmente en la época porfirista que tratamos.

Por lo que se refiere a la composición y a las características de cada una de las clases sociales que hemos expuesto, sin pretender estudiar a fondo estos aspectos sociológicos, pensamos que son de los más importantes en relación a las clases sociales, y que, desde luego, pueden utilizarse en la clasificación de la sociedad mexicana, presentándose en ésta con mayor o menor intensidad alguno o varios de los aspectos mencionados, de acuerdo con las diferentes épocas en que se manifiestan.

CAPITULO II

REVISION HISTORICA DE LAS CLASES SOCIALES EN MEXICO

En la sociedad prehispánica, las clases sociales se manifestaron de la siguiente manera: De los factores que las identificaban, el económico predominó sobre los demás, e incluso los condicionó. En cuanto a sus características, fueron aquellas que hemos señalado para las clases sociales diversas, pero con algunas variantes, porque la estructura de la sociedad prehispánica era más bien rígida y no permitía que en ella se manifestaran características tales como la movilidad.

La composición de las clases indígenas, así como sus rasgos distintivos, no son enteramente iguales a los que hemos examinado en el capítulo primero, debido a que en este último nos referimos especialmente a las sociedades modernas por su relación que tienen con el tema de nuestra tesis. Sin embargo, y aun tomando en consideración las diferencias que separan a la sociedad prehispánica de las sociedades posteriores en México, las clases sociales de aquélla presentaban algunos aspectos semejantes a los de las otras clases, sólo que con las modalidades propias de su época y de su cultura.

Durante y al final de la Conquista, pudo apreciarse la unidad y la centralización que había en las regiones próximas a México-Tenochtitlan, núcleo del poderío azteca, cuya organización se reflejó parcialmente en la estructura de la sociedad colonial. En ésta, la población siguió concentrándose –como en la época prehispánica– en las regiones centrales del país.

El dominio español sobre la población indígena fue decisivo en la configuración de una nueva sociedad. El conquistador impuso su cultura y trató de destruir la autóctona. La clasificación social se estableció de acuerdo con la voluntad y la mentalidad españolas. El factor racial fue el más importante para fijar la posición de los individuos en aquella época; definitivo a principios de la Colonia, fue perdiendo fuerza con el tiempo y pasó a ser, junto con los factores económico y cultural, el que determinó el lugar de los individuos en la sociedad.

Por lo que se refiere a la clase media, ésta empezó a formarse y a delinear sus rasgos propios, en los últimos años de la Colonia, era importante, tanto numérica como socialmente considerada. El sector intelectual, compuesto principalmente por el elemento criollo, reflejaba su insatisfacción y la de los demás grupos de su clase por la sociedad en que vivía. Sin embargo, expresó la inconformidad que sentía solo en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, gracias a que las circunstancias históricas así lo permitieron.

Durante la Colonia, la clase media sirvió para fortalecer el equilibrio de la sociedad. La estabilidad y la duración de la época permitieron un considerable aumento de la población, del cual participó en gran medida esta clase social, ya que los elementos raciales criollo y mestizo –este último especialmente– fueron los que registraron un incremento mayor.

Las clases sociales participaron en los acontecimientos anteriores a la Revolución de Independencia y en el movimiento revolucionario propiamente dicho, condicionadas por sus intereses y circunstancias peculiares.

En todos los hechos relacionados con la guerra de emancipación, se hizo manifiesta la presencia de la clase media, que empezó a mostrar su fuerza e importancia precisamente durante esos años, en que la acción misma favoreció la unión de los distintos grupos pertenecientes a una misma clase. La época de la Guerra de Independencia sirvió para definir mejor a la clase media.

Al consumarse la Independencia Nacional, se registraron importantes cambios en la estructura de la sociedad. La estabilidad y la rigidez que imperaron durante tres siglos, se trocaron en movilidad constante, debido a las nuevas circunstancias históricas. La clase media participó de esta movilidad, aunque después de los primeros cincuenta años de vida independiente, más o menos, mostró cierta estabilidad y permanencia, al igual que las demás clases sociales.

La composición de ellas se modificó de acuerdo con los resultados y consecuencias de la Revolución. La transformación política del país implicaba al mismo tiempo la económica y la social, de allí que surgiera una sociedad con características distintas.

En la jerarquía social fueron decisivos los factores político y económico para determinar la posición correspondiente de los individuos. En cuanto al factor racial definitivamente perdió la importancia que tenía anteriormente; la igualdad civil, por una parte, y el aumento de población mestiza, por otra, así como la reversión de valores y conceptos, dieron lugar a una disminución paulatina pero constante de la importancia que se atribuía al origen étnico de los individuos. Gracias a ello, se fue perdiendo la unidad de grupos raciales, para dar lugar en cambio a la unidad de clases sociales. No obstante, persistió el aislamiento de los sectores indígenas del resto de la

sociedad.

En los dos primeros tercios del siglo XIX, aproximadamente, de los sectores de la clase media que más se movilizaron, tuvo cierta importancia un grupo formado por intelectuales interesados en la política, así como por militares y burócratas, que fueron ascendiendo hasta lograr cambiar de posición, o cuando menos hasta obtener un mejoramiento dentro de su misma clase.

Los gobiernos establecidos ya independientemente de España, crearon una maquinaria gubernamental complicada que favoreció a un amplio sector perteneciente a la clase social que estudiamos, al proporcionar numerosos empleos a los que se acogieron muchos individuos que quedaron sin ocupación como resultado de la guerra, o bien, que decidieron ensayar otro tipo de actividad buscando nuevas oportunidades para mejorar su situación. La burocracia adquirió entonces un incremento notable; constituyó una de las formas más comunes de proporcionar la base económica a un amplio sector de la sociedad.

Otro aspecto importante por su trascendencia en la constitución de la clase media, fue la participación mestiza en ella. Como la población, aunque disminuida por la guerra tan prolongada, se había mezclado en alto grado al término de los trescientos años que duró la Colonia, la composición de las clases sociales había recibido numerosos elementos mestizos. Pero como la clase alta colonial los rechazaba, éstos se fueron integrando en las otras dos, recibiendo la clase media una proporción considerable.

En la primera mitad del siglo XIX, se afirmó que el mestizaje era de suma importancia social, porque representaba la verdadera nacionalidad mexicana. Como la clase media se identificaba en buena parte con el elemento mestizo, quedó demostrado que ella era un sector valioso de la sociedad.

Dicha clase siguió concentrándose en las principales ciudades del territorio, al igual que antes, en función de sus actividades.

CAPITULO III

ASPECTOS GENERALES DEL REGIMEN PORFIRISTA

Las características de la época porfirista fueron distintas a las de los años anteriores del siglo XIX. A partir de 1867 empezaron a surgir nuevos elementos que proporcionaron una organización diferente a la nación. En el orden político, económico y social, se registraron cambios decisivos para la vida del país.

El programa político de Díaz estuvo orientado hacia el logro de la paz y la estabilidad de su gobierno, por una parte, y hacia la realización del progreso y el engrandecimiento material, por otra. El liberalismo, y después el positivismo —doctrina que se derivó de la liberal y que en un principio se fusionó con ella—, formaron en parte la base ideológica del régimen.

Al principio de su gobierno, Díaz tuvo el apoyo casi general de la sociedad que veía en él al hombre necesario para conseguir la paz y el progreso tan largamente esperados. Más tarde, amplios sectores dejaron de apoyarlo debido principalmente a que no prestaba atención a sus necesidades y problemas, ni hacía algo efectivo para resolverlos. Pero el sistema político creado

por Díaz prolongó su estancia en el poder, manteniéndose en él gracias también a los sostenedores con quienes todavía contaba. Eran éstos el ejército y la burocracia en su mayoría, así como el sector privilegiado o clase alta de la sociedad, especialmente el grupo conocido como los “científicos”.

En el aspecto económico se registraron cambios que produjeron un apreciable desarrollo material en el país, y un enriquecimiento considerable a pequeños sectores sociales.

El programa económico del gobierno incluía la intervención de capital extranjero para impulsar las distintas fuentes de producción y crear una extensa red de comunicaciones. La economía nacional quedó supeditada a la extranjera como resultado del predominio de ese capital en las inversiones del país. Tal fue el precio del progreso material logrado en esa época.

La política económica ocasionó un desajuste social importante, en el cual tuvo que ver también el nuevo sistema capitalista introducido en el país. Los individuos que trabajaron como asalariados en las diferentes ramas de la economía —mineros, obreros industriales y peones—, vivieron siempre en condiciones difíciles y muy inferiores a las de los dueños de las fuentes de producción.

El régimen porfirista tuvo una continuidad y fuerza notables. Más de treinta años de paz y de estabilidad proporcionaron un progreso económico de gran consideración, pero, al mismo tiempo, crearon un fuerte desequilibrio en la sociedad.

La estructura social de esa época presentó nuevos aspectos. Las clases sociales mostraron una constitución más precisa, con límites mejor definidos que antes. Las caracterizó la estabilidad, cierta rigidez que impidió una movilidad considerable. Los factores económico y político fueron decisivos para determinar la posición social de los individuos; menor importancia tuvieron los demás, aunque el aspecto racial fue de tomarse en cuenta para algunos.

Según datos que aportan varios estudios y censos acerca de la época porfirista, la población durante ella fue en sus inicios de cerca de nueve y medio millones, y hacia 1910 había aumentado a quince millones aproximadamente. La supremacía de la clase alta que contaba sólo con un mínimo de integrantes (entre el 5 y el 8 o/o de la población total, más o menos), contrastaba con la inferioridad de la mayoría, perteneciente a la clase baja (entre el 80 y el 85 o/o). El número que representaba a los componentes de la clase media (entre el 12 y 15 o/o), era insuficiente para establecer un equilibrio entre aquéllos sectores de la sociedad.

Independientemente de que la clase media careciera de elementos para adquirir una mayor fuerza de equilibrio social, aún tomando en cuenta su incremento, revelaba en su existencia una importancia considerable, no ya sólo por ser numéricamente superior a la clase alta, sino por tener una participación e influencia sociales definidas, gracias a sus características propias y a su actuación dentro de la sociedad.

La clase alta estuvo integrada por los principales sostenedores del régimen porfirista conocidos como “los científicos”, por sus antiguos miembros que se consideraban a sí mismos como la aristocracia tradicional, por un gran número de extranjeros, y, finalmente, por un grupo de nuevos ricos provenientes en buen parte del ejército que llevó a Díaz al poder.

Entre los diversos grupos componentes de esta clase, existieron algunas oposiciones o diferencias que debilitaron su unidad, pero que fueron superadas ante los peligros provenientes de

las otras clases sociales. Con ello quedó demostrada su solidaridad, por una parte, y el antagonismo existente con relación a los demás integrantes de la sociedad, por otra

La clase baja continuó siendo la que tuvo mayor número de miembros. Dividida en dos sectores, el urbano y el rural, este último era bastante superior en cantidad al primero, pero inferior a él en cuanto a sus condiciones de vida.

Unidos ambos sectores por una misma situación y por la insatisfacción común, eran un elemento propicio para rebelarse en cualquier momento. La violencia estalló como único medio de establecer un nuevo orden en la sociedad.

CAPITULO IV

LA CLASE MEDIA DURANTE LA EPOCA PORFIRISTA

En la vida social que hemos estudiado, los individuos proyectaron una forma de ser general, reflejo de la personalidad mexicana, y una forma de ser peculiar, propia de cada clase social y de sus miembros individualmente considerados. Al exponer las características morales y culturales de la época, presentamos el ambiente en que vivió la clase media para posteriormente definir su participación concreta.

En todas las actividades relacionadas con la vida social, el Estado influyó imponiendo sus propias características. Consecuencia de ello fue la inautenticidad expresada en la forma de ser y de vivir de los individuos.

Algunos sectores que fueron conscientes de la imposición del Estado decidieron apartarse de las formas establecidas por él.

La clase media vivió de acuerdo con las características que predominaban en la sociedad, haciéndolo consciente o inconscientemente. Sin embargo, un sector de ella, elevado en el aspecto moral y cultural, rechazó una forma de existencia que no le satisfacía y trató de vivir de acuerdo con sus propias ideas.

La composición de la clase media fue acrecentándose durante los últimos años del siglo XIX y en los primeros del siglo XX. Si bien el número de los integrantes de esta clase fue reducido a principios del régimen —475 000 individuos aproximadamente, que representaban el 6 o/o de la población total de 9.5 millones— con el tiempo fue aumentando debido al incremento de la población, hasta constituir a finales de la época porfirista cerca de 1 891 059 miembros, o sea el 12.47 o/o de la población total de 15 160 369 habitantes que se calcula había en México hacia 1910.

Aunque en número era reducida, esta clase social participó activamente en los acontecimientos que tuvieron lugar durante la dictadura.

Cada uno de los sectores que la formaban tenía una participación definida en las diversas actividades que el régimen imponía, así, en la política, en la economía, en la cultura y en la vida social, intervinieron condicionados por su situación general. Como el sector más numeroso y más fuerte por sus características era el de los intelectuales, profesionistas y burócratas, la participación de esta clase fue más decisiva y trascendental en las actividades culturales y en las

políticas, que en las económicas. Especialmente queda demostrada su importancia en este sentido por medio de su participación en los acontecimientos precedentes a la Revolución de 1910.

En la forma de vida de la clase media se apreciaban las características propias de esta clase social, con algunas variantes: preferencia o preponderancia de las actividades intelectuales sobre las manuales, e interés por la cultura en general; cierto bienestar económico en el sector acomodado, ya que los demás resentían la superioridad de la clase alta, su propia situación y el costo de la vida, imitación de la clase superior, en cuanto a forma de conducta y a la adquisición de objetos materiales; deseo de guardar apariencias y formas sociales; alto sentido ético –apreciable sobre todo en el elemento femenino–; conciencia de clase –en el sentido de saber o de sentir que pertenecían a ella–; relación con miembros de su misma clase; contradicción ideológica: grupos conservadores –conformes con su situación porque era estable, aunque no siempre fuera económicamente desahogada– y grupos progresistas –inconformes con su situación y la de la sociedad en general, porque era injusta–. De estos últimos se destacaron en la época porfirista los intelectuales que influyeron con sus ideas en el pueblo para que iniciara la Revolución de 1910. Mientras no se presentaron las condiciones extremas de vida, la clase media se manifestó como elemento de equilibrio de las otras clases sociales –como es uno de sus rasgos propios–.

CAPITULO V

CONCEPTO DE LA CLASE MEDIA EN MIEMBROS REPRESENTATIVOS DE LA SOCIEDAD PORFIRISTA

Los personajes representativos que estudiamos de la sociedad porfirista, proporcionaron su concepto acerca de la clase media de esa época, condicionados por las propias circunstancias históricas y por su posición social. Algunos de ellos consideraron que la clase superior, a la cual pertenecían, era la más importante y representativa de la sociedad, porque en sus manos se encontraba el poder, la riqueza y la cultura del país. Otros, atribuyeron en cambio mayor significación a la clase media, confundiéndola a veces con la clase alta, o integrándola con un sólo grupo de individuos. Por lo tanto, consideramos que aún quienes se refirieron con mayor precisión a la clase media, captaron sólo parcialmente su existencia e importancia social.

En lo particular, pensamos que para comprender a la sociedad de aquella época, es necesario tomar en cuenta la colaboración de todos sus integrantes en las principales actividades de la vida realizadas en comun. El estudio de la clase media nos ayudó a explicar los acontecimientos sucedidos en la época porfirista.

La función propia de la clase media en el período histórico que examinamos, consistió en participar en todas las actividades del régimen, políticas económicas, culturales y sociales, condicionada por su posición en la sociedad. De esta manera, contribuyó a orientar la dirección de los acontecimientos durante la dictadura, apoyándola –voluntaria o involuntariamente– o bien, oponiéndose a ella.

OBRAS CONSULTADAS

ARAGON, Agustín, SIERRA, Justo, et al., *México, su Evolución Social. Síntesis de la Historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, agrícola, minero, mercantil, etc., etc. Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, 3 vs., México, J. Ballezá y Cía., sucesor, editor, 1900.

BANCROFT, Hubert Howe, *Vida De Porfirio Díaz. Reseña Histórica y Social del Pasado y Presente de México*, México, La Compañía Historia de México, 1887, 750 p.,

BASAURI, Carlos, *La Población Indígena de México*, 3 vs., México, S.E.P., 1940.

BULNES, Francisco, *El Verdadero Díaz y la Revolución*, México, Ed. Hispano—Mexicana, 1920, 434 p.

CALDERON, Francisco R, *La Vida Económica*, en: COSIO Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. La República Restaurada*, t. II, 2a. ed., México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1965, 812 p.

CARREÑO, Alberto Ma., "Las Clases Sociales en México", en: *Revista Mexicana de Sociología*, México, U.N.A.M., vol. XII, No. 3, Septiembre—Diciembre, 1950, p. 333—350

COLLINGWOOD, Robin George, *Idea de la Historia*, Trad. de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, 2a. ed., México—Buenos Aires, F.C.E., 1965, 323 p., (Sección de Obras de Filosofía)

COSIO Villegas, Daniel, *Ensayos y Notas*, 2 vs., México, Ed. Hermes, 1966

COSIO Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. La República Restaurada. El Porfiriato*, 10 vs., México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1965

CUE Cánovas, Agustín, *Historia Social y Económica de México. La Revolución de Independencia y México Independiente hasta 1854*, Pról. de Vito Alessio Robles, México, Ed. América, 1947, 272 p.

FINKELMAN Morgenstein, Maty, *El Pensamiento de Justo Sierra y el sentido de sus aportaciones historiográficas*, Tesis, México, Ed. del A., 1966, 477 p., F.F.L.: U.N.A.M.

GARCIA Granados, Ricardo, *Historia de México desde la Restauración de la República en 1867, hasta la caída de Huerta*, 2 vs., México, Ed. Jus, 1956

GONZALEZ y González, Luis, COSIO Villegas E, y MONROY, G, *La Vida Social*, en: COSIO Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. La República Restaurada*, t. III, México—Buenos—Aires, Ed. Hermes, 1956, XXX—815 p.

GONZALEZ Navarro, Moisés, *Estadísticas Sociales del Porfiriato, 1877—1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956, 249 p.

GONZALEZ Navarro, Moisés, *La Colonización en México 1877—1910*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1960, 160 p.

GONZALEZ Navarrol, Moisés, "La Ideología de la Revolución Mexicana", en: *Historia Mexicana*, v. 10, No. 37,

México, El Colegio de México, Abril—Junio de 1961, p. 628—636

GONZALEZ Navarro, Moisés, *La Vida Social*, en: COSIO Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. El Porfiriato*, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1957, t. IV, XXXIV—979 p.

GONZALEZ Navarro, Moisés, “Sociedad y Cultura”, en: *Historia Mexicana*, v. 1, No. 4, México, El Colegio de México, Abril—Junio de 1952, p. 651—654

GONZALEZ Ramírez, Manuel, *La Revolución Social de México*, 3 vs., México, F.C.E., 1960 (Vida y Pensamiento de México).

GURVITCH, Georges, *El Concepto de Clases Sociales de Marx a nuestros días*, Trad. de Horacio Crespo, Buenos Aires, Ed. Galatea Nueva Visión, 1957, 220 p., (Col. Ideas de nuestro tiempo, No. 9).

GUEDEA Rincón Gallardo, Virginia, *Criollos y Peninsulares en 1808. Dos puntos de vista sobre el español*, Tesis, México, Ed. del A., 1964, 215 p. E.H.: U.I.A.

HUMBOLDT, Alejandro de, *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Ed. Porrúa, 1966, LXII—696 p., (Col. “Sepan Cuantos. . .”, No. 39).

ITURRIAGA, José E., *La Estructura Social y Cultural de México*, México, F.C.E., 1951, XV—254 p.

KAHLER, Erich, *¿Qué es la Historia?*, Trad. de Juan Almela, México, F.C.E., 1966, 217 p. (Breviarios, No 187).

KAPLAN, Samuel, *Pelemos contra la Injusticia. Enrique Flores Magón, precursor de la Revolución Mexicana, cuenta su historia a Samuel Kaplan*, 2 vs., México, Libro Mex—Editores, 1960

LEON—PORTILLA, Miguel, *Los Antiguos Mexicanos a través de sus Crónicas y Cantares*, Dibujos de Alberto Beltrán, México, F.C.E., 1961, 197 p.,

LOPEZ—PORTILLO y Rojas, José, *Elevación y Caída de Porfirio Díaz*, Pról. del Lic. Atenedor Monroy, México, Libería Española, (c. 1921) 502 p.

MANCISIDOR, José, *Historia de la Revolución Mexicana*, 9a. ed., México, Editores Unidos Mexicanos, S.A., 1967, 367 p.

MEJIA Zúñiga, Raúl, *El Liberalismo Mexicano en el Siglo XIX*, 2a. ed., México, S.E.P., 1963, 171 p. (Técnica y Ciencia, No. 13).

MENDEIETA Y NUÑEZ, Lucio, *Las Clases Sociales* Pról. de Pitirim A. Sorokin, 2a. ed., México, Instituto de Investigaciones Sociales, U.N.A.M., 1957, 193 p. (Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Cuadernos de Sociología).

MENDIZABAL, Miguel Othón de, MOLINA Enríquez, Andrés, et al., *Las Clases Sociales en México*, México, Sociedad Mexicana de Difusión Cultural, 1959, XIV—114 p. (Col. Tlapali, No. 1).

MENDIZABAL, Miguel Othón de, *Obras Completas*, 6 vs., México, Cooperativa de Trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, 1947.

MEXICO, Dirección General de Estadística, *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*,

verificado el 27 de Octubre de 1910, México, Sría. de Hacienda, 1918—1920, 3 vs.

MILLS, C. Wright, *Los Marxistas*, Trad. de José Luis González (con la colaboración de Enrique González Pedrero), México, Ediciones Era, 1964, 430 p.

MOLINA Enríquez, Andrés, *Esbozo de la Historia de los Primeros Diez Años de la Revolución Agraria de México (de 1910 a 1920)*, 5 vs. en un t., México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1932.

MOLINA Enríquez, Andrés, *Juárez y la Reforma*, Pról. de Agustín Cué Cánovas, México, Libro—Mex Editores, 1956, 156 p.

MOLINA Enríquez, Andrés, *Las Clases Sociales Mexicanas durante el Porfiriato*, en: MENDIZABAL, Miguel Othón de, MOLINA Enríquez, Andrés, et al., *Las Clases Sociales en México*, México, Sociedad Mexicana de Difusión Cultural, 1959, XIV—114 p. (Col. Tlapali, No. 1).

MOLINA Enríquez, Andrés, *La Revolución Agraria de México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1932, 158 p.

MOLINA Enríquez, Andrés, *Los Grandes Problemas Nacionales*, México, Impr. de A. Carranza e hijos, 1909, 361 p.

NICOLAU D'Oliver, Luis, CALDERON, Francisco R., et al., *La Vida Económica*, en: COSIO Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. El Porfiriato*, t. VII, México—Buenos Aires, Ed. Hermes, 1965, XXIII—634 p.

O'GORMAN, Edmundo, *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, XII—350 p.

OLAVARRIA Y FERRARI, Enrique de, *Reseña Histórica del Teatro en México. 1538—1911*, Pról. de Salvador Novo, 3a. ed., 5 vs., México, Ed. Porrúa, 1961, (Biblioteca Porrúa, No. 23).

ORTEGA Y MEDINA, Juan, *México en la Conciencia Anglosajona*, México, Ed. Porrúa y Obregón, 1953 (Col. México y lo Mexicano, No. 13), 118 p.

PALERM Vich, Angel, *Factores Históricos de la Clase Media en México* (Comentario al Estudio de Nathan L. Whetten), en: MENDIZABAL, Miguel Othón de, MOLINA Enríquez, Andrés et al., *Las Clases Sociales en México*, México, Sociedad Mexicana de Difusión Cultural, 1959, XIV—114 p. (Col. Tlapali, No. 1).

PAZ, Octavio, *El Laberinto de la Soledad*, 5a. ed., México, F.C.E., 1967, 191 p., (Vida y Pensamiento de México).

RABASA, Emilio, *La Constitución y La Dictadura. Estudio sobre la Organización Política de México*, México, Tip. de "Revista de Revistas", 1912, 331 p.

RABASA, Emilio, *La Evolución Histórica de México*, México—París, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1920, 350 p.

RABASA, Emilio, *Retratos y Estudios*, Pról. y selección de Manuel González Ramírez, México, Imprenta Universitaria, 1945, 174 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 59).

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, 18a. ed., Madrid, Editorial Espasa—Calpe, S.A., 1956, XXIII, 1370 p.
- REYES, Alfonso, *Universidad, Política y Pueblo*, Pról. de José Emilio Pacheco, México, U.N.A.M., 1967, 191 p. (Lecturas Universitarias).
- RIVERA, Ricardo, *La Heterogeneidad Etnica y Espiritual de México*, Pról. de Manuel Gamio, 2a. ed., México, A. Mijares y Hno., impresores, 1931, 251 p.
- SANCHEZ Santos, Trinidad, *Obras Selectas de Don Trinidad Sánchez Santos*, Pról. de Octaviano Márquez, 2a. ed., 2 vs., México, Ed. Jus, 1962 (Figuras y Episodios de la Historia de México, No. 116, 117).
- SIERRA, Justo, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, Introd. de Alfonso Reyes, México—Buenos Aires, F.C.E., 1950, XVI—301 p.
- SILVA Herzog, Jesús, *Breve Historia de la Revolucon Mexicana*, 4a ed., 2 vs., México—Buenos Aires, F.C.E., 1965 (Colección Popular, No. 17).
- SILVA Herzog, Jesús, *El Pensamiento Económico, Social y Político de México 1810—1964*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1967, 748 p.
- SOROKIN, Pitirim A., *Estratificación y Movilidad Social*, Trad. de Angela Müller Montiel, México, U.N.A.M., 1956, 560 p.
- VALADES, José C., *El Porfirismo. Historia de un Régimen. El Nacimiento (1876—1884)*, México, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e hijos, 1941, XXIII—450 p.
- VALADES, José C., *El Porfirismo. Historia de un Régimen. El Crecimiento*, 2 vs., México, Ed. Patria, 1948,
- VERA Estañol, Jorge, *La Revolución Mexicana. Orígenes y Resultados*, México, Ed. Porrúa, 1957, 797 p.
- VILLEGAS, Abelardo, *La Filosofía de lo Mexicano*, México, F.C.E., 1960, 231 p., (Col. Vida y Pensamiento de México).
- VILLORO, Luis, “La Cultura Mexicana de 1910 a 1960”, en: *Historia Mexicana*, v. 10, No. 38, México, El Colegio de México, Octubre—Diciembre de 1960, p. 196—219.
- VILLORO, Luis, *La Revolución de Independencia. Ensayo de Interpretación Histórica, 1753—1953*. México, U.N.A.M., 1953, 239 p.
- VISION DE LOS VENCIDOS. Relaciones Indígenas de la Conquista, Introd., selección y notas de Miguel León—Portilla, Versión de textos nahuas de Angel Ma. Garibay K., 3a., ed., México, U.N.A.M., 1964, XXX—222 p., (Biblioteca del Estudiante Universitario, No. 81)
- WEBER, Max, *Economía y Sociedad*, México, F.C.E., 1944, 2 vs.
- WHETTEN, Nathan L., *El Surgimiento de una Clase Media en México*, en: MENDIZABAL, Miguel Othón de, MOLINA Enríquez, Andrés, et al., *Las Clases Sociales en México*, México, Sociedad Mexicana de Difusión Cultural, 1959, XIV—114 p. (Col. Tlapali, No. 1).

ZEA, Leopoldo, *Del Liberalismo a la Revolución en la educación mexicana*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956, 205 p. (Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, No. 4)

ZEA, Leopoldo, *El Positivismo en México. Nacimiento, Apogeo y Decadencia*, México, F.C.E., 1968, 481 p. (Sección de Obras de Filosofía).